

JAZMIN®

Disimular el amor

Jessica Steele

Holden Hathaway creía que Jazzlyn era igual que él. Y aparentemente, llevaba razón. Ninguno de los dos quería mantener relaciones estables. De hecho, antes de conocerlo a él, Jazzlyn siempre había terminado sus relaciones con os hombres tras la tercera cita. Sin embargo, Holden era el hombre más interesante que Jazzlyn había conocido nunca y, de pronto, ella empezó a desear algo más... lo más extraño fue que a Holden, que hasta entonces había sido un soltero empedernido, no pareció importarle



Jessica Steele

Disimular el amor

Jazmín - 1415

ePub r1.0

Capítulo 1

Jazzlyn sabía que nunca se casaría. No le preocupaba y raramente pensaba en ello. Esa idea, sencillamente, estaba allí en su cabeza, sólida como una roca.

No era que le desagradaran los hombres. Como cualquier muchacha de veintidós años, salía de vez en cuando con alguno, pero tan pronto como veía en ellos la intención de tomarse la relación en serio, ella escapaba. Su récord de citas con un mismo hombre era de tres hasta el momento.

Aquel miércoles por la tarde se dirigió a su casa, después de terminar de trabajar como secretaria en uno de los principales despachos de abogados londinenses. Se puso a pensar en el matrimonio, a pesar de que ella sabía que no iba a casarse nunca, porque recordó que su padre tenía una relación cada vez más estable con su pareja actual. Grace Craddock era toda una señora. Algo que no se podía decir de las mujeres que habían acompañado anteriormente a su padre.

Aquellas otras habían estado con su padre no más de dos o tres meses. Seis meses hacía que Jazzlyn había sido presentada a aquella mujer que su padre había conocido en una fiesta de navidad. Grace era más mayor que las otras mujeres que su padre había llevado otras veces a casa. Tenía como cincuenta y cinco años, dos más que Edwin Palmer, y se había divorciado de su presumido marido algunos años antes. El padre de Jazzlyn se había casado tres veces, pero estaba pensando en casarse una cuarta.

A Jazzlyn le preocupaba aquello. Deseaba que su padre fuera feliz, por supuesto, y que también lo fuera Grace. Había tomado mucho cariño a la mujer. ¿Pero su padre era una persona preparada para el matrimonio? La muchacha no estaba muy segura. La madre

de Jazzlyn había muerto cuando ella tenía cinco años y había crecido con dos diferentes madrastras y una sucesión de tías en una casa tan cargada de tensión, discusiones y acusaciones, que a veces su padre la enviaba a casa de sus abuelos por un tiempo. Sólo que cuando ella volvía, las discusiones no se habían acabado todavía. Como resultado de todo ello, Jazzlyn supo desde temprana edad lo que era el matrimonio, lo que pasaba con las parejas. Y ella no quería que le pasara eso.

Le gustaba su trabajo en Brown, Latimer y Brown, y sabía que a final de año una de las secretarias importantes se jubilaría anticipadamente y ella era una firme candidata al puesto. Un trabajo ofrecía más satisfacciones que un matrimonio, teniendo en cuenta que sólo había un sesenta por ciento de posibilidades de que tuviera éxito.

De manera que, sintiéndose bastante satisfecha con su trabajo y medianamente feliz con su vida, Jazzlyn llegó a su casa de las afueras de Buckinghamshire. Al entrar, fue recibida por el perro más desaliñado del universo.

—¡Hola Remmy!

Acarició al perro de caza que había entrado al estudio de su padre unos seis años antes, para finalmente quedarse con ellos, después de que Jazzlyn buscara inútilmente a su dueño.

Jazzlyn puso el agua a hervir. Su padre seguramente habría oído el coche y se acercaría a tomar una taza de té con ella, siempre que no estuviera muy concentrado en el cuadro que estuviera pintando en aquel momento.

—Y tú querrás una galleta, ¿a que sí? —le dijo a Rembrandt.

El perro movía el rabo de un lado a otro y al escuchar la palabra galleta, comenzó a agitarlo con más intensidad.

Jazzlyn le estaba dando una galleta canina y preparando la tetera, cuando vio un coche grande y elegante que se acercaba por la avenida.

—Ese coche es de lujo —murmuró.

No era extraño que su padre tuviera de vez en cuando algún cliente rico que iba a que le hiciera un retrato. Su padre también podía haberse hecho rico si hubiera aceptado todos los encargos que le salían, pero no le gustaban los retratos y prefería pintar algo creativo. De manera que al precio al que estaban los materiales,

tanto lienzos como pinturas, su economía nunca llegaba a un nivel demasiado saneado. Hecho que, por otro lado, no importaba lo más mínimo ni al padre ni a la hija.

Rembrandt comenzó a ladrar antes de que el coche se detuviera. Jazzlyn ordenó al perro que se callara, mientras observaba al hombre alto y moreno que salía del coche. Tenía como unos treinta y cinco años y vestía un traje oscuro. Probablemente acababa de salir del trabajo. También llevaba un abrigo encima.

La muchacha salió de la cocina y cerró la puerta para que el perro se quedara encerrado. Al salir al vestíbulo y sin saber por qué, se miró al espejo. Excepto algunos pelos de perro, su aspecto era tan limpio como lo había sido al salir de casa.

Era alta y delgada. Su cabello espeso y largo, tan rubio, que era casi blanco. Sus ojos eran de color violeta, y su rostro, muy pálido.

El timbre de la puerta sonó y fue corriendo a abrir. No debía hacer esperar a los clientes de su padre.

Abrió la puerta y vio al hombre alto. Era mucho más alto que ella. Jazzlyn esbozó una sonrisa amable y natural, en espera de que él anunciara el propósito de su visita.

Por extraño que pudiera parecer, el hombre no dijo nada, sino que se la quedó mirando unos segundos. Observó sus mejillas encendidas y su boca sonriente.

—Me gustaría ver al señor Palmer.

Su voz era suave y agradable y Jazzlyn supo que habría seducido a más de una mujer. Ella misma sintió un ligero temblor en la espalda, pero lo ignoró. Tenía que ser fuerte.

—Mi padre no tardará. Entre, por favor.

—Gracias.

Jazzlyn lo llevó hacia el salón, dándose cuenta de que no le había preguntado si tenía una cita para ver a su padre. Debía de estar más cansada de lo que parecía, pensó.

Intentó arreglar el error cometido al entrar al salón, pero el teléfono comenzó a sonar en ese momento.

—Siéntese donde quiera mientras contesto al teléfono —sugirió amablemente, dándose la vuelta y dirigiéndose hacia el aparato.

—¿Hola?

Contestó alegremente, pero todo cambió cuando escuchó la voz de Tony Johnstone, con el que había salido la tarde anterior. Ella no

había sido muy cariñosa con él al darse cuenta del giro que estaba tomando la relación e imaginaba que él se había dado cuenta, pero, al parecer, se había equivocado.

—¡Pensé que ya habrías llegado a casa!

—Acabo de llegar.

—¿Te veré esta noche?

—Me temo que no.

Era indudable que no había captado el mensaje.

—¿Mañana?

—Lo siento, Tony —dijo, pensando en que tendría que ser franca —. Me lo he pasado muy bien contigo, pero no nos veremos más — aclaró, intentando hablar en voz baja.

A esto le siguió un silencio sorprendido, seguido por una exclamación.

—¡Jazzlyn!

Ella siguió firme. Le caía bien Tony, de otra manera no habría salido con él, aunque odiaba herir los sentimientos de cualquiera. De todos modos, opinaba que era imposible que se sintiera tan turbado.

—Creía que nos estábamos enamorando —insistió él.

¡Pero si había salido con él sólo cuatro veces!

—Me temo que no —repitió ella suavemente.

—Pero, pero… ¡Yo imaginaba que podía ser una relación estable!

Eso sí que era absurdo. ¡Apenas se conocían!

—Si te hice pensar eso, lo siento. Pero…

—Yo estaba pensando que después de salir unas cuantas veces podríamos comprometernos —dijo él, negándose a aceptar una negativa.

«¡Comprometidos! repitió mentalmente Jazzlyn. La muchacha tenía un corazón tierno y no le gustaba tener que ser tan tajante, pero ante la sugerencia de Tony sobre un posible matrimonio, se quedó helada.

—¡Nunca pensé en algo así, Tony! —declaró, sin querer malgastar más tiempo.

—¡Te ofendí ayer noche! Tuve un comportamiento demasiado directo. Lo siento —se disculpó—. Me di cuenta, pero eres tan guapa, tan encantadora que no pude evitarlo. Pero no volverá a

ocurrir, te prome…

—Tony, escucha. Te repito que me he divertido mucho en tu compañía. Pero creo que no hay ninguna razón para seguir viéndonos.

—Pero…

—Así que espero que recuerdes los buenos ratos que hemos pasado juntos, pero no me vuelvas a llamar de nuevo.

—¡Pero quiero casarme contigo!

«¿Después de cuatro citas?».

—Entonces, Tony, lo siento… lo siento mucho, pero yo no quiero casarme contigo —aseguró.

—¡Jazzlyn!

—Adiós, Tony —dijo en voz baja.

Aunque estaba nerviosa y enfadada, luchó por no colgar el teléfono bruscamente y esperó educadamente a que él primero se despidiera.

—¿Me llamarás, me escribirás o intentarás localizarme si cambias de opinión? —preguntó él, tras una pausa.

—Por supuesto —dijo ella, sabiendo que eso nunca ocurriría. Luego, tomando sus palabras como una despedida, dejó despacio el teléfono.

Comenzaba a sentir una especie de tristeza por haber herido los sentimientos de Tony, mezclada con cierta irritación por las intenciones de éste. Luego se dio la vuelta y se dio el gran susto de su vida. La proposición de Tony, porque era evidente que le había sugerido que se casaran, le había hecho olvidarse por completo del visitante de su padre. Además, éste se suponía que tenía que estar en el salón, esperando sentado y, por tanto, alejado de ella y del teléfono.

Pero no fue así. El hombre alto y moreno había ignorado el ofrecimiento de ella de ir a sentarse al salón y no se había movido ni un centímetro. Es decir, que se había quedado a su lado y debía de haber escuchado cada palabra de su conversación con Tony Johnstone.

Y para demostrar que no estaba sordo, y sin disculparse por haber oído toda la discusión, se refirió a ello.

—¡Bravo! -dijo descaradamente.

Jazzlyn comenzó a sentirse molesta y deseó poder recordar cada

palabra de la pelea.

—Tenía que… hacerlo —se disculpó.

Le apetecía mucho más decirle que se metiera en sus asuntos, pero recordó que era un cliente de su padre.

—¿De verdad? —preguntó audazmente. Jazzlyn no tenía la más mínima intención de continuar con aquel tema. Extrañamente, sin embargo, quizá por el aspecto impresionante de aquel hombre, o quizá por su tendencia extrovertida y sincera, le contestó.

—Ha sido culpa mía, tenía que haberme dado cuenta antes de las señales.

—¿Señales?

Jazzlyn lo miró. Era indudable que él sabía lo que quería decir, pero era el tipo de persona que le gusta saber todos los detalles.

—Hemos salido cuatro veces —contestó ella, sin saber por qué —. Y me hablaba de bailar el vals mientras entrábamos a la iglesia. Nunca tendría que haberlo visto cuatro veces. Raramente lo hago.

—¿Sales tres veces y ya está?

Ella no podía creerse que estuviera teniendo una conversación de ese tipo con ese hombre. Y menos que estuviera contestando a sus preguntas.

—Normalmente sí, a menos que sea alguien al que conozco hace tiempo y sepa que yo no estoy interesada en una relación estable.

En ese momento Jazzlyn se recuperó y decidió cambiar de tema educadamente. Ya había dicho bastante. Pero parecía que el desconocido quería saber más.

—¿No quieres casarte? —preguntó él tranquilamente.

Los ojos de ella se abrieron mucho y no supo si enfadarse o reír.

—A todo el mundo le parece bien.

—¿Y a ti no?

El hombre se estaba acercando demasiado y a ella no le gustaba. No lo conocía, así que no contestó.

—¿Un corazón herido? —tuvo el descaro de preguntar el hombre. Ella no tuvo más remedio que reírse.

—¡No es por eso! —dijo con una carcajada, mostrando una dentadura perfecta.

Estaba totalmente perdida. Aquel hombre, sin ningún esfuerzo, la hacía reír, cuando estaba bastante enfadada. El hombre la observó y pareció gustarle lo que veía. Justo cuando ella se

preguntaba qué otra cosa, que no era de su incumbencia, le preguntaría, oyó sonidos que indicaron que su padre se acercaba.

—Si me disculpa… —dijo ella, consciente de que él también había oído los pasos de alguien que se aproximaba. La muchacha fue hacia el vestíbulo—. Tienes una visita —murmuró, decidiendo ir a cambiarse de ropa para sacar el perro a pasear.

Jazzlyn y Rembrandt se marcharon durante más de una hora y cuando volvieron a casa, ella ya estaba recuperándose de la sensación de culpa que le había producido herir los sentimientos de Tony Johnstone. Admitía que ella había roto la regla de salir con un hombre por cuarta vez, pero también era cierto que no le había dado la más mínima muestra de cariño para que él pensara en algo serio. Él tampoco había demostrado de ninguna manera que sus intenciones querían llegar más allá. Si hubiera dado a entender que deseaba una relación más íntima, ella se habría negado a salir la última noche.

El impresionante coche ya no estaba aparcado en la entrada. Tampoco esperaba que lo estuviera.

—¿Tomaste un té? —preguntó a su padre cuando le encontró hojeando una revista de arte en el salón. Aunque esa no era la pregunta que hubiera deseado hacerle en primer lugar, tenía que admitirlo.

—¿Sabes quién era ese hombre? —dijo su padre, sin contestar a la pregunta que ella le había hecho.

—¿Un cliente?

Edwin Palmer hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Holden Hathaway.

—¿Holden Hathaway? —ese nombre le sonaba—. ¿Dónde he oído yo ese nombre antes?

—Lo habrás oído si tu empresa tiene alguna relación con Zortek International. Él está en la directiva, pero…

—¿Zortek International? —el nombre no le decía nada.

—Son parte de un gran grupo. Tienen que ver con ingeniería, diseño… —replicó vagamente su padre, sin saber, al parecer, más que ella misma.

—Entonces ¿de qué conoceré yo ese nombre? —preguntó, pero justo cuando preguntaba, comenzó a recordar.

—Debiste de oír que Grace hablaba de él.

Efectivamente. Grace no tenía hijos, pero sí tenía un sobrino.

—¡Ah! Es el sobrino al que Grace quiere tanto —recordó.

Grace nunca había mencionado el apellido, pero sí que había repetido su nombre de pila varias veces.

—¿A qué ha venido? —preguntó—. ¿Quería que le hicieras un retrato?

—¡Claro que no! Además, dudo que él soportara quedarse mucho tiempo sentado, a menos que pudiera, a la vez, trabajar. Es un hombre muy ocupado el señor Hathaway.

Y si estaba tan ocupado, ¿por qué había ido a visitar a su padre?

—¿Le pasa algo a Grace? —preguntó, temerosa de que le hubiera ocurrido algo.

—Grace está bien —aseguró su padre—. Como sabes, está pasando unos días con su hermana mayor, la madre de Holden. Éste pensaba llamarnos por teléfono y al ver nuestra dirección en la guía se dio cuenta de que iba a pasar por aquí, de manera que decidió venir en persona.

—Pero ¿para qué? ¿Por qué ha venido si no estaba Grace?

—Porque el cumpleaños de ella es el viernes de la semana que viene, como sabes, y generalmente él la lleva a algún lugar para celebrarlo.

—¿Está planeando una sorpresa? —aventuró Jazzlyn, pensando en que quizá él quería ponerse de acuerdo con su padre.

—No, no. Grace al parecer ha hablado a su hermana de mí y de que últimamente nos estábamos viendo mucho. Entonces Holden ha pensado que quizá yo también estaba pensando en algo para el viernes.

—Eso es muy amable de su parte —comentó Jazzlyn—. ¿Y habías pensado algo?

—Sí, pensé en llevarla a cenar fuera.

—¿Se lo dijiste a Holden? —su padre asintió—. ¿Qué contestó él?

—Me preguntó enseguida si le dejaba reservar mesa para nosotros cuatro. Le dije que me encantaría. ¿Qué te parece a ti, Jazzlyn? —dijo el hombre de mediana estatura, esbozando una sonrisa.

—A mí me parece estupendamente. ¿Ya sabes a qué restaurante vais a ir?

—Te he dicho que vamos a ir los cuatro. Tú también estás incluida —dijo su padre sorprendido.

—¿Yo? ¡Ah, lo siento! Creí que los cuatro erais vosotros dos con Holden y su esposa.

—No está casado. Ni lo ha estado.

Jazzlyn recordó al hombre. Sus ojos grises firmes, su mandíbula decidida, su boca que hablaba de su sentido del humor aparte de ser, tenía que admitirlo, bastante bonita.

—¿Vendrás? —Insistió su padre—. Me gustaría mucho.

—A mí también —contestó ella, sin vacilar.

No tenía modo de averiguar si Holden Hathaway había sabido antes de su existencia o si ella había sido añadida al trío en el último momento. Pero incluso así, tenía mucha estima a Grace y le apetecía estar con ella para celebrar su cumpleaños.

Jazzlyn se dio cuenta de que se acordó de Holden en bastantes ocasiones durante los días siguientes. Cosa que le resultaba bastante extraña. Ella tenía bastantes amigos del sexo opuesto, pero no solía pensar así en ellos. A excepción de su padre, que era distinto.

Continuó acordándose de Holden de vez en cuando. Siempre de improviso, igual que la llegada de él a su casa. ¿Por qué no le había dicho quién era? Y así pasó la semana hasta que el sábado recibió una carta de Tony Johnstone, declarándole su amor y pidiéndole que lo llamara.

Sabiendo que no era capaz de llamarlo, Jazzlyn le escribió una carta diciéndole lo más suavemente posible que ella no lo amaba y que sabía que, aunque se lo había pasado muy bien con él y le caía estupenda mente, nunca lo amaría.

El lunes Tony la telefoneó, como si esa carta hubiera sido el estímulo que él hubiera estado esperando. Ella acababa de regresar del trabajo y estaba saludando a Grace, que había llegado esa misma tarde, cuando el teléfono sonó.

Fue una larga conversación. Por lo menos, por parte de Tony. Aunque cuanto más hablaba, más fría se ponía Jazzlyn.

—Lo siento. Tony —le insistió, después de haberle repetido que no saldría más con él—. Tengo que irme. Tengo visita y la he dejado abandonada —añadió, mirando a Grace con gesto de disculpa.

—Pareces preocupada —comentó Grace, cuando Jazzlyn se

reunió con ella—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Jazzlyn hizo un gesto negativo con la cabeza, al tiempo que se le ensombrecía el rostro, normalmente alegre.

—¿Cómo haces para deshacerte de los hombres que quieren salir contigo sin herir sus sentimientos?

—Nunca tuve que hacerlo. Me casé con Archie Craddock cuando tenía dieciocho años, así que no tuve mucho tiempo de tener pretendientes —contestó Grace—. Luego pasé los treinta años siguientes lamentándolo.

—Lo siento.

—No lo sientas. El dolor hace tiempo que se borró. Incluso soy capaz de hablar con él por teléfono sin enfadarme.

—¿Seguís viéndoos? Si no te molesta que te lo pregunte… —añadió rápidamente.

—No te preocupes. Y sí, nos seguimos viendo. Tú no puedes, o por lo menos yo no he podido, no importa cómo haya sido Archie, dejar una vida de treinta años en común como si no hubiera existido. Aunque suele ser Archie quien llama y no yo cuando tiene algún problema.

El padre de Jazzlyn las interrumpió al entrar en ese momento.

—¿Cómo están mis dos mujeres preferidas? —preguntó.

Jazzlyn notó que su padre estaba feliz. Tomó a Rembrandt y lo llevó a darle un corto paseo. Mientras caminaba, se dio cuenta por enésima vez que no era Tony Johnstone quien le preocupaba, sino Holden Hathaway.

¿Por qué no le diría quién era? ¿Por qué le permitió creer que era un cliente de su padre? Pero, por otra parte, ¿por qué iba a presentarse él mismo? ¿Y no era a su padre a quien quería ver? Así era, aunque ella hubiera sido incluida en aquella cena. Por otro lado, Holden Hathaway no sabía si el padre de Jazzlyn tenía algún plan para el cumpleaños de Grace… Pero de todos modos no se explicaba por qué él no se había presentado directamente como el sobrino de Grace. Finalmente, Jazzlyn se preguntó si el trabajar para una firma de abogados no estaba volviéndola demasiado desconfiada con la gente.

El perro estaba intentando jugar con un tronco de árbol y Jazzlyn se acercó.

—No, Remmy, es demasiado grande.

Poco tiempo después se dirigía a casa con la sensación de que algo no funcionaba del todo.

Grace se iba a quedar con ellos unos días y Jazzlyn reconocía que se alegraba de ello tanto como su padre. Era un placer salir de su trabajo y encontrarse a Grace en casa. Era una mujer tranquila, suave, callada y que hacía unos guisos exquisitos.

Jazzlyn intentó dejar de pensar en Holden Hathaway, así como en dejar de buscar las razones por las que no se había presentado. Era un hombre encantador y elegante y en los ambientes en los que se movía seguro que no tenía que molestarse en cosas tan triviales como explicar quién era o qué pensaba a nadie. Aparte de que ella era tan solo la hija del novio de su tía.

Jazzlyn también se alegraba de que Grace estuviera en casa por otros motivos. Tony Johnstone la había empezado a llamar todas las noches y eso se estaba convirtiendo en una enorme molestia, con lo cual le venía bien tener una persona cerca en la que confiar.

—¿Qué puedo hacer, Grace? —le preguntó, el jueves por la noche, cuando Tony volvió a llamar.

—O tomas una acción legal, que creo que no harás, o le pides a tu padre que hable con él la próxima vez, que también se que no lo harás. No te puedo decir mucho más, cielo, excepto que es mejor que lo soluciones cuanto antes. Por lo que me has contado, nunca le diste esperanzas para que se comportara así. Me imagino que en un mes, si puedes soportarlo, se cansará y dejará de llamarte inútilmente.

Un mes de llamadas de Tony Johnstone no era ningún proyecto maravilloso para Jazzlyn, pero ésta se sintió mucho más tranquila después de haber hablado de ello con Grace.

Jazzlyn, a pesar de que siempre salía pronto del trabajo, aquel viernes se retrasó. De todos modos, llegó con tiempo suficiente para prepararse para la noche.

Irían a cenar a The Linden. Holden Hathaway debió de preguntar al padre de Jazzlyn, ya que The Linden era su restaurante favorito. Rex Alford, divorciado, de treinta años y propietario del restaurante, era amigo de Jazzlyn desde hacía varios años. La muchacha solía verlo en fiestas y también había salido un par de veces con él. Aunque rechazó la tercera cita. Habían seguido siendo amigos, sin embargo, y Rex incluso había negociado con el padre de

Jazzlyn para que dejara algunos cuadros expuestos en el local.

Holden llamó por teléfono aquella tarde para decirles que iría a recogerlos. Jazzlyn estaba en su habitación cuando escuchó que él llegaba. Estaba casi lista y bajó enseguida para no hacerle esperar demasiado.

Grace se había puesto un vestido de color azul oscuro que le sentaba muy bien. Jazzlyn, por su parte, con su cabello rubio suelto alrededor de los hombros, se puso un vestido negro sin mangas. Al ver a Holden Hathaway, de repente, experimentó la necesidad de saber que estaba muy guapa.

Su padre la presentó.

—Ya conoces a mi hija Jazzlyn. ¿No? —dijo.

—Así es —replicó Holden, acercándose para darle la mano, a pesar de que no había tal necesidad.

Jazzlyn notó la mano caliente de él sobre la suya.

—Hola —contestó ella, mirándolo y pensando en cómo lo recordaba.

—¿Cómo estás, Jazzlyn?

—Bien —replicó—. Tengo que ir a darle una galleta al perro, porque vamos a dejarlo solo…

Después de darle la galleta a Rembrandt, de darle algunos consejos de lo que tenía que hacer y lo que no, y de encenderle la televisión de la cocina, todos estaban listos para salir.

Jazzlyn se sentó en el asiento delantero, a pesar de que Grace era la homenajeada, pero al volverse notó que ésta estaba de lo más alegre con Edwin Palmer.

Su padre comentó que hacía muy buena noche y Grace hizo referencia a lo contenta que estaba y a los regalos tan bonitos que había recibido.

—¿No sabías que el señor Palmer te estaba haciendo un retrato? —preguntó Holden.

—¡No! Sabía que Edwin me había hecho algunos bocetos, claro, pero el retrato ha sido una sorpresa.

Grace parecía emocionada y Jazzlyn se sentía muy feliz por ello. El retrato también había sido una sorpresa para ella. Su padre había pintado a su madre fallecida y a su hija, pero nunca a ninguna otra mujer, a menos que sintiera cariño especial por ella.

Jazzlyn le había regalado un pequeño libro de poesía que sabía

que gustaba especialmente a Grace. Holden, por su parte, le regaló una pieza de porcelana que su tía había visto dos meses antes.

Pero fue del retrato de lo que fueron hablando todo el camino hasta llegar al restaurante. Jazzlyn no esperaba ver allí al dueño. Era viernes noche y sabía que Rex había contratado a empleados para librar algún día.

Pero nada más entrar en el local, el propietario en persona salió a saludarlos. O mejor, el propietario fue a saludarla a ella.

—Jazzlyn Palmer… no sabía que tenías mesa reservada para esta noche.

Luego la besó en la mejilla.

—¿Todavía sigues libre? —le preguntó, con los ojos fijos en su rostro y disfrutando de manera evidente de esa visión—. ¿Todavía no ha intentado atraparte ningún hombre?

—Ya sabes que nunca voy sin mis zapatos especiales para salir corriendo —bromeó ella.

—¿Te das cuenta de que me has roto el corazón?

A ella le caía bien Rex, a pesar de que siempre estaba flirteando.

—Estoy segura de que te recuperarás —le contestó. Y un momento después, sintió una mano firme sobre su brazo.

Jazzlyn volvió la cabeza hacia el propietario de esa mano y pudo ver que Holden estaba algo impaciente porque se acabase esa conversación, de manera que pudieran pasar al pequeño anexo. Ella no sabía si sentirse indignada, sorprendida o arrepentida, pero antes de que lo pudiera aclarar, vio que su padre estaba haciendo las presentaciones y explicando que los cuadros que adornaban el local eran suyos.

Al poco, pasaron al anexo y se sentaron a una mesa donde ya habían servido unos aperitivos. Jazzlyn se puso a estudiar el menú sin poderse quitar de la cabeza la reacción de Holden Hathaway. Era cierto que él era su huésped y que su tía era la invitada de honor, así que ella debería de haberse mantenido en un segundo plano. Pero lo único que había hecho era intercambiar unos pocos comentarios con Rex Alford. Juraría que no había estado hablando con él más de treinta segundos. De manera que Holden Hathaway no tendría que haberle recriminado nada. Bueno, quizá tenía que admitir que la actitud de Rex había sido como la de quien se piensa pasar charlando toda la noche, pero era su manera de ser. Y en

cualquier caso, eso no tenía nada que ver con el entrometido señor Holden Hathaway.

De pronto, Jazzlyn se dio cuenta de que sus pensamientos estaban revelando que el señor Holden Hathaway no le caía demasiado bien. Y tenía que dejar de pensar en eso. Al fin y al cabo, esa cena se celebraba en honor de Grace.

Levantó la vista del menú y se quedó mirando fijamente al hombre en el que había estado pensando en silencio. La mirada de él era fría e impersonal. Con cierta inquietud, Jazzlyn se dio cuenta de que no había conocido a ningún hombre que mostrara esa indiferencia hacia ella.

—¿Sabes ya lo que vas a pedir? —le preguntó él cortésmente. Ella estaba segura de que no le importaba que no fuera muy amable con ella. Con que fuera educado, le bastaba.

—Creo que me decidiré por el cangrejo —contestó ella, igualmente educada. Lo cierto era que no había leído ni una sola palabra del menú, pero todos los restaurantes solían tener pescado los viernes.

Luego, Holden Hathaway volvió la atención hacia su tía. Y porque ella era su tía y Jazzlyn la apreciaba, decidió olvidarse de lo que pensaba de Holden. Cuando ya estaban a mitad del primer plato, ella ya estaba en disposición de comportarse de un modo natural.

Y no sabía si sería porque era el cumpleaños de su tía y él estaba siendo especialmente encantador, pero lo cierto era que a mitad del segundo plato Jazzlyn se lo estaba pasando muy bien. Ya no se sentía indignada hacia Holden y se estaba divirtiendo mucho con él.

Incluso descubrió que le gustaba su sentido del humor y se encontró a sí misma riéndose con una anécdota que él había contado. Luego descubrió, al mirarlo, que él también la estaba mirando a ella, pero la mirada era ya más cálida al ver que ella se estaba riendo.

Él apartó la mirada bruscamente. Y ella se sintió bien. Aunque creyó sentir que su corazón revoloteaba, y eso no le había sucedido nunca. Tendría que vigilarlo.

Después de terminarse el pudding y mientras tomaba el café, Jazzlyn había decidido que su corazón había revoloteado debido a que el pescado debía de estar excesivamente especiado.

—¡Oh, a propósito! —Edwin Palmer se acordó de pronto de algo y señaló a su hija—. Me olvidé de decírtelo. Te llamaron por teléfono justo antes de que llegaras a casa.

Jazzlyn se imaginaba quién había llamado.

—Era un tal Tony —se acordó. Y Jazzlyn se dio cuenta de que todos estaban mirándola. Grace, que lo sabía todo acerca de Tony Johnstone; su padre, que no sabía nada; y Holden Hathaway que había estado presente cuando ella le pidió a Tony que no la volviera a llamar—. Dijo que volvería a llamar, pero le contesté que íbamos a salir y que seguramente le llamarías tú.

—Gracias, papá —respondió ella. Aunque sabía que no iba a hacerlo.

De algún modo, Jazzlyn sintió que no podía soportar la mirada de Holden. Aunque por la expresión de él, parecía que todo ese asunto de Tony no le interesaba en absoluto. De hecho, parecía haber olvidado por completo que ella no quería casarse con ese Tony.

Sin embargo, el hecho de que Holden Hathaway era un hombre que no se olvidaba de nada se pondría en evidencia diez minutos más tarde, cuando salieron del restaurante después de pagar la cuenta. Holden sujetó la puerta para que salieran los demás, pero Grace se había quedado mirando un cuadro de Edwin Palmer que no había visto antes. Al mismo tiempo, Jazzlyn se dio cuenta de que Rex Alford se dirigía hacia ellos.

Ella se lo había pasado tan bien esa noche que no quería estropearlo al final, así que decidió que no iba a pasar lo mismo de antes. Pensó que lo mejor sería salir de allí, mientras Grace seguía observando el cuadro.

—Buenas noches, Rex, una cena estupenda —dijo, ya que él estaba tan cerca de ella que no podía ignorarlo, pero luego atravesó la puerta. Y no pudo reprimir que se le escapara una queja cuando vio quien estaba esperándola fuera. Tony Johnstone salió de entre las sombras.

—¡No me llamaste! —la acusó—. Tu padre me dijo que me llamarías, pero tú no lo hiciste.

Y era evidente que su padre también le había dicho a dónde iban a ir esa noche.

—Tony, yo… —fue todo lo que pudo decir. No se había dado

cuenta de que no había abandonado el restaurante ella sola.

—¿No vas a presentarme a tu amigo, Jazzlyn? —preguntó fríamente Holden.

—Soy su novio —dijo Tony en un tono brusco.

—No, esta noche me parece que no —le dijo Holden—. Esta noche la señorita Palmer está conmigo.

—Pero es que llevo esperando aquí desde… —protestó Tony.

Pero Holden no parecía tener ninguna intención de discutir, y antes de que Tony pudiera decir nada más, había agarrado a Jazzlyn del brazo para conducirla hacia el aparcamiento.

Eso enojó a Jazzlyn, que estaba acostumbrada a decidir por sí misma con quién quería hablar y a dónde quería ir.

—¡Eso no era necesario! —exclamó ella, cuando se detuvieron frente al coche de Holden. Era evidente que Tony se había dado cuenta de que su presencia allí esa noche no les era grata, ya que no había ni rastro de él.

—¿Es que no te oí decirle a tu novio hace nueve días que había pasado a ser tu ex-novio?

¡Así que se acordaba!

—Eso no tiene nada que ver con… él parecía herido. ¡Yo habría manejado mejor la situación!

—¿Lo dices porque él ya no está aquí? ¿Es que todavía quieres seguir tomándole el pelo?

—¿Tomándole el pelo? —explotó ella—. Yo fui franca con él. Yo…

—También yo lo he sido. Pero perdóname si piensas que me he entrometido. Creía que tú…

—¡Entrometido! —exclamó ella. Y de pronto comprendió todo —. Claro que sí. Y también te estás entrometiendo en la relación de mi padre y tu tía —le acusó.

—¿Cómo? —preguntó él, sorprendido por el giro que había tomado la conversación. Pero Jazzlyn sabía perfectamente de qué estaba hablando.

—Tú no viniste a casa el miércoles para lo de la cena de cumpleaños de tu tía, ¿verdad? ¡Viniste para investigar a mi padre! Para saber cuáles eran sus intenciones.

Ella se detuvo para tomar aliento, mientras le miraba muy enfadada.

Holden Hathaway la miró a su vez. Él no parecía estar avergonzado en absoluto.

—¿Y qué si fue así?

—¡Eres un ser despreciable! ¿Cómo te atreves a invitar a mi padre a cenar contigo? ¿Y cómo te atreves a invitarme a mí también?

—Lo hice por complacer a mi tía.

Luego, al ver que Grace Craddock y Edwin Palmer se dirigían hacia ellos, él apartó la vista de ella.

—A ver si puedes dominar de una vez tu mal genio y conseguimos que esta noche acabe bien para mi tía —le susurró con un tono amenazante.

Ella lo miró desafiante. Nunca había visto a nadie tan arrogante. Pero en algo llevaba razón. Esa noche era de Grace y no debían estropeársela.

Jazzlyn se apartó de él y cuando Holden se dirigió a abrir la puerta del copiloto para que se sentara, ella ya se había metido en uno de los asientos traseros. Podía morderse la lengua, pero otra cosa era ir hasta casa al lado de ese canalla.

Capítulo 2

¡Que tenía mal genio! Nadie había tratado a Jazzlyn como ese hombre lo había hecho. ¡Menudo tipo tan arrogante!

«Esta noche la señorita Palmer está conmigo». Había dicho, y además, creería que ella debía estarle agradecida. ¡Estaba listo! ¿Quién se pensaba que era?

Jazzlyn estaba fuera de sí. Y el hecho de que Tony Johnstone no hubiera dejado de llamarla durante todo el fin de semana no había hecho nada para mejorar su humor.

—Mira, Tony, tienes que dejar de llamarme o escribirme —le advirtió, deseando romper toda relación con él.

—¡Ya sé que tienes un nuevo novio! —la acusó él—. Y no te preocupa haberme destrozado el corazón.

—¡Por favor, Tony! No quiero hacerte daño, de verdad, pero es que el hablar las cosas no va a arreglar nada —Jazzlyn hizo una pausa para tomar aliento, y luego añadió con tono amable—. No voy a volver a salir contigo de nuevo.

Pero no consiguió nada. El lunes la volvió a telefonear y no estaba segura de si le contó que el martes iba a salir a comer fuera. Pero él la llamó por la noche cuando regresó.

Su padre, que era una persona que vivía en su propio mundo, no se había enterado de nada. Pero Grace, que llegó el miércoles para pasar unos días con ellos, sí que lo había hecho. El mismo miércoles, poco después de su llegada, se había fijado en la expresión de desesperación de Jazzlyn cuando el teléfono sonó.

—¿Es que Tony sigue llamándote?

—Sí, todos los días —contestó Jazzlyn con tono preocupado—. Y además, le tengo que contestar —dio un suspiro—, para que no moleste a papá.

—¿Quieres que conteste yo? —se ofreció Grace.

Jazzlyn negó con la cabeza, a pesar de lo tentadora que era la oferta. Sabía que Grace estaba convencida de que tarde o temprano Tony se cansaría y dejaría de llamarla. Pero por el momento parecía que no era así. Efectivamente, era Tony quien la había llamado, y cuando Jazzlyn dejó el teléfono se sentía emocionalmente destrozada.

—Lo que tú necesitas —le dijo Grace—, es salir fuera una temporada.

—¡Eso sería magnífico! —el simple hecho de pensar en que Tony no la podría llamar si se iba fuera, le pareció de pronto el Paraíso.

—¿No podrías tomarte unas vacaciones? —insistió Grace.

—Supongo que sí. De hecho, me quedan bastantes días libres.

Podría haberse ido una temporada con sus abuelos si no hubiera pasado con ellos una semana recientemente. Y además, esconderse le parecía una cobardía.

—Bueno, no te preocupes. Puedo hacer frente a la situación. Además, estoy segura de que él no está realmente enamorado de mí. Y como tú dices, tarde o temprano se cansará —se preguntó si estaría siendo convincente.

—¿No crees que deberías contárselo a tu padre?

Jazzlyn negó con la cabeza.

—No es necesario que todos tengamos que preocuparnos por este asunto. Tampoco tendría que haberte entrometido a ti, sólo que…

—Sólo que yo estaba aquí y lo oí todo por mí misma —finalizó Grace la frase por ella.

El afecto que Jazzlyn sentía por Grace se hizo todavía mayor después de aquello.

El jueves por la mañana estaba Jazzlyn en la oficina cuando de pronto pensó en Holden Hathaway. Se daba cuenta, a medida que iba sintiéndose más cerca de Grace que quizá hubiera sido injusta con él.

Le había llevado una semana tranquilizarse y pensar que quizá Holden no se hubiera comportado tan mal como ella había creído al principio. Al ver lo dulce que era Grace, reparó en que además debía de haber sido una mujer bastante ingenua para estar casada treinta años con un mujeriego antes de divorciarse. Si Grace fuera

su tía, seguramente Jazzlyn también habría querido comprobar personalmente qué clase de relación se disponía a tener con un nuevo hombre.

Jazzlyn sabía que Grace procedía de una familia rica, y a pesar de que Edwin Palmer no era pobre, tampoco se podía decir que nadara en la abundancia. Y aunque bastaba con verles juntos para darse cuenta de que Grace y su padre estaban ambos felices en su relación, estaba también el hecho de que Edwin Palmer se hubiera casado ya tres veces anteriormente que hubiera tenido aparte numerosas *amigas*. Su padre gustaba a las mujeres, sólo que Grace confiaba en él. Aunque la única que podía estar segura de que su padre no podría engañar a nadie, era Jazzlyn.

Ella llegó a casa a la tarde, temiendo la inevitable llamada. Y ésta se produjo. Pero no era Tony, sino el hombre que el viernes pasado la había acusado de tener mal genio.

Grace se había ido por la mañana y Jazzlyn había regresado de la oficina algo más tarde de lo normal. Estaba dándole de cenar a Rembrandt y pensó que ya dejaría de sonar el teléfono. Pero no fue así, y para no molestar a su padre, decidió ir a contestar.

—¿Sí? —dijo con un tono cortante. No sabía cuánto tiempo más podría resistir aquello.

—¿Quieres que llame en otro momento? —preguntó una voz, que no era la de Tony, pero que ella reconoció de inmediato.

—Lo siento, pensaba que era otra persona —se excusó ella—. Me temo que tu tía no está aquí, se fue a su casa esta mañana. Eres Holden, ¿verdad?

—¿Me has perdonado ya? —preguntó él, en un tono encantador que estuvo cerca de hacer que Jazzlyn se desmayara.

Ella tragó saliva. Lo cierto era que había algo en ese hombre que a veces hacía que las cosas perdieran su equilibrio natural.

—Bueno, es que he pensado que si Grace fuese mi tía, yo también querría saber algo más acerca del nuevo hombre con el que ella quiera estar.

Hubo un pequeño silencio.

—¡Qué criatura tan adorable eres! —murmuró Holden Hathaway, finalmente.

El corazón de ella revoloteó locamente debido a que parecía que había conseguido con su sinceridad que Holden pensara bien de

ella.

—¡Eh! ¡Sin entusiasmarse!

Ella escuchó la risa de él. Era un sonido agradable, pero en seguida cesó.

—No llamaba por Grace —dijo él, recuperando su tono normal de voz.

—¿Por mi padre?

—Por ti.

—¿Has llamado para hablar conmigo? —Su corazón volvió a revolotear de nuevo—. ¿Y acerca de qué?

—Necesito una pareja para una cena-baile a la que parece que tendré que ir mañana por la noche —Jazzlyn se quedó en silencio largo rato. Parecía que la estaba invitando a cenar. Y se suponía que ella tenía que contestar. Había pensado en quedarse en casa. Había rechazado la invitación de uno de sus pretendientes de la oficina. Pero ¡menuda sorpresa! Holden Hathaway estaba pidiéndole que saliera con él—. Así que pensé en ti —continuó hablando—, porque sé que tú eres de confianza.

¡De confianza! ¿Qué quería decir con eso?

—¿De confianza? —preguntó extrañada.

—Sí, quiero decir que sé que tú tampoco estás interesada en mantener una relación duradera.

Jazzlyn seguía sin tener ni idea de a dónde le llevaría esa situación, pero no veía ningún problema en confirmar sus palabras.

—De eso puedes estar seguro.

—Muy bien. Me alegro de escuchar eso. La cosa es que estoy obligado a atender ese compromiso. Y por otra parte, no me vendría mal que otra persona pensara que tengo una pareja.

—Una mujer, supongo. ¿Qué quieres, ponerla celosa?

—No, todo lo contrario.

—Creí que tú sabrías manejar bien a una mujer que te persiguiera.

—Corrígeme si me equivoco, pero creo te refieres a Tony el de «Lo siento Tony, me lo he pasado muy bien contigo, pero no quiero verte más»; el que te perseguía el viernes pasado para salir contigo.

¡Era un canalla!

—¡Tú ganas! —admitió, pensando que él tenía que estar pasando por una situación similar a la suya.

—De manera que para salvarme de las garras femeninas y para demostrar que me has perdonado, ¿me acompañarás mañana por la noche?

—Me da la impresión de que sabes cómo conseguir lo que quieres.

Jazzlyn era consciente de que simplemente por haber estado a su lado el viernes anterior la había salvado, era una manera de hablar, de las garras de Tony, y sintió que tenía que devolverle el favor.

—Pero hay una cosa: la mujer esa, de la que quieres escapar, no estará enamorada de ti, ¿verdad?

—¡Eres una romántica! —murmuró—. Te prometo que su mayor interés reside en mi cartera.

—No parece importarte.

—Quizá me parezca un poco a ti.

—¿Me llamarás, o nos encontraremos en algún lugar? —quiso saber ella, dando por zanjado el asunto.

—Te llamaré a las siete —replicó él.

Y Jazzlyn estaba casi segura de que lo había dicho con una sonrisa en los labios.

Sin darse cuenta, la muchacha se dio cuenta de que también ella sonreía, aunque no por mucho tiempo. Tan pronto como colgó el teléfono, éste sonó de nuevo. Era Tony. Habló con él unos minutos y luego se llevó a dar un paseo a Rembrandt, preguntándose si Holden tendría también que soportar ese acoso telefónico.

Estuvo fuera con el perro un rato y al volver a casa se sentía mucho mejor. Ya no pensaba en Tony, sino en Holden y en la cena. Si era una cena de trabajo, ¿qué ropa debería ponerse?

Jazzlyn no recordaba haber prestado tanta atención a su aspecto anteriormente. Al día siguiente, mientras se preparaba, estaba segura de que las demás mujeres irían muy elegantes y ella quería ser la que mejor vistiera de todas. Su traje largo de terciopelo negro, completamente liso, se ceñía admirablemente a su estrecha cintura y a sus curvas suaves. El escote, aunque discreto, mostraba la piel delicada del cuello y parte del pecho. Jazzlyn lo adornó con un collar de perlas de una sola vuelta que su padre le había regalado al cumplir los dieciocho años. Finalmente, se recogió el cabello en un moño alto.

Le había comentado a su padre que iría con Holden a una fiesta, explicándole que éste necesitaba pareja y la había llamado en el último momento. No le había hablado a su padre de sus propios problemas con Tony, no le parecía bien hablarle de ello.

—¿Qué tal estoy? —Preguntó a su padre, al bajar al salón—. ¡No, Remmy! —ordenó al perro, cuando éste hizo ademán de saltar encima.

Quería mucho al perro, pero no quería que le llenara el traje de pelos blancos.

El padre agarró el collar del perro justo a tiempo.

—Pareces un cuadro —contestó, con una sonrisa—. Soy un hombre muy afortunado por tener una hija que es bella por dentro y por fuera.

—Eso es muy bonito —contestó Jazzlyn.

—Es cierto —contestó Edwin Palmer—. Tu madre también tenía una belleza interna y externa. Y Grace también la tiene —añadió.

Edwin Palmer hablaba muy poco de la madre de Jazzlyn.

—Pásatelo bien —le deseó ella, en el momento en que escucharon un coche llegar.

—Y tú también. Di a Holden que no salgo a saludarlo porque estoy muy ocupado agarrando al perro.

—Te veré luego —se despidió ella.

De repente sintió que se ruborizaba al ir hacia la entrada. Incluso se detuvo a tomar aire.

El timbre sonó. Ella esperó unos segundos y luego contestó, nerviosa por si se había arreglado demasiado. Luego, al ver a Holden con una camisa blanca inmaculada y un traje oscuro, supo que había elegido bien.

Ella se quedó mirándolo unos segundos, perdida en sus pensamientos.

—¡Estás maravillosa! —Murmuró él en voz baja—. ¡Estás preciosa!

—¿No te dejaré en mal lugar? —preguntó inquieta.

—Jazzlyn Palmer, eres una mujer deliciosa —aseguró, con una sonrisa en los labios irresistible, que hechizó a Jazzlyn.

Pero ella era una persona dura y se recuperó en seguida.

—No te creo. Por cierto, mi padre está sujetando al perro.

—Me alegra oírlo.

Ambos se echaron a reír y, de camino al coche, Jazzlyn le habló del animal adorable y desaliñado al que habían adoptado años antes. También le explicó por qué no le invitaba a entrar para que saludara a su padre.

—Grace no está con nosotros este fin de semana —comentó ella.

—Tu padre la llamará un poco más tarde —replicó Holden.

—¿Lo sabes todo?

Él la miró de reojo.

—Parece ser que las hermanas se lo cuentan todo.

—¿Has estado hablando de nuevo con tu madre?

Jazzlyn pensó que quizá le había ofendido con aquel comentario, pero la sonrisa del hombre fue, de nuevo, encantadora.

—Me llamó ella —replicó. Sin duda, quería saber lo que él pensaba del amigo artista de su hermana.

—Intenta no preocuparte demasiado por Grace —la sonrisa de él desapareció. Jazzlyn sintió que se estaba metiendo en aguas pantanosas, pero tenía que continuar—. Tu tía Grace… mi padre siente algo especial por ella —le aseguró.

—Te lo dijo él, ¿verdad?

Jazzlyn deseó haber permanecido callada. No parecía un buen comienzo de noche.

—No de esa manera.

—Entonces, ¿cómo lo sabes?

—¡Simplemente lo sé! —dijo, sin saber qué pensar, pero sintiendo que tenía que continuar, por mucho que le molestara—. Si quieres que te lo diga, mi padre se refería a la belleza interior. Decía que mi madre tenía belleza interior y, entonces, dijo que también Grace la tenía.

—Es un artista. Sabe ver debajo de la superficie de las cosas mejor que la mayoría de la gente, me imagino.

—Mi padre no miente… es una persona muy sincera —dijo, categóricamente.

—Ha tenido tres matrimonios que lo demuestran.

—¡Eres un canalla! —exclamó.

Estuvo a punto de decirle que la llevara de vuelta a casa.

—Tienes razón —murmuró Holden.

Jazzlyn entonces soltó una carcajada.

—¿Así que no vas a perdonarme? —preguntó, cambiando de

tema al darse cuenta de que ella había estado a punto de decirle que se fuera solo.

—¡Lees el pensamiento! —murmuró ella.

En esa ocasión fue él quien se echó a reír.

De mutuo y silencioso acuerdo, ni el padre de Jazzlyn ni la tía de Grace volvieron a ser mencionados y cuando llegaron a la puerta del lujoso hotel ya habían recuperado el buen humor.

Antes de llegar, Jazzlyn tuvo que confesarse a sí misma que se sentía un poco nerviosa. En cambio, al entrar se dio cuenta de que estaba completamente relajada. No sabía bien si por estar con él o por algún otro motivo.

Era evidente la popularidad de Holden, ya que muchas personas fueron a saludarlo y a conocer a su pareja. Él estuvo muy atento con ella y parecía que quería que todos supieran que no había ido solo. Jazzlyn imaginaba que la mujer a la que quería evitar sin herir sus sentimientos, probablemente una compañera de trabajo, también lo sabría.

Pero, aunque él demostró a todos que ella estaba con él, no pudo evitar que varios hombres de la fiesta se acercaran a ella. Tampoco que el hombre que se sentó al lado de Jazzlyn en la mesa conversara con ella amenamente.

—¿Te está molestando Brian Fox? —le preguntó Holden, sentado al otro lado.

Ella sonrió al ver el rostro preocupado de Holden. ¡Cuando salía con una mujer, salía con ella! Desde luego, no sabía qué podría hacer Holden, tal como estaban sentados. Aunque algo haría, estaba segura. Pero la preocupación de él era innecesaria.

—Es muy interesante hablar con él —contestó ella sinceramente. Luego no pudo reprimir una carcajada—. No te estarás sintiendo solo, ¿verdad?

Él también rió y dirigió su atención hacia la elegante mujer que había sentada a su lado. Aunque Jazzlyn no se sintió ofendida. Admitió que se lo estaba buscando y se volvió a su vez para seguir hablando.

La comida fue muy divertida y estaban ya tomando el café sin que Jazzlyn supiera todavía quién era la mujer que se sentía atraída por la cartera de Holden. Había observado que varias mujeres lo miraban de vez en cuando, y aunque algunas de ellas parecían

escuchar las palabras de Holden con mucha atención, a ninguna parecía caérsele la baba. Aunque estaba en un ambiente de gente elegante. ¡Y a la gente elegante no se le cae la baba!

La música comenzó a sonar y Jazzlyn vio que uno de los hombres jóvenes se levantaba. Luego concentró su atención en Holden, que en ese momento se dirigió a ella.

—Creo que me debes el primer baile —dijo, levantándose.

Jazzlyn imaginó, sin saber por qué, que tenía razón. Hizo ademán de levantarse y Holden le ayudó a apartar la silla. En ese momento el hombre joven se acercó a ellos.

—¡Iba a pedirle que bailara conmigo! —se quejó, mirando a Jazzlyn.

—Lo siento, Lewin, has llegado tarde —contestó Holden, antes de que ella pudiera decir nada.

—Volveré —prometió.

—Será un placer bailar contigo más tarde —contestó Jazzlyn, apenada por el señor Lewin que había rodeado toda la mesa para obtener un recibimiento así.

Holden y Jazzlyn se dirigieron a la pista de baile. Allí Holden pasó un brazo alrededor de ella.

—No me extraña que tengas problemas con los hombres.

Jazzlyn alzó los ojos sorprendida, encontrando los ojos grises de él fijos en ella.

—¿Soy tan provocadora? —preguntó, con una expresión entre sorprendida y preocupada.

—¡Oh, Jazzlyn! —dijo él, abrazándola un poco más. El corazón de ella de repente dio un vuelco, sus labios se abrieron. Los ojos de él buscaban su rostro, acariciaban la piel de su cuello y llegaban a la piel blanca de su pecho, donde sus senos formaban una sombra dividida. Luego él volvió a mirar los labios separados y los ojos violetas.

Finalmente, miró hacia otra parte y cuando, después de haber llegado a una parte de la pista más despejada, la miró de nuevo, fue con aquella misma expresión firme. Entonces Jazzlyn supo que la luz cálida que había visto emanar de aquellos ojos, había sido fruto de su imaginación.

—No necesitas hacer nada para provocar a un hombre. La mayoría de los hombres lucharían por acercarse a ti simplemente

para que los miraras.

«La mayoría de los hombres, pero no tú», pensó ella, decidiendo en ese momento que no saldría con él nunca más. Después, cuando supo hacia dónde se dirigían sus pensamientos, decidió hacerse fuerte. ¡Aquello no había sido una cita propiamente dicha! ¡Tampoco ella quería que lo fuera! ¡Y por el amor de Dios! No quería que Holden luchara por acercarse a ella. Pero no, no volvería a salir de nuevo con él… incluso aunque él se lo pidiera, cosa que, desde luego, no iba a hacer.

Ella ya tenía suficientes problemas con gente como Tony Johnstone como para volver a quedar con un hombre guapo y elegante como Holden Hathaway.

—Gracias —dijo él.

Ella lo miró. La música había terminado.

—Deber cumplido —dijo ella.

Pero cuando volvieron a la mesa, él ya no le pasó el brazo alrededor ni tomó su mano. Entonces fue cuando ella supo que su corazón había palpitado con un ritmo diferente.

El hombre al que Holden había llamado Lewin bailó con ella. También lo hicieron algunos otros hombres. Holden, por su lado, bailó con algunas mujeres, pero no volvió a pedirle a ella que bailara con él. Y ella se alegraba.

—Si no tienes especial interés en quedarte, creo que podemos irnos ya —comentó Holden, cuando ella salió de la pista después de haber bailado por tercera vez con Lewin.

—Como tú quieras —contestó ella.

—Me lo he pasado muy bien contigo —dijo él, yendo hacia el coche, después de haberse despedido.

—Yo también me lo he pasado bien —replicó ella—. La comida estaba exquisita, ¿verdad?

—Lewin te habrá pedido el número de teléfono, por supuesto.

—Por supuesto.

Estaban ya en el coche de Holden y llevaban cinco minutos de viaje, cuando él habló de nuevo.

—¿Se lo diste?

—Bueno, no sabía cómo de seria se suponía que tenía que ser nuestra relación —contestó, sabiendo que con aquella respuesta él se imaginaría que no se lo había dado.

—¿Querrías que él lo tuviera?

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza. Luego se dio cuenta de que Holden estaba concentrado en la carretera y que no había visto su gesto.

—No —contestó—. Me gustaría resolver primero algunos problemas antes de volver a citarme con nadie.

—¿Rex?

—Rex Alford no es un problema. No se toma más en serio las relaciones de lo que yo lo hago. He salido con él un par de veces y es divertido, pero… ¿Cuál era la mujer de esta noche? ¿La que intentabas…?

—Sé que estoy siendo injusto, pero decírtelo no me parece muy caballeroso.

—¡Eso es injusto! ¡Tú sabes toda mi vida amorosa!

—Lo dudo —contestó suavemente—. ¿Era Tony quien esperabas que te llamara ayer noche?

—A pesar de repetirle continuamente que no estoy interesada en él, me sigue llamando cada noche.

—¿No lo ha entendido todavía?

—Parece que no.

—¿Qué opina tu padre de eso?

—No se lo he dicho.

—¿Y crees que deberías hacerlo?

—No creo que insista mucho más tiempo. Tony Johnstone ha tenido varias novias, lo que me hace pensar que es un poco caprichoso en asuntos amorosos. Estoy segura de que se cansará pronto. Sólo tendré que aguantar un poco más. Grace lo sabe y…

—¿Se lo dijiste?

—Sí. No para preocuparla —le aseguró—. Dio la casualidad de que Grace estaba en casa un par de veces cuando él llamó —Jazzlyn hizo una pausa, luego continuó despacio—. Yo me alegro de poder hablar con ella de ciertas cosas.

—Yo también me alegro —dijo amablemente Holden—. Tu madre murió cuando eras pequeña, ¿no?

—Yo tenía cinco años y estaba pasando dos semanas con mis abuelos, cuando mis padres tuvieron un accidente de tráfico que nunca debió ocurrir.

Recordando que había estado a punto de volver a casa cuando

Holden había sido desagradable con su padre. Jazzlyn dudó si contarle que sus abuelos opinaban que al morir su madre, Katherine Palmer, su padre había tenido una crisis durante varios meses, y que fue cuando cambió por completo de personalidad. Desde entonces su forma de vida había sido mucho más arriesgada.

—Mi padre… cambió después de aquello —comenzó a decir Jazzlyn. Sin saber porqué, después de haber sido toda su vida sincera y extrovertida, medía las palabras—. Según mis abuelos, sufrió un impacto muy fuerte al perder a su querida Katherine y se sumió en una crisis profunda de donde nadie le podía sacar. Pero esa misma herida le cambió por completo y, de ser un hombre hogareño y soñador, se convirtió en un hombre que sólo quería vivir el momento. ¿Por qué te estoy contando esto? —añadió bruscamente.

—No lo sé. No debería de haberte preguntado —dijo Holden.

Jazzlyn intuyó que podía hacerse amiga de aquel hombre sencillo y franco.

—Entonces no diré más. Sólo… sólo…

—No vas a sentir timidez ahora conmigo, ¿verdad?

—No te preocupes. Pero pensaba que como tú eres tan protector con tu tía, te gustaría saber que mi padre odia hacer retratos.

—Lo tendré en cuenta —replicó Holden solemnemente.

Jazzlyn lo miró irritada, pero después de unos segundos tuvo que dejar a un lado su desesperación.

—Así que, aparte de mis retratos, los únicos que ha pintado sin cobrar han sido los de mi madre y tu tía.

—¿Me estás intentando decir otra vez que mi tía es alguien especial para él?

—¿Podría atreverme a hacerlo? —La muchacha hizo una pausa, continuaba enfadada con aquel hombre—. No habrás herido sus sentimientos. ¿No?

—¿Los de mi tía?

—De la mujer de la que te he protegido esta noche —contestó Jazzlyn dulcemente.

Cuando el tono de él se hizo más distendido, como si se divirtiera, ella tuvo deseos de darle una bofetada.

—¿No te he dicho… que eres deliciosa?

Ella no quería que la halagara. Sabía que era parte del encanto

de él y que no se lo estaba diciendo en serio. Sin embargo, Jazzlyn no pudo hacer nada para reprimir las ganas repentinas de echarse a reír. Apartó la vista de él y miró la hierba iluminada por las luces del coche.

Toda la tensión había desaparecido entre ellos cuando Holden aparcó el coche a la entrada de su casa. La acompañó y tomó su llave, para abrir él mismo la puerta.

—Gracias por haber sido una compañía tan agradable.

—Yo también me he divertido —contestó ella alegre mente.

Entonces, cuando la cabeza de Holden comenzó a acercarse a ella y su corazón comenzó a palpitar a toda velocidad, supo que la iba a besar. La besó… en la mejilla. Un beso sutil, breve y casto. ¡Podía haber sido su tía!

—Buenas noches, Jazzlyn.

—Buenas noches —respondió ella.

La mujer entró y cerró la puerta. Nunca, nunca más volvería a salir con él. Tenía el corazón todavía alterado. ¡Estaba decidida a no salir con él nunca más! En ese momento Rembrandt fue a saludarla, sin importarle el terciopelo negro. Ella se agachó y le dio un abrazo. Luego se fue a la cama.

Por la mañana Jazzlyn estaba sorprendida de haberse enfadado tanto por el modo de despedirse de Holden. ¡Como si fuera su tía! También por haberse puesto tan nerviosa cuando creía que le iba a dar un beso en los labios. En cuanto a lo de volver a salir con él, seguro que no se lo pediría. ¡A menos que necesitara de nuevo protección! La muchacha esbozó una sonrisa, ya de buen humor. Luego pasó gran parte de la mañana del domingo limpiándose pelos de perro de su vestido.

Su buen humor estuvo a punto de quebrarse cuando Tony Johnstone telefoneó aquella noche. Le estaba comenzando a resultar molesto y aburrido, y deseó con todo su corazón no haber salido nunca con él.

Hacia el martes, Tony le había llamado de nuevo la noche anterior, a Jazzlyn se le habían acabado los argumentos. Llamó, como era habitual, aquella noche. Ella seguía sin querer herir sus sentimientos y tampoco quería pedirle a su padre que hablara con él, pero es taba llegando al límite de lo que podía soportar.

Tony volvió a llamar el miércoles y se negó a aceptar las

explicaciones de ella. Más tarde, cuando estaba cenando con su padre, se dio cuenta de que no podía seguir así. Se sobresaltaba cada vez que el teléfono sonaba. Tendría que pedir ayuda a su padre.

—Papá… —comenzó, sólo que él la interrumpió.

—Grace llamó hoy… —dijo él.

—Tú primero.

—He estado hablando con Grace por teléfono —Jazzlyn suponía que cuando no estaban juntos, hablaban por teléfono—. Me ha dicho que quiere pasar dos semanas de vacaciones en Hampshire, ya que el pronóstico del tiempo es bueno.

A Jazzlyn se le olvidó lo que iba a decir debido a la sorpresa.

—¿Sin ti? —exclamó.

—Te estás haciendo inteligente para tu edad —dijo su padre provocador—. Nos iremos el sábado.

Ella abrió la boca sorprendida. Su padre pocas veces iba de vacaciones.

—Os lo pasaréis muy bien —dijo—. ¿Ya tenéis reservado hotel?

—No vamos a ningún hotel. Grace ha estado de vacaciones allí anteriormente y le han ofrecido la misma casa. Es una casa grande y caben tres personas.

Jazzlyn lo miró alucinada.

—¿Queréis que vaya con vosotros?

—Le he dicho a Grace que le enseñaría a tomar apuntes. Yo… pensé que te gustaría quedarte con Remmy mientras Grace y yo salimos a hacer marinas. Si estás allí, no tendré que preocuparme de si el perro se mete al agua mientras no lo estoy vigilando. Aunque me gustaría que vinieras de todos modos, por supuesto… si puedes conseguir que te dejen unos días libres en el trabajo. A Grace también le encantaría que vinieras.

—¿Estás seguro?

—¡Claro que estoy seguro!

—¿Dos semanas, has dicho?

—No merece la pena ir menos tiempo —declaró Edwin Palmer.

Jazzlyn, de repente, imaginó lo que serían las llamadas de Tony cada noche mientras su padre estaba fuera. Se sentía más fuerte cuando su padre estaba con ella, pero sin él… Pensó en ese momento que no podía confiarse a él. No, cuando él estaba

pensando en marcharse unos días. ¿Sería una cobarde si se iba también ella? Además, si Tony llamaba durante dos semanas y no se encontraba a nadie, se cansaría y dejaría de hacerlo. ¡Dos semanas libres!

—¿Tanto te cuesta decidirte?

—¿Estás seguro de que Grace y tú queréis que vaya con vosotros?

—¡Por supuesto! Además, no puedo dejar a Rembrandt aquí solo mientras tú estás trabajando. Tampoco sería capaz de dejarle en la perrera.

Edwin sabía cómo conseguir las cosas. Aunque no necesitaba amenazarla con llevar a Remmy a la perrera.

—De acuerdo —aceptó. Y ambos sabían que bajo sus palabras, había más entusiasmo de lo que aparentaba—. Lo haré por Remmy. Preguntaré en el trabajo si puedo tomarme esos días libres.

A su jefe, Maurice Kyte, no le gustó demasiado que avisara con tan poco tiempo. Pero cuando ella dijo que tenía razón, que lo había dicho con pocos días de antelación, él aceptó inmediatamente.

—Irás, aunque no sé cómo voy a arreglármelas sin ti. Creo que tendría que contratar a alguien cada vez que tengas vacaciones.

—Seguro que sobrevivirás —contestó ella, con una sonrisa.

Jazzlyn pensaba que ella tendría que sobrevivir a dos llamadas más de Tony y que luego se marcharía.

El sábado amaneció siendo un día tan brillante y soleado como el pronóstico del tiempo había dicho. Jazzlyn y su padre habían discutido si llevar uno o dos coches. Irían en el Range Rover, que era suficientemente amplio para los tres, el perro y el equipaje.

Grace había llegado el día anterior a casa de Palmer, así que salieron temprano. Grace y Edwin en los asientos delanteros, mientas que Jazzlyn y Rembrandt fueron detrás. Cuanto más se alejaban del distrito de Buckinghamshire, más relajada se sentía Jazzlyn. Cuando llegaron a la ciudad de Hampshire, fue invadida por un sentimiento de bienestar y se dio cuenta de lo nerviosa que había estado.

Jazzlyn había imaginado que la casa sería un chalet pequeño para pasar las vacaciones, pero cuando llegaron a la entrada y vio la impresionante casa de tres plantas, tuvo que cambiar de opinión.

Había bastante espacio para ellos e incluso había un ama de llaves que residía allí permanentemente. Era evidente que los amigos de Grace gozaban de una saneada economía, igual que ella.

El ama de llaves salió mientras estaban sacando las maletas y Jazzlyn vio que Grace no era una desconocida en Sandbanks. Quedó claro cuando les presentó a la señora Williams.

Los cuatro, con el perro, entraron a la casa y Grace, como conocía la distribución, les enseñó sus dormitorios, una vez que la señora Williams dijo que todo estaba preparado.

—Esta es tu habitación, Jazzlyn —dijo, abriendo una puerta que daba a un amplio vestíbulo.

—¡Es preciosa! —exclamó Jazzlyn sinceramente. Se acercó a la ventana y vio que de la casa salía un sendero que conducía directamente a la playa—. ¡Se ve el mar! —gritó alborozada.

—Creí que te gustaría —contestó Grace. Entonces Jazzlyn tuvo que ir y darle un abrazo, ya que imaginó que había llamado a la señora Williams para que le preparara la habitación especialmente.

Después de que Grace saliera, Jazzlyn deshizo la maleta. Luego, llevándose a Rembrandt con ella, exploró la playa y sus alrededores. Parte de la playa pertenecía a la casa. Un poco más al norte, había una serie de dunas de arena que parecían ideales para alguien que quisiera aislarse.

La señora Williams había mencionado que tenía comida preparada, así que poco tiempo después, aunque prometiéndose que seguiría explorando la zona al día siguiente, Jazzlyn llamó a Rembrandt y volvieron a la casa.

Durmió aquella noche como hacía tiempo que no dormía y se despertó con la mente clara y relajada, sin acordarse de Tony Johnstone. Aunque no sabía por qué, la primera persona en la que pensó fue en Holden Hathaway. Sin embargo, tenía que admitir que no era la primera vez que pensaba en él sin motivo.

Curiosamente, Holden Hathaway volvió a estar en sus pensamientos al poco tiempo, cuando Rembrandt y ella se fueron a pasear. Su padre y Grace se habían ido a dibujar. Imaginó que el motivo era la habilidad que tenía Holden de hacerle reír en los momentos más inesperados. Le caía bien, tenía que admitir, a pesar de que tenía la capacidad de enfadarla como ninguna otra persona.

—¡Ya habéis vuelto! —exclamó, al entrar en la casa tiempo

después y ver a su padre y a Grace.

—Hacía mucho calor y Grace olvidó llevarse un sombrero para protegerse —contestó Edwin, sin mostrarse molesto por haber desperdiciado la mañana.

Grace ya había dicho a la señora Williams que comerían bocadillos, ya que por la noche tenía pensado hacer un asado. Después de la comida. Edwin mencionó el deseo de echarse una pequeña siesta. Grace dijo que iría a dar un paseo.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Jazzlyn.

—¡Me encantaría!

No mucho más tarde y con Rembrandt atado con una correa, decidieron ir a dar una vuelta por el bonito pueblo de Havorton.

—¡Qué sitio tan bonito! —comentó Jazzlyn mientras paseaban a la sombra de unos árboles enormes.

—¿Te sientes ya más relajada? —preguntó Grace.

—¿Parecía tensa?

—Un poco —admitió Grace.

—Pero ya no. Suena un poco dramático, pero parece como si me hubieran quitado un buen peso de encima.

—¡Muy bien! —Respondió Grace—. Y ahora, prométeme que si el teléfono comienza a sonar de nuevo cuando regresemos, le dejarás a tu padre que intervenga. Él es más fuerte de lo que tú te crees.

—Te… lo prometo —Jazzlyn se daba cuenta de que efectivamente su padre volvía a ser un hombre fuerte. Y de que esa fuerza provenía de haberse marcado nuevos objetivos en su vida desde que había conocido a Grace. Jazzlyn se daba cuenta de que estaban hechos el uno para el otro.

Ellas dieron una vuelta por el pueblo y estaban pasando por unas casas al lado del camino que las llevaría de vuelta a Sandbanks, cuando un hombre de unos treinta años abrió la puerta y salió. Llevaba lo que parecía el maletín de un médico.

—¡Señorita Craddock! —saludó a Grace con tono encantador, aunque su vista no se apartaba de Jazzlyn.

—¡David, me alegro de verte! —devolvió el saludo Grace, con una sonrisa.

—¿Cómo va tu tobillo? —parecía no tener prisa en marcharse.

—Como nuevo—-contestó Grace y se volvió hacia Jazzlyn para

explicárselo—. El año pasado me torcí un tobillo y David vino a Sandbanks para vendármelo.

El hombre parecía seguir sin tener intención de marcharse, así que Grace hizo las presentaciones.

—Jazzlyn, éste es el doctor Musgrove.

—David, por favor —dijo, sonriendo a Jazzlyn.

—Y ésta es Jazzlyn Palmer —David Musgrove le dio la mano.

—¿Vas a quedarte en Sandbanks tú también? —preguntó David a Jazzlyn.

—Llegamos ayer —contestó Grace por ella.

—Espero que no hayan venido sólo a pasar el fin de semana.

—No, hemos venido con el propósito de pasar dos estupendas semanas aquí —respondió Grace.

—Entonces, ya las volveré a ver.

Rembrandt comenzaba a impacientarse y a tirar de la correa, y Jazzlyn sonrió al doctor para despedirse, con la esperanza de que Grace también estuviera dispuesta a marcharse.

—Adiós —dijo Jazzlyn, y ambas echaron a andar.

—¿Te has dado cuenta de que David Musgrove parecía tener intención de llamarte algún día para quedar? —preguntó Grace, después de alejarse un poco. Jazzlyn la miró asombrada.

—Pues no —contestó, sin saber si tenía ganas de salir con nadie. Además, ¿por qué tendría que pensar en Holden?—. Pero, ¿que tal…?

—Te lo pasarás bien con él —le aseguró Grace.

Jazzlyn no estaba segura de si sería cierto lo de que ese hombre le pediría salir con él. Pero a la mañana siguiente, mientras se secaba el pelo recién lavado, se puso a pensar seriamente en esa posibilidad.

Grace y su padre estaban también de vacaciones y era bastante probable que les apeteciera disfrutar de alguna noche para ellos solos. Así que quizá no fuera mala idea aceptar salir una noche con ese hombre.

Grace, además, le había dicho que se lo pasaría bien con David Musgrove, y quizá le viniera bien salir con algún otro hombre. Eso alejaría todavía más a Tony Johnstone de su memoria, aunque eso haría también que pensara más en el otro hombre que ya comenzaba a ocupar muchos de sus pensamientos: Holden

Hathaway.

Jazzlyn se obligó a olvidarse por el momento de Holden Hathaway y bajó las escaleras. Se dio cuenta, divertida, de que estaba haciendo todos esos planes acerca de la cita con David Musgrove, y él todavía no le había dicho nada.

Pero después del desayuno, el teléfono sonó y Grace fue a contestar.

—Es para ti —le dijo a Jazzlyn—. Te lo dije —añadió, dándole el auricular con una sonrisa en los labios.

Maurice Kyte, su jefe, tenía ese teléfono, pero debería de ser una emergencia para que lo utilizara. Así que David Musgrove era la única persona que podía saber dónde localizarla.

—¿Sí?

—Hola, Jazzlyn, soy David Musgrove.

—Hola, David —contestó, fijándose en que Grace se había quedado para comprobar que estaba en lo cierto antes de dejarla sola.

—Se me olvidó preguntaros ayer si alguien más iba a pasar estas dos semanas de vacaciones en Sandbanks con vosotras.

—También está mi padre —respondió ella abiertamente.

—¿Solamente los tres?

Ella supuso que esa meticulosidad de él provenía de cierta deformación profesional.

—Así es. Por cierto, me está gustando mucho esta zona.

—Pues si quieres, yo podría enseñártela mejor.

—Bueno, yo… —mientras Jazzlyn hablaba con David, había acudido a su mente una imagen.

¿Por qué tendría que pensar justo en ese momento en ese hombre alto, de pelo oscuro y ojos grises? Jazzlyn se obligó a quitarse de la cabeza a Holden Hathaway.

—El problema es que soy la encargada de cuidar a nuestro perro y no sé si te agradará ir a dar una vuelta con ese perrazo peludo en tu coche.

—¿Y tienes que cuidar de él día y noche? —era evidente que no le encantaba la idea de que la tapicería de su coche se llenara de pelos.

—No.

—Pues entonces, podríamos quedar para cenar, ¿qué te parece?

Ella tomó aliento. No podía dejar de pensar en Holden, y le irritaba que así fuera.

—De acuerdo.

Acordó verse con David Musgrove a la noche siguiente. Tenía la sensación extraña de que, a pesar de que seguramente habría aceptado la cita de todos modos, podía ser que la visión de Holden la hubiera impulsado a aceptar.

Jazzlyn le contó a Grace los detalles de la llamada telefónica. La mujer estaba impaciente por conocerlos. Luego la despidió, ya que Grace y su padre iban a ver si encontraban un lugar adecuado para dibujar. Ella decidió salir a dar un paseo con Rembrandt antes de que hiciese demasiado calor. Cuando el animal comenzó a jadear regresaron a Sandbanks y la señora Williams le encontró un sitio fresco en la cocina. El perro estaba en la gloria, pero Jazzlyn se dio cuenta de que de no haber sido por él, ella todavía estaría paseando. Hacía un tiempo fantástico.

Luego entró a la casa para ofrecerle ayuda a la señora Williams, pero ella le dijo que una mujer joven del pueblo. Nancy, iba a Sandbanks a ayudarla los lunes, miércoles y viernes. Ella apreció el ofrecimiento, pero dijo que su ayuda no era necesaria, sí que Jazzlyn se fue a pasear de nuevo.

Edwin Palmer y Grace no iban a ir a comer, pero Jazzlyn regresó para comprobar que Rembrandt estaba bien. Y así pudo descubrir que el perro y la señora Williams se habían hecho muy buenos amigos. Parecía que a Rembrandt le gustaba bastante el pastel de mazapán.

Para no interrumpir su incipiente amistad, Jazzlyn salió de nuevo después de tomarse un sándwich. Encontró un sitio a la sombra entre las dunas de arena. Y allí dejó volar sus pensamientos.

Se acordó de que él le había dicho que era una mujer deliciosa, así que no sabía por qué no la llamaba ni le pedía que se volvieran a ver de nuevo. Otro hombre, en su lugar, lo habría hecho. Por supuesto, a ella no le interesaba especialmente salir con él. Lo único, que se daba cuenta de que con Holden se sentía a salvo. Al igual que ella, él no quería casarse, así que…

«¡Oh, Dios mío, haz que este hombre salga de mi cabeza de una vez!».

Dándose cuenta de que Holden estaba monopolizando otra vez

sus pensamientos e impacientándose porque así fuera. Jazzlyn regresó a la casa.

«¿Por la derecha o por la izquierda?». Optó por la izquierda y se dirigió a la parte trasera de la casa, donde estaba el garaje. Y cuando dio la vuelta a la esquina, se quedó de piedra.

¿Estaría viendo visiones? ¿Estaría Holden Hathaway dominando su pensamiento hasta el punto de creer verlo cuando no podía estar allí? Pero juraría que ese coche que estaba aparcado en la parte trasera de la casa era suyo. Y, sorprendentemente, el hombre que estaba saliendo de él no era otro que… ¡Holden Hathaway!

Capítulo 3

Jazzlyn se dio cuenta de que no era ninguna aparición cuando vio salir al ama de llaves de la casa, y al verlo, saludarlo efusivamente con una enorme sonrisa en los labios.

Jazzlyn se preguntó qué estaría haciendo allí Holden, al tiempo que el corazón se le aceleraba. Supuso que era natural que él y su tía conocieran a la misma gente. Y como era evidente que él y el ama de llaves se conocían, Jazzlyn imaginó que habría estado en Sanbanks en alguna ocasión. Quizá su madre le había dicho dónde estaba su tía y al pasar él por la zona había decidido pararse a tomar una taza de té.

Mientras el ama de llaves regresaba a la casa, Holden se volvió para saludarla. Y ella echó a andar hacia él, dándose cuenta de que al no estar su tía, se suponía que debía ser ella quien hiciese de anfitriona.

Jazzlyn se quedó en silencio al ver que Holden estaba observándola. Justo en ese momento, se oyó el sonido del Range Rover que llegaba. Jazzlyn nunca se había sentido tan aliviada. Holden iba vestido con un traje impecable, lo que reforzó la idea de que debía de tener algún asunto de negocios que resolver por la zona. Ella, sin embargo, iba hecha un desastre. En pantalones cortos y con una camiseta, y con el pelo lleno de arena de las dunas.

—¿Cómo te va? Me alegra verte por aquí —le saludó sonriendo, mientras veían que el Range Rover giraba la esquina.

—No me puedo quejar —contestó él, mientras seguía mirándola —. ¿Y a ti?

—¡Estupendamente!

Iba a decir que estaba encantada de verlo allí, pero se retractó a tiempo.

—Tu tía y mi padre ya están aquí —dijo Jazzlyn, cada vez más confusa. Holden se volvió hacia su tía y Jazzlyn aprovechó para escaparse.

Subió a su habitación preguntándose qué le estaba ocurriendo. Al fin y al cabo, Holden no era el único hombre atractivo que ella conocía.

¿Por qué diablos habría huido de ese modo? Lo único que había conseguido era meterse en un lío. Ya que, aunque Holden hubiera ido a ver a su tía y no a ella, no podía estar encerrada en su habitación todo el tiempo que durase la visita. Tendría que bajar y hablar un rato con ellos de asuntos intrascendentes mientras bebían un té antes de que Holden pudiera tener una charla privada con su tía.

Corrió al baño a lavarse y a peinarse, pero no sabía si maquillarse. Si Holden la veía muy pintada, pensaría que lo había hecho por él y…

¡Qué diablos le pasaba! Nunca se había sentido así por ningún hombre. Y él tan solo era eso: un hombre. Un sobrino. Un sobrino que había ido a ver a su tía. Así que ella debía bajar a verlo. Aunque podía utilizar la excusa de que tenía que sacar a pasear a Rembrandt para escapar.

Cinco minutos más tarde, y preguntándose por qué necesitaba una excusa para ello, Jazzlyn se había cambiado de ropa y se había maquillado ligeramente. Luego salió de su cuarto.

Como ya se había imaginado, los tres se encontraban en el salón. La tía de Holden había preparado un té. Holden se puso de pie cuando ella entró y Jazzlyn se sentó en la primera silla que encontró para evitar que él se fijara demasiado en que ella se había cambiado de ropa.

—¿Un té? —le preguntó Grace.

—No gracias —contestó Jazzlyn con una sonrisa. Si había oportunidad, ella quería estar libre para escaparse, sin necesidad de esperar a tomarse su té—. ¿Qué tal fue la sesión de dibujo?

—Podría haber ido mejor —Grace se echó a reír—. ¿Por qué no me ayudas a convencer a mi sobrino de que se tome unos días de vacaciones? Ha admitido que no tiene ningún compromiso inmediato en Londres y que podría tomarse un descanso —se volvió hacia su sobrino y lo miró con aire maternal—. Trabajas demasiado,

Holden. Un pequeño descanso te vendrá bien.

—Y así harás compañía a Jazzlyn —intervino Edwin Palmer. Jazzlyn lo miró enfadada. ¿Cómo se atrevía a entrometerse en su vida?

El enfado se mezcló con la vergüenza cuando vio tres pares de ojos clavados en ella, de modo que no pudo seguir allí sentada.

—Creo que voy a ver qué tal está Rembrandt —comentó ella. No tenía pensado marcharse tan pronto, pero había un límite para todo —. Ha estado todo el día con la señora Williams y no quiero que se convierta en ninguna molestia para ella —añadió, mientras se dirigía a la puerta.

Rembrandt estaba donde lo había visto Jazzlyn por última vez. Y la señora Williams parecía estar encantada con él.

—No me ha dado ningún problema. Es un perro muy bueno —contestó la mujer cuando Jazzlyn le preguntó qué tal se había portado—. Y parece que le gusta ese sitio fresco de la cocina.

Jazzlyn pensó que lo mejor sería dejarlos solos, pero no podía volver al salón, así que salió por la puerta trasera y diez minutos más tarde estaba paseando con las manos en los bolsillos. Todavía seguía enfadada con su padre. Ella lo admiraba, pero…

De pronto, vio que Holden se dirigía hacia ella vestido con su traje, con corbata y todo. Tenía dos opciones: o echar a correr o esperarlo. Decidió elegir la opción más digna. Le esperaría.

—¿Sigues enfadada? —preguntó él, mientras se acercaba.

Ese hombre no se perdía detalle. Jazzlyn pensaba que había conseguido ocultar sus sentimientos, pero a Holden no se le escapaba nada. Se quedó mirándola con gesto solemne.

—¡Ya tengo bastantes problemas tratando de quitarme a los antiguos pretendientes de encima para que mi padre intente buscarme alguno nuevo!

—No creo que tu padre se refiriese a eso. Y además, aunque así fuese, él no sabe nada de nuestra especial relación.

Jazzlyn lo miró fijamente con sus ojos violetas. Se había quedado impresionada al oír aquellas palabras. «Especial relación».

—Por supuesto —murmuró, dándose cuenta de lo que él quería decir y sintiéndose algo mejor. Además, estaba claro que su padre no podía saber que ninguno de los dos quería tener una relación duradera, por lo que, a pesar de no ser un gran matemático, debía

de haber sumado dos y dos después de la visita inesperada de Holden, y se había equivocado en la suma.

—Me parece que eres una mujer demasiado sensible —comentó Holden, con lo que el corazón de ella volvió a acelerarse.

Ella apartó la mirada, dándose cuenta de que debía de encontrar algo que decir.

—Creo que hace demasiado calor para Remmy.

—Pues entonces no jugaremos a eso —contestó Holden. Ella se echó a reír.

—Remmy es Rembrandt, el perro —le informó, torciendo la boca mientras miraba de nuevo a Holden.

Él se quedó mirándola fijamente. Sus ojos clavados en su boca.

—¿Amigos, entonces?

—Amigos —contestó ella, tendiéndole la mano.

Él la tomó.

—¿Y qué te parece si tu amigo se queda unos días en Sandbanks?

Ella lo miró con expresión seria.

—Eres bienvenido.

—Pero eso no es lo que yo te he preguntado.

Lo miró fijamente y se dio cuenta de que ser sincera era la única salida.

—Estoy encantada de que mi amigo esté aquí —le dijo honestamente.

Holden se acercó y la besó en los labios como un amigo. Con lo que el corazón de ella comenzó a latir a toda velocidad. Él retrocedió y soltó la mano de ella.

—¿Todavía sigues acosada por la lapa de Tony?

Comenzaron a andar hacia la casa.

—Me parece que no voy a conseguir quitármelo de encima.

—¿Quieres que te lo quite yo?

—No sé si eso sería poco sutil —contestó ella, sonriendo.

Holden fue reclamado por su tía cuando llegaron, así que Jazzlyn subió a su habitación. Estaba feliz. Se daba cuenta de que estaba feliz porque Holden estuviera allí.

Pero ¿por qué estaría allí? Eso la preocupó unos momentos, antes de que decidiera que él era de la familia. No sólo era su amigo, sino que era el sobrino de Grace.

Jazzlyn no estaba del todo segura de cómo se desarrollaría la relación con Holden si Grace y su padre se casaban.

Era un pensamiento normal, dadas las circunstancias, pero no quería enfrentarse a él en ese momento. Grace era diferente de las mujeres con las que Edwin se había casado previamente, claro, pero… No, prefería no pensar en ello.

Aunque si, y ese «si» era demasiado importante, su padre se casaba con la tía de Holden, ellos se convertirían en parientes. ¿No era cierto? Desde luego, eso no le molestaba en absoluto.

Le gustaba la idea de que su padre intentara por cuarta vez ser feliz, y a la vez convertirse en hijastra de Grace y prima segunda de Holden.

Pero al no tener experiencia en tales asuntos, al no tener primos, ni segundos ni carnales, no podía evitar preocuparse y preguntarse si era normal estar pensando en qué ropa ponerse aquella noche para ir a cenar con su primo en potencia, recién llegado. Lo cierto era que no recordaba haber estado tan preocupada por su aspecto en toda su vida.

Decidió que, ya que la ropa que Holden tenía allí sería la de trabajo, ella no quedaría mal con unos pantalones negros y una camisa blanca de seda.

Poco tiempo después, la muchacha bajó las escaleras, dándole vueltas a la idea de que quizá Holden intentara bajar a la ciudad al día siguiente para comprarse ropa más informal. Pero cuando bajó al estudio, vio con sorpresa que no iba a necesitar hacerlo. Holden se había quitado el traje de trabajo y llevaba un precioso traje liviano de color gris pálido.

Jazzlyn no sabía absolutamente nada sobre su trabajo, pero aceptó que quizá acostumbrara a llevar en sus viajes algo de ropa menos seria.

—¿Quieres algo de beber, Jazzlyn? —preguntó, haciendo el papel de anfitrión.

—Algo que apague la sed —dio ella.

Charló animadamente con Grace y Holden un rato, mientras esperaban a que Edwin bajara a reunirse con ellos.

Pasaron al salón poco después y cenaron allí. La señora Williams les llevó una botella de vino blanco y preguntó a Holden, como si fuera él el anfitrión, si estaba suficientemente frío. Más tarde se

dirigió a Holden también a quien le preguntó si todo estaba a su gusto.

—Todo estupendo, como siempre. Gracias, señora Williams —replicó.

Así se enteró Jazzlyn de que no era la primera vez que Holden estaba allí. Además, se acordó en aquel momento de que la señora Williams lo había saludado como si le conociera. Jazzlyn siguió haciéndose preguntas sobre pequeñas cosas y al terminar la comida le pareció, sin saber por qué, quizá intuición, que había algo extraño en todo ello.

—¿Cuánto hace que estuviste aquí por última vez? —preguntó Grace a su sobrino, después de mencionar a Edwin que Holden tenía un cuadro muy bonito en su apartamento de Londres.

—El viernes —replicó.

¡El viernes! ¡Holden había estado allí el viernes! Pensó Jazzlyn asombrada.

—Nosotros llegamos el sábado. ¡Qué pena que no nos viéramos! —replicó su tía.

—Sí.

Jazzlyn empezó a sentirse un poco incómoda. Estaba allí como invitada de Grace, pero no sabía a quién pertenecía la mansión. Si a un amigo de Grace o a un amigo de Holden.

—¿Vienes a Sandbanks a menudo? —preguntó, cuando finalmente consiguió articular palabra.

Fue su padre quien, soltando una carcajada, contestó, antes de que Holden pudiera decir nada.

—¿Por qué no iba a hacerlo, Jazzlyn? ¿No te he dicho que la casa pertenece a Holden? Holden suele pasar muchas semanas en Londres, pero vive aquí. ¡Creí que lo sabías!

Jazzlyn tuvo ganas de morirse. ¡Así que Sandbanks era de Holden! ¡Ella era la invitada de Holden! ¡Y le había dicho que se alegraba de que se quedara con ellos, cuando era su casa! Se sintió avergonzada.

—Yo… no lo sabía —contestó a su padre, deseando en ese momento irse cuanto antes de allí—. Tienes una casa muy bonita —añadió, en un tono educado, pero sin poder mirar a Holden a los ojos.

Y no sólo eso. Además, ella ya había notado anteriormente que

él se fijaba mucho en las cosas y que no se le escapaba nada. Incluso sabía, por aquellos ojos grises penetrantes, que podía intuir sus sentimientos.

—Es un placer ser capaz de poder invitar aquí a mis amigos y a la familia.

La acababa de llamar «amiga». ¿Lo había dicho con una entonación especial? ¿Se refería a que era un placer invitarla a ella? Jazzlyn estaba demasiado nerviosa para adivinarlo. Lo único que sabía era que quería escapar de allí. Pero ¿cómo?

Enseguida se le presentó la ocasión. La señora Williams llevó el café y preguntó si querían algo más. Jazzlyn le agradeció la comida y, sin mirar a nadie en particular, se levantó y salió, esperando que todos pensaran que iba a llevar al perro a dar un paseo.

Había pensado en salir con Rembrandt, aprovechando el frescor de la tarde, pero sin darse cuenta se fue hacia su dormitorio y ya no tuvo intenciones de bajar de nuevo.

Se sentía como una idiota. ¡Una verdadera estúpida! «Eres bienvenido», le había dicho. ¡Siempre hablando demasiado! ¿Pero entonces por qué él le había preguntado qué le parecía si se quedaba con ellos unos días? Ya no le extrañaba que hubiera tomado el papel de anfitrión al preguntarle si quería algo de beber.

¿Por qué no se lo había dicho nadie? Ella nunca, hasta aquella noche, habría podido sospechar que tuviera aquella mansión. ¡Y ella pensando en que se había llevado ropa para cambiarse, cuando tenía un ropero completo allí! Jazzlyn se pasó el resto de la noche repasando la conversación que había tenido con su padre y con Grace, sin encontrar ninguna referencia a ello. De todas formas, sabía que no tenía ningún motivo para enfadarse, ya que Holden había declarado que era un placer tenerla allí. Aunque eso no la hizo sentirse mejor.

No durmió bien aquella noche y se despertó muy temprano con los mismos pensamientos en la cabeza. Se levantó rápidamente y se dio una ducha, tratando de olvidar su torpeza del día anterior con el propietario de aquella mansión.

Se puso unos pantalones cortos, una camiseta y unas sandalias. Luego salió despacio de la habitación.

Rembrandt la saludó antes de que llegara a la planta de abajo.

—¡Me alegra verte! —exclamó ella.

Él movió el rabo alegremente en respuesta y ambos salieron a dar una vuelta. No se encontrarían con nadie a aquellas horas y, como estaba segura de que el perro no iba a escaparse, no se molestó en ponerle la correa.

Rembrandt corrió libremente, disfrutando de la playa desierta. Jazzlyn también disfrutó de la soledad, pero llegó a la conclusión de que tenía que marcharse ese mismo día. Era lo mejor.

De manera que se dio la vuelta. En el fondo de su corazón no quería volver a su casa de Buckinghamshire, pero era la única salida posible si pensaba en su orgullo. Incluso las llamadas de Tony Johnstone le parecían en ese momento un mal menor.

Rembrandt, dándose cuenta de que su ama iba en dirección opuesta, dio un giro y se unió inmediatamente a ella. Jazzlyn pensaba sólo en el viaje de vuelta y en el fastidio que suponía no haberse llevado su propio coche. Para no causar molestias tomaría un taxi a la estación de ferrocarril más cercana. También pensó en Remmy. Este parecía feliz con la señora Williams, que a su vez se portaba cariñosamente con el animal. De manera que no le importaría cuidarlo mientras Grace y su padre salían a dibujar.

Con la decisión tomada, Jazzlyn apretó el paso. De repente vaciló: en la distancia vio a alguien que caminaba hacia ella. Alguien que sólo podía ser de Sandbanks.

Era un hombre, estaba segura, y no era su padre. Rembrandt también lo había visto y salió corriendo a saludar a Holden. Jazzlyn continuó caminando. Estaba avergonzada y no quería hablar. A medida que Holden se acercaba, su corazón aumentaba las palpitaciones.

—¡Buenos días! —le saludó, secamente.

Holden era su anfitrión y no podía ignorarlo. Aunque sí podía seguir caminando y es lo que hizo. Holden, sin embargo, la agarró de un brazo y la hizo darse la vuelta y mirarlo a los ojos.

—¿Qué he hecho? —preguntó él que, como ella, iba en pantalones cortos.

Ella tragó saliva.

—Animal inconstante —contestó, tragando saliva.

—¿Yo?

—Rembrandt —explicó. El perro seguía moviéndose alrededor de Holden.

—Me ha reconocido.

—No sabía que os conocierais —comentó Jazzlyn con frialdad.

Holden la miró fijamente, no muy amablemente debido al tono seco de la muchacha. No tendría que soportarlo mucho tiempo, pensó ella. Pronto se marcharía de allí y dejaría de molestarlo.

—Fuimos a dar un largo paseo ayer noche.

—Gracias —dijo ella, molesta por la explicación y pensando que podía llevarlo también aquella noche.

Holden la soltó y ella continuó caminando.

—¿Qué te he hecho? —repitió Holden.

—Me voy hoy —anunció solemnemente.

—¿Por que he llegado yo? —preguntó, mirándola fijamente a los ojos.

—¡No sabía que la casa era tuya!

—¿Quieres que me disculpe?

Ella tuvo ganas de reír. ¿Qué tenía aquel hombre que con una simple frase conseguía cambiar su humor?

—No, pero… no querrás tener la casa llena de gente.

—No dices la verdad.

—Me voy.

—Quiero que te quedes —aseguró, con un tono de voz que parecía sincero. Ella hizo un gesto negativo con la cabeza—. ¿Así que vas a castigarme porque eres mi invitada, en vez de la invitada de mi tía?

—Alguien debería… —la muchacha se detuvo y abrió mucho los ojos—. ¿Castigar?

—Escucha. Jazzlyn Palmer —comenzó severamente Holden—. Tú y yo somos amigos, lo sabes, y para mí es muy tranquilizador. Quiero decir que puedo disfrutar de tu compañía relajadamente porque sé que no estás preocupada por intentar llevarme al altar.

—¡Ya te entiendo!

—Exactamente. Ya sé que parece un poco engreído por mi parte, pero algunas veces tengo que escapar, igual que tú. Así que es un alivio tremendo que podamos salir juntos y hablar, sin preocuparme de que tengas en mente la marcha nupcial de Mendelssohn.

—¡Caramba!— exclamó ella.

El hecho de que él quisiera que ella se quedara cambiaba las cosas. Empezaba a sentirse menos tensa y menos avergonzada de

ser su invitada.

No dijo nada, sin embargo, sólo lo miró con los ojos muy abiertos.

—Sé amable conmigo, Jazzlyn. Necesito que me protejas de mi tía.

—¿De Grace?

—Claro. La quiero mucho, pero si tú te vas y sabe que voy a tomarme unas cortas vacaciones, intentará encontrarme pareja con la que construir castillos de arena.

—¡No lo dices en serio! —exclamó Jazzlyn. Él vivía allí la mayor parte del tiempo y tenía que conocer a casi todas las mujeres del lugar, pero…—. ¡Oh! Hablando de castillos de arena… hoy tengo una cita.

—¿Con quién? —preguntó él, no muy divertido.

—Con David Musgrove —contestó Jazzlyn, sorprendida por la curiosidad de Holden.

—¿El médico?

—Tú tía nos presentó.

—¿Ves a lo que me refiero? Mi tía es increíble…

—No nos presentó deliberadamente. Nos encontramos por casualidad, cuando él iba a visitar a un paciente —Holden no pareció muy convencido—. ¡Me había olvidado por completo! Tendré que llamarlo antes de tomar el tren.

—¿Te vas a ir y me vas a dejar a merced de mi tía? —preguntó Holden, tan encantador, que Jazzlyn empezó a dudar—. Creí que éramos amigos.

—¿De verdad quieres que me quede? —preguntó seriamente—. ¿Como invitada, quiero decir?

Holden, sin dejar de observarla, esbozó una sonrisa devastadora.

—¿Qué otra persona conozco con la que pueda irme a dar un baño en pantalones cortos y camiseta?

—¿Un baño? ¿Estás sugiriendo que vayamos a nadar? ¿Con esta ropa?

La sonrisa irresistible se convirtió en una mueca en cantadora.

—Te desnudaré si hace falta —se ofreció.

Ella lo miró fijamente unos segundos, luego la tensión de las semanas anteriores desaparecieron por completo. Entonces, con una maravillosa sensación de libertad, extendió la mano.

—Amigos —dijo.

—Amigos —contestó él, tomando su mano, con los ojos fijos en ella.

Holden soltó a Jazzlyn y ésta, dando un brinco, se quitó las sandalias.

—¿Qué estás esperando? —gritó, corriendo hacia el mar.

Era muy temprano y el sol todavía no había calentado el agua, de manera que estaba muy fría. Jazzlyn se dio la vuelta y vio que Holden corría a su lado. No supo quién se metió primero, aunque sospechaba que había sido él.

—¡Está helada!

—¿Y ahora no te alegras de no haberte quitado la ropa? —preguntó él, provocativo.

Ella tuvo que reírse porque nunca se había sentido tan libre, tan en paz consigo misma.

No estuvieron mucho tiempo metidos en el agua. Estaba fría y Holden insistió en que sería más sensato y saludable volver corriendo a la casa.

Así que volvieron juntos, con Rembrandt a la cabeza.

—Una ducha caliente —sugirió Holden, al ver desaparecer al perro en la cocina.

Jazzlyn se quedó en pie, delante de Holden, observando su pelo mojado y su rostro brillante.

—Eres una mujer deliciosa —añadió él, como si no pudiera reprimirse.

—¡Lo dices sólo porque soy la única amiga que está lo suficientemente loca para hacerte caso! Estoy arruinando tu alfombra —exclamó, al ver que sus pantalones chorreaban agua.

Dicho lo cual salió corriendo escaleras arriba.

—¿Te quedarás? —gritó él, sin moverse.

—Gracias por pedírmelo. Me encantaría —contestó, ya en la planta de arriba.

Holden no dijo nada, sólo hizo un gesto afirmativo. Luego, Jazzlyn se fue hacia su cuarto. Después de darse una ducha caliente y lavarse el pelo, comenzó a secárselo con el secador. Al mirarse al espejo, notó que sus ojos expresaban alegría.

Estaba contenta por haber hablado con él. También le había gustado bañarse con él vestida y la vuelta, corriendo y riendo. ¿Pero

era natural estar tan feliz con alguien que sólo era un amigo?

Tenía muchos amigos con los que se divertía, pero sin esa sensación de profunda alegría. Podía ser, pensó, simplemente por haberse liberado de la tensión causada por las llamadas de Tony, pero no estaba del todo segura.

Sin embargo, decidió que, ya que iba a quedarse, trataría de no permanecer demasiado junto a Holden.

Eso sería bastante fácil. Sin ir más lejos, aquella mañana esperó a que su padre dejara su cuarto para bajar a desayunar con todos. Allí estaban ya Grace y su sobrino, discutiendo si ir a la ciudad.

—Holden me va a llevar de compras —informó Grace a Edwin —. ¿Quieres venir?

—No, a menos que tú creas que debería ir —contestó, diplomáticamente Edwin.

—No he pensado nada. ¿Y tú, Jazzlyn?

—Tenía pensado hacer algunos dibujos —contestó Jazzlyn.

—¿Quieres que te traiga algo? —preguntó Holden tranquilamente, como si no le importara si iba o no.

—No, gracias —replicó.

Después de que los demás se marcharan, Jazzlyn preparó una gran sombrilla, una esterilla y salió hacia la playa, preguntándose por qué demonios estaba un poco enfadada. Estaba segura de que a Holden le habría gustado que ella hubiera ido con ellos, como una simple amiga, pero tampoco le había importado que dijera que no y eso la confundía.

¿Y qué pasaba con la alegría que había experimentado aquella misma mañana? Un rato antes se sentía feliz. Todavía lo estaba, suponía, aunque le faltaba algo. Se dirigió hacia las dunas, que era el lugar que más le atraía y trató de borrar su ligero malestar. Se estaba haciendo gruñona con la edad.

Estuvo allí unas horas más, pensando en cancelar la cita con David Musgrove. Al levantarse y mirar hacia la playa, vio en la distancia a su padre y a Grace, caminando de la mano por la orilla.

Si su padre y Grace estaban de vuelta, también lo estaba Holden. Y el hecho de que éste no fuera a buscarla, le molestó. ¿Por qué? ¡A ella no le importaba! Además. No cancelaría la cita con David. Iría y se lo pasaría bien.

Pero, de pronto, se acordó de que a su amigo no le importaba lo

más mínimo que tuviera una cita. Así que su deseo de quedar con David murió de inmediato. Definitivamente no iría. Dándose cuenta de que su experiencia con Tony Johnstone la había afectado más de lo que ella pensaba, Jazzlyn decidió volver a la casa.

Después de arreglarse un poco en su cuarto, bajó a comer, encontrándose con que todos estaban en el comedor.

—¿Llego tarde? ¡Lo siento! —se excusó.

—No llegas tarde —dijo Grace con una sonrisa—. Es que nosotros nos anticipamos.

—¿Qué tal las compras? —preguntó Jazzlyn, sentándose a la mesa.

—¿Y qué tal tus dibujos? —intervino Holden.

Jazzlyn lo miró. Tenía un gesto amigable y estaba muy guapo.

—Me parece que no tengo mucha paciencia.

—Bueno, no puedes hacerlo todo bien —replicó él.

Ella sintió ganas de reír.

—Es cierto —asintió, preguntándose por qué su corazón se alteraría de ese modo cuando Holden sonreía.

Fue un momento especial que desapareció cuando él se volvió hacia su tía para comentarle algo. Aun que Jazzlyn se sintió extraña por la calidez de ese instante.

—Parece que no tienes mucho apetito —comentó Grace al ver la pequeña cantidad de salmón ahumado y ensalada que ella se había servido—. Quizá es que no quieres comer mucho para luego poder cenar con David Musgrove.

Jazzlyn le sonrió, pero mientras buscaba algo que contestar, pudo darse cuenta de que a Holden no le importaba lo más mínimo su cita.

—Yo también voy a salir esta noche, así que si quieres te puedo llevar —declaró Holden.

¿Dónde iría? Seguro que a un cita.

—David vendrá a buscarme, pero gracias de todos modos —contestó sonriente. Luego masticó con desgana la ensalada. Grace llevaba razón. No tenía mucho apetito.

Holden pasó la tarde en su estudio y no había rastro de él cuando Jazzlyn fue a recibir a David Musgrove. Estaba lista para salir, pero le ofreció presentarle a su padre.

—Pasadlo bien —se despidió de ellos Grace unos minutos

después.

—¿Cómo van tus vacaciones? —le preguntó David ya en el coche.

—Muy relajantes -contestó ella.

—¿Te has bañado?

—Estuve nadando esta mañana —respondió, sonriendo al acordarse.

David era un hombre muy amable, pero para cuando acabaron la sopa, Jazzlyn ya sabía que era imposible que ese hombre la invitara a bañarse vestida.

De pronto, se dio cuenta de que era una falta de educación estar pensando en Holden mientras estaba con otra persona, así que se obligó a concentrarse en David. Sólo que no era tan fácil, ya que continuamente tenía que apartar de sus pensamientos al dueño de Sandbanks.

Miró por todo el restaurante, pensando que quizá también Holden lo hubiera elegido para cenar esa noche. Estaba segura de que él también había salido a cenar. Así que no sabía por qué quería tener una amiga. Todo lo que tenía que hacer era decirle a su tía que quería salir con alguien, y Grace le presentaría a alguna muchacha soltera.

Pero lo menos que podía hacer por él, ya que estaba pasando dos semanas en su casa, era comportarse como una buena amiga.

—¿Te gusta tu profesión? —Preguntó tratando de quitarse a Holden de la cabeza—. Por momentos debe de ser bastante cansado…

Terminaron de cenar hacia las diez y media, pero cuando David propuso que fueran a dar una vuelta, Jazzlyn dijo que no. Tenía ganas de volver a Sandbanks a pesar de que David le había caído bien.

—¿No te importa? Es que mañana quiero madrugar para llevar al perro a dar un paseo antes de que empiece el calor —se excusó.

Todavía había luz en la casa cuando algo más tarde de las once llegaron a Sandbanks. David salió del coche para acompañarla a la puerta y ella estaba a punto de darle las gracias por todo, cuando apareció Holden con Rembrandt.

—Hola, David —saludó afablemente, al tiempo que se acercaba a estrecharle la mano—. ¿Quieres pasar a tomar un café?

—Me encantaría —aceptó David. Jazzlyn se sintió un poco molesta. Estaba claro que la casa era de Holden, pero pensó que era cosa de ella el invitar a David a tomar un café para terminar la noche.

—¿Dónde habéis cenado? —preguntó Holden mientras los tres se dirigían a la casa.

«¿Y tú?», preguntó en silencio Jazzlyn.

—En un sitio estupendo —dijo ella con entusiasmo—, que se llama The Old Shilling.

Luego Holden les explicó que la señora Williams libraba esa noche y les condujo hacia la cocina. ¡Y encima le tocaría hacer el café a ella! Pero para eso estaban los amigos. Ella se puso a preparar tres tazas de café mientras los dos hombres discutían acerca de la calidad de todos los restaurantes de la región.

—Aquí está el café —dijo, sonriente, mientras se sentaba a la mesa, dándose cuenta de que Rembrandt había vuelto a cambiar sus preferencias. Parecía haberse encaprichado verdaderamente con Holden. La conversación había girado hacia el material médico.

Cinco minutos después, Jazzlyn decidió que ya tenía bastante por esa noche. Fue a la pila a enjuagar su taza.

—Bueno, yo creo que me voy a ir a la cama —dijo con voz dulce, en cuanto se produjo la primera pausa en la conversación.

Los dos hombres se pusieron de pie.

—¿Te vas ya? —preguntó David, que parecía no darse cuenta de que ya llevaban un buen rato charlando.

—Gracias por esta noche tan estupenda —se despidió, retirándose un poco, para evitar que él pudiera pensar que ella esperaba un beso en la mejilla—. Ehhh… Holden —se dirigió a él sin mirarlo—. No creo que a la señora Williams le guste encontrarse mañana con la cocina desordenada… —al fin y al cabo, había sido él quien había invitado a David, así que debía de ser él quien fregase las tazas.

Luego miró a Holden con curiosidad. Por su expresión no pudo decir qué tal le había sentado que le ordenaran fregar en su propia casa. Aunque, a decir verdad, al fijarse bien pudo ver que había cierto gesto de divertimento en sus ojos grises.

—Tampoco a mí me gustaría —asintió amablemente.

—¡Buenas noches! —se despidió. Mientras subía las escaleras,

Jazzlyn se dio cuenta de lo extraño que era que después de una noche tan agradable estuviera tan fuera de sí.

Capítulo 4

Jazzlyn se despertó al amanecer del día siguiente, aunque ese hecho no tuvo nada que ver con la excusa que le había puesto a David la noche anterior. Lo que sucedía era que no había dormido bien y que no tenía ganas de seguir en la cama. Después de una ducha rápida se puso unos vaqueros y una camiseta blanca y se fue a buscar a Rembrandt.

Él comenzó a mover la cola en cuanto la vio.

—Vamos —le llamó en voz baja.

Jazzlyn tomó el mismo camino que el último día, pero en esa ocasión no se encontró con Holden en el camino de vuelta. Y tampoco le importó. Le parecía increíble que veinticuatro horas antes se hubiera bañado vestida en el mar al ser instigada por él.

Aunque tenía que reconocer que fue divertido. Y también tuvo cierta gracia el modo en el que dejó a David y a Holden charlando con sus cafés. Eso le recordó que Holden había vuelto de su cita antes que ella. Y que parecía que había llevado a Remmy a dar un paseo, por lo que tenía que haber sido una cita bastante fugaz.

Después de haber pasado una mala noche, había abandonado la casa sintiéndose un poco mal, pero al volver a Sandbanks estaba de mejor humor. El paseo le había sentado bastante bien.

Rembrandt vio que Holden bajaba las escaleras, y salió corriendo hacia él.

—¡Querías levantarte pronto! —dijo ella, que llevaba una hora levantada.

—¡Es que tengo la conciencia tranquila! —Contestó él, sugiriendo que a ella se había despertado por remordimientos—. Despiértame mañana por la mañana —añadió, al llegar a la planta de abajo—, a menos que prefieras ir sola.

—Es el bañador, a lo que no estoy acostumbrada —rió, dirigiéndose hacia las escaleras. Parecía que iba a ser otro día maravilloso.

Después de desayunar, Edwin Palmer y Grace se marcharon en el Range Rover. Holden fue a su estudio a revisar la correspondencia y Jazzlyn fue a ver a la señora Williams, por si necesitaba ayuda. Pero descubrió que había llegado Nancy del pueblo y que, por tanto, la señora Williams no iba a necesitarla. Entonces fue a su cuarto, se cambió de ropa: unos pantalones cortos y una camiseta corta, y luego, con un libro de bolsillo y un cuaderno de dibujo salió de la casa hacia su lugar favorito.

Se instaló bajo la sombrilla y comenzó a leer. Era una novela de terror. Después de cierto tiempo, se dio cuenta de que leía una y otra vez el mismo párrafo. No tenía ni idea cuánto tiempo se quedaría Holden allí, pero se alegraba de que se hubiera tomado unas vacaciones, aunque en ese momento estuviera en su estudio trabajando.

Tuvo que ir moviendo la sombrilla, conforme el sol cambiaba de posición. En un determinado momento consideró la idea de ir a la casa para buscar un bañador y meterse al mar, pero desechó la idea y siguió con el libro. Diez minutos después su corazón dio un vuelco cuando Holden apareció de repente. Llevaba una manta de viaje pequeña, una botella de limonada y dos vasos.

—¿Quién te dio permiso para salir del estudio? —preguntó ella, que sintió la necesidad de decir cualquier cosa.

—Estaba en la ventana de mi habitación cuando vi a una damisela sedienta. ¿Qué lees?

Jazzlyn le enseñó la portada del libro.

—Es fascinante —aseguró, a pesar de llevar leídas tres páginas en los últimos cuarenta y cinco minutos.

—Lo he leído. Estaba seguro de que el superintendente lo hizo, pero fue…

—¿Cómo te atreves?

Holden esbozó una sonrisa y Jazzlyn se dio cuenta de que no pensaba decirle quién era el asesino.

—Estás llena de arena. Levántate —ordenó Holden.

¡Era un dominante! Pero le gustaba y se levantó. Jazzlyn esperó a que extendiera la manta y luego se tumbó de nuevo. Holden le

sirvió un vaso de limonada y se lo dio. Se sirvió otro vaso y luego se sentó a su lado en la manta.

—Musgrove llamó.

—¿A mí?

—Le dije que volviera a llamar. ¿Vas a salir de nuevo con él?

Ella pensó que Holden era el amigo más cotilla que tenía.

—¿No crees que debería esperar a que me lo pidiera?

—Te lo pedirá.

—Esperaré hasta entonces.

—Ya será la segunda vez —le recordó Holden.

Ella recordó entonces que, exceptuando a Tony, rara vez se citaba con un hombre más de tres veces.

—¡Estaré aquí sólo quince días! —replicó ella riendo. Una gaviota eligió aquel momento para planear sobre ellos, así que comenzaron de repente a discutir sobre ese tipo de pájaros.

De hecho, en los días siguientes, a Jazzlyn le pareció que discutían de casi todo bajo el sol. Llegó el sábado, antes de que se diera cuenta, y ella y Holden habían ido a nadar todas las tardes. El jueves, cuando ella bajó por la mañana temprano para ir a pasear a Rembrandt, se encontró a Holden vestido y esperándola en el vestíbulo, sentado en una de las antiguas sillas con el perro a su lado. Jazzlyn se sintió plena de felicidad.

También se había sentido feliz la mañana anterior, cuando antes de que se levantaran los demás, ella, Holden y el perro se habían marchado a la playa. Cuando Holden dejaba de jugar con Rembrandt, le preguntaba por su trabajo, por sus aficiones, por sus gustos… Había sido una conversación relajada. El tipo de conversación que se desarrolla entre dos personas que se acaban de conocer y están aprendiendo el uno del otro sin ninguna intención más allá de la amistad.

Jazzlyn se sentía completamente relajada con Holden. Relajada y completamente confiada. Pensaba que podía discutir cualquier cosa con él, y es lo que hacía. Le preguntó, a su vez, por su trabajo, por sus viajes… Pero lo que más le interesaba saber era quién había sido la chica con la que había salido el martes por la noche, aunque no se lo preguntó.

Aquel sábado por la mañana miró por la ventana de su habitación y vio que comenzaba un nuevo día soleado. David había

telefoneado el día anterior para salir con ella, pero ella había puesto una disculpa. Aquel fin de semana David tenía que trabajar, así que Jazzlyn imaginaba que no la volvería a llamar antes del lunes. Quizá ese día le apetecería más verlo.

Jazzlyn no perdía el tiempo. Estaba de vacaciones y se sentía libre… y el tiempo era maravilloso. ¿A qué esperaba? Se duchó rápidamente y se vistió. Luego salió silenciosa de la habitación.

Se sintió un poco disgustada al creer que Holden no la esperaba, como había hecho el jueves y el viernes. Pero al bajar, vio que sí que estaba, junto con Rembrandt.

Aquella mañana caminaron kilómetros y kilómetros. Tirando palos a Rembrandt, hablando, etc. Todo era maravilloso.

—¿No es maravilloso? —exclamó ella de repente, con un suspiro. Sintiéndose en completa armonía con la naturaleza.

—¿Te lo estás pasando bien?

—¿No se nota? —contestó ella.

Holden se detuvo y ella, sorprendida, también lo hizo. Holden la miró fijamente a los ojos.

—Pareces mucho más relajada que cuando viniste —comentó seriamente.

Jazzlyn no quería que él se pusiera serio. Era su amigo y siempre la hacía reír. Además, aunque ambos sabían que se refería al incidente de Tony Jonhstone, éste estaba muy lejos y ella no quería acordarse de él.

—Se puede decir que estoy completamente relajada —admitió ella, radiante.

Holden continuó observando su rostro. Sus ojos se detuvieron en sus ojos violetas, en su boca de labios sensuales y en su barbilla.

—¿Me prometes una cosa? —preguntó él.

En ese momento parecía mucho más serio. Jazzlyn no soportaba que él se pusiera así, pero no parecía dispuesto a moverse hasta que ella no le diera su palabra.

—Si puedo… —replicó.

—Prométeme que si cuando regreses ese Tony te sigue llamando y molestando, me lo dirás y me dejarás que te ayude.

—¿No quieres que se lo diga a mi padre? —preguntó, sorprendida.

—Por lo que ha sucedido hasta ahora, yo juraría que soportarías

unas semanas más antes de decírselo —declaró.

Jazzlyn se daba cuenta de que tenía razón. En ese momento, descansada y lejos, pensaba que sería capaz de manejar la situación. ¿Pero cuánto tiempo más soportaría?

—No creo que vuelva a llamar. De verdad —respondió suavemente, pensando en lo amable que Holden era.

—¡Prométemelo! —insistió.

—Pero… —comenzó a protestar. Era un problema suyo, no de él.

—¡Prométolo! —repitió inamovible.

—Lo prometo —admitió, simplemente porque parecía no tener otra salida.

Entonces se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Está permitido entre amigos?

Holden se quedó en silencio, mirándola fijamente. Y de repente, ella tuvo el presentimiento de que iba a de volverle el beso. Pero no lo hizo. En vez de ello, apartó la vista y miró hacia el mar. Luego, la miró solemnemente.

—Haré una excepción en tu caso. Pero no te acostumbres.

Ella tuvo que reírse. Luego continuaron caminando.

Jazzlyn pensó que era un descarado, ya que recordó que él también la había besado una vez para darle las gracias por algo.

Cuando llegaron de vuelta a la casa, se separaron. Jazzlyn fue a su cuarto a darse una ducha rápida y prepararse para la primera comida del día con todos. Cuando entró en la cocina, buscando sin saber por qué, a Holden con los ojos, él la miró de una manera bastante agradable.

—Buenos días —saludó en general, y descubrió que llegaba en medio de una discusión sobre compras.

Al parecer Grace había hecho una lista de cosas necesarias con la señora Williams, y pensaba ir al supermercado.

—A mi padre le encantan los supermercados —bromeó Jazzlyn, ya que, en realidad, su padre odiaba ir de compras.

—Por ti, Grace, estoy dispuesto a perder una mañana de bocetos —contestó galantemente Edwin.

—No hace falta —interrumpió Holden.

Tres pares de ojos lo miraron inmediatamente.

—¡Yo iré!

—¡No puedes! —protestó su tía sorprendida—. ¡Traerás todo confundido!

Jazzlyn estaba segura de que Grace estaba en lo cierto, a pesar de que comparado con su trabajo de todos los días, llevar un carrito por un supermercado sería para él unas vacaciones. Además, dudaba que Grace no fuera un poco despistada también.

—Yo iré con él, si quieres —aseguró ella.

La oferta fue aceptada inmediatamente.

Holden hizo un gesto afirmativo.

Para hacer las compras más tranquilamente, decidieron ir antes de que el supermercado se llenara demasiado. Así que, nada más terminar de desayunar, se pusieron en camino. Jazzlyn, sentada al lado de Holden en el coche, se dio cuenta de que estaba muy contenta. Quizá una excursión a un supermercado era también parte de sus vacaciones. Ella había hecho viajes mucho más exóticos, pero aquellas vacaciones eran las mejores de su vida.

Se preguntó si Holden también estaba divirtiéndose y, con un sobresalto, descubrió que éste volvería al trabajo al lunes siguiente.

—¿Volverás a Londres el lunes próximo? —preguntó bruscamente, necesitando saberlo.

—¿Por qué lo preguntas?

—Dijiste que ibas a estar sólo unos días.

—¡Eres muy estricta!

—Te voy a echar de menos —respondió Jazzlyn, esbozando una sonrisa.

—Yo también me he divertido —contestó él, buscando un lugar donde dejar el automóvil—. ¿Tienes la lista?

—La tienes tú.

Jazzlyn se quedó pensativa. De repente pensó que él había dicho que se había divertido con ella sólo para hacer un cumplido. ¿Pero por qué tenía que halagarla? Eran amigos y nada más. ¿Por qué quería ella su amabilidad?

Poco tiempo después recuperó el buen humor al descubrir lo caótico que era Holden con las compras.

—¿Quién te cuida en Londres? —tuvo que preguntar ella, tomando varias latas de melocotón en almíbar que Holden había puesto en el carrito sin que estuvieran en la lista.

—¡Yo me cuido sólo! —contestó desafiante—. Algunas veces

salgo a comer fuera.

—¿Sólo algunas veces? —preguntó incrédula.

—¿Vas a chivaste a mi tía?

—No, si te portas bien —contestó alegremente Jazzlyn.

Se cruzaron con una mujer que llevaba un bebé en un carrito y Jazzlyn no pudo evitar acariciar la cabecita.

—¿Te gustan los niños? —quiso saber Holden.

—¿No nos gustan a todos? —preguntó ella a su vez, mirando la lista de Grace que llevaba en la mano.

—Sí, pero tú has decidido no casarte jamás —recordó él.

La muchacha apartó la mirada de la lista y miró a Holden unos segundos. La expresión de éste era seria.

El supermercado estaba lleno de gente ya, pero ellos estaban en una parte bastante solitaria, entre exquisitos embutidos y carne preparada.

Ella decidió contestarle seriamente.

—Soy perfectamente consciente de que no hace falta estar casada para tener un hijo. Hasta ahora no he conocido a ningún hombre adecuado.

—Eso quiere decir que tomarás todas las precauciones para no quedarte embarazada —comentó él, de un modo ligero.

Ella se detuvo bruscamente, con sus preciosos ojos violetas abiertos por la sorpresa. De acuerdo, era su amigo, ¿pero de verdad tenían que tener aquella discusión sobre su vida sexual entre carnes y verduras?

—Sólo necesito tomar una precaución. Utilizo la palabra «NO» —explicó fríamente, satisfecha al notar que lo había sorprendido.

Holden se quedó mirándola como si no pudiera creer lo que había oído. Era evidente que no se daba cuenta de dónde estaban.

—¿Siempre?

Ella se negó a contestar, pero se vio acorralada de repente entre él, una pared y un carrito casi lleno. Holden se dio la vuelta hacia ella.

—¿Quiere eso decir que… nunca has dicho sí?

Jazzlyn apretó los puños. Deseaba darle una bofetada, pero sabía que estaban en el supermercado, aun que él se hubiera olvidado.

—Algunas veces… ¡No!

—Eres una preciosa anticuada —contestó él suavemente.

—¡Estás pidiendo que te ponga un ojo morado!

Él dejó de sonreír y la miró a la boca. Luego, llevando de nuevo el carrito, comenzó a caminar por delante de ella.

—Beicon —dijo Holden.

«Bruto», gritó ella en silencio. No quería seguir siendo su amiga. Él se había reído de ella cuando, y sólo porque él había insistido, le había confesado que era virgen. Jugó con la idea de dejarlo sólo en la caja, pero, conociéndolo, sabía que una docena de empleadas irían a ayudarlo.

Jazzlyn no se sentía mucho mejor cuando llegaron a su destino. Además, su molestia aumentó cuando él quiso pagar todo.

—Pero la pasta de dientes es mía, no está en la lista de Grace —le dijo enfadada.

—Permíteme que la pague yo, así a lo mejor me dejas ver tu maravillosa sonrisa —contestó.

A chica de la caja pareció gustarle el cumplido, pero Jazzlyn se negó a cambiar su actitud.

Desgraciadamente, sin embargo, la muchacha notó que su sentido del humor emergía mientras volvían hacia el coche. No quería que él fuera amable con ella, estaba segura, pero tenía que admitir que era encantador.

Una vez estuvieron las compras metidas en el maletero y el carrito devuelto al supermercado, se sentaron en el coche y, antes de encender el motor, Holden se volvió hacia ella.

—¿Sigues enfadada conmigo?

Ella se giró hacia él.

—La próxima vez que te apetezca comenzar una discusión sobre mi vida sexual, o sobre la falta de ella, quizá podrías elegir un lugar menos lleno que un supermercado un sábado por la mañana —replicó, tan secamente como pudo.

—¡O sea, que me estás invitando a ello! —respondió—. ¿Vas a perdonarme, Jazzlyn? —añadió, con una expresión seria.

¿Cómo podía seguir enfadada?

—Sabes que sí.

Él la miró unos segundos más, luego comenzó a acercarse peligrosamente a ella. Jazzlyn pensó que se dirigía hacia su boca, pero fue incapaz de moverse. Luego descubrió que no le habría hecho falta, porque su beso, su beso suave, descansó en su mejilla.

—¿Y ahora quién está haciendo de ello una costumbre? —aventuró ella, al tiempo que él se retiraba y encendía el motor. Pero la voz de ella había sonado ronca, casi desconocida. Ese amigo estaba provocando en ella reacciones de lo más extrañas.

Volvieron en silencio a casa y, al llegar a Sandbanks, Jazzlyn descubrió sorprendida que el Range Rover estaba en la puerta.

—¡Creí que se habían ido a hacer bocetos hace mucho rato! —exclamó, yendo hacia el maletero para ayudar a Holden a sacar las compras.

No habían sacado más que una bolsa cada uno, cuando Grace apareció en la puerta, seguida por el padre de Jazzlyn.

—Archie está enfermo —declaró Grace, sin preámbulos—. Íbamos a salir cuando su vecina telefoneó.

Archie, recordó Jazzlyn, era el ex-marido de Grace, el que la llamaba siempre que tenía problemas. La muchacha se quedó pensativa, mirando a su padre.

—Te llevaré —se ofreció Holden, sabiendo que Grace era incapaz de dejar abandonado a su antiguo compañero.

—Ya está todo arreglado —aseguró Edwin Palmer—. Yo llevaré a Grace, sólo estábamos esperando a que volvierais —el hombre se volvió hacia su hija—. No sé qué situación vamos a encontramos, pero me llevaré a Rembrandt.

Jazzlyn supo que, con aquello, Edwin había ganado bastante respeto y consideración a ojos de Holden. Su padre demostraba que estaba preparado para dejar a un lado la aversión que pudiera sentir por el hombre que había causado tanta infelicidad a Grace.

Así que, cinco minutos después se despedían, asegurando que llamarían nada más llegar a su destino.

—¿Te apetece un helado? —preguntó Holden, cuando el Range Rover desapareció en la esquina.

—¡Las compras! —exclamó Jazzlyn.

Pasaron la siguiente media hora llevando bolsas a la cocina. Después Holden demostró, una vez más, que no sabía ordenar las cosas.

—¿Un café? —sugirió Holden, cuando terminaron la tarea.

—Yo lo haré —se ofreció ella—. ¿Le hago uno a la señora Williams?

—No está aquí, está en casa de su hermana —aclaró Holden. Le

he dado el fin de semana libre.

—¡Qué bien! —gritó Jazzlyn impulsivamente—. Bueno, no quiero decir bien por…

—Sé lo que quieres decir —la interrumpió Holden—. Lo dices porque después de atendemos toda esta semana, se merece un descanso.

—Me empiezas a conocer.

Holden la miró unos segundos.

—Prefiero pensar que sí. Eres una persona encantadora, Jazzlyn —contestó.

La muchacha notó que se le hacía un nudo en la garganta. Se daba cuenta de que ella necesitaba gustarle, pero no sabía por qué le sorprendía tanto que se lo dijera. De todas maneras, pensó, todo el mundo quería gustar a los demás, ¿no era cierto? ¿Aunque, por qué necesitaba gustar especialmente a Holden?

—Si estás buscando que te devuelva el cumplido, olvídalo. ¡Y esta noche te toca a ti hacer la cena!

Holden rió y pareció encantado. Jazzlyn, a su vez, no quería que él se enfadara con ella jamás. Pero, de repente, al tiempo que la risa de él desaparecía, ella no pudo evitar sentir cierta tensión en el ambiente. Holden la miraba como si quisiera guardar en la memoria cada detalle de su rostro. Ella cerró los ojos y al abrir los pensó que habían sido imaginaciones suyas y que Holden estaba como siempre. Finalmente, sirvió dos cafés.

—Yo me tomaré el mío en el estudio —afirmó él.

Amigos. Compañeros. Jazzlyn tuvo que hacer un esfuerzo por recordarlo cuando se dio cuenta de que le molestaba que Holden prefiriera tomarse el café solo. Los amigos podían aceptar ese tipo de cosas. ¿Y no le acababa de decir que era encantadora? ¡Por el amor de Dios, no tenía por qué deprimirse!

Holden pasó buena parte de la mañana trabajando en su estudio. De manera que ella decidió darse un paseo por la playa. Su padre y Grace no habrían llegado a su destino todavía y, de todas maneras, Holden estaría en casa si llamaban en cualquier momento.

Jazzlyn no fue muy lejos. Se sentía un poco nerviosa y de alguna manera, en lucha consigo misma. Así que volvió pronto. Entró por la cocina, puso algunas barras de pan en el horno para que se pusieran crujientes y luego comenzó a preparar una ensalada. Al

ocuparse en algo, sintió que su malestar desaparecía.

—¡Qué bien huele!

No había oído entrar a Holden y se sobresaltó al verlo en la puerta.

—No te ilusiones, es sólo pan —le dijo, intuyendo que iba a ser ella la que cocinara, pero sin querer admitirlo.

—¿Quieres que te ayude?

—Casi he terminado.

—¿Comemos aquí?

—¿Por qué no?

Jazzlyn terminó de hacer la ensalada y se alegró de que Holden la acompañara. Luego llenaron entre los dos el lavavajillas y lo pusieron en marcha, como si la armonía entre ambos se hubiera recuperado.

—¿Vuelves a tu estudio? —preguntó, pensando en las dos horas que Holden había perdido al ir de compras.

—Ya te he dicho antes que eras muy estricta —le recordó.

El teléfono sonó en aquel momento y Holden contestó. Si hubiera sido una llamada personal, ella se habría marchado, pero pensó que sería Grace.

—Contrata a una enfermera —oyó que Holden decía—. No trabajes mucho, sabes que no le debes nada. Jazzlyn está aquí conmigo. Te la paso.

Holden le dio el teléfono. Sus dedos se rozaron y Jazzlyn sintió un estremecimiento.

—¡Hola, Grace! —Dijo, luchando por recuperar la calma—. ¿Cómo va todo?

—El doctor ha venido. Archie tiene una gripe muy fuerte.

—Lo siento.

La gripe, sobre todo en gente de edad avanzada, podía ser bastante grave.

—¡Yo también! Archie nunca fue un buen paciente. Aunque no puedo dejarlo así.

—Claro que no —dijo, pensando en que Archie no merecía que Grace lo cuidara—. Mi padre…

—Es un tesoro —dijo Grace en voz baja—. Nunca lo he apreciado hasta ahora. Se está portando muy amablemente y Archie lo odia. ¿Te gustaría hablar con él? —antes de que Jazzlyn pudiera

contestar, la mujer continuó—. Voy a decirle que venga, está ayudando a Archie a ponerse un pijama limpio.

Siguió un silencio. Después, Edwin Palmer habló.

—¿Estás bien, Jazzlyn? —preguntó.

—Estoy bien. Eres tú quien me preocupa.

—No te preocupes. Nos vamos a quedar sin vacaciones, pero no hay otra alternativa. Grace es una persona tan buena que no podría vivir con el remordimiento de dejar a Craddlock en estos momentos solo.

—¿No vas a volver? —quiso saber Jazzlyn, dándose cuenta de repente de las implicaciones que conllevaba.

—Es poco probable. La gripe puede durar semanas y semanas. ¿Podrías hacer el viaje de vuelta a casa sola? Quizá Holden te pueda llevar.

—Tú ya tienes suficientes preocupaciones —le dijo Jazzlyn, intuyendo que, desgraciadamente, también sus vacaciones estaban terminadas—. Mi padre va a quedarse a ayudarla —dijo a Holden, que la observaba atentamente, cuando, terminó de hablar con su padre.

—Eso ha dicho Grace. ¿Por qué estás tan seria?

—¡No me extraña que estés en la directiva de Zortek!

—Estoy seguro de que lo dices como un cumplido, pero no lo entiendo —replicó Holden de buen humor—. ¿Qué te preocupa, Jazzlyn?

Él iba a tener que saberlo, de todos modos.

—Creo que será mejor que me vuelva a casa —contestó. Iba a comentarle lo bien que se lo había pasado, cuando vio que su rostro estaba muy serio.

—¡Creí que ya habíamos discutido sobre esto!

—De acuerdo, pues perdona por hablarlo de nuevo —replicó ella.

—¿No estás bien aquí?

—¡Ya lo sabes!

—¿Te he ofendido en algo? —quiso saber.

—Sabes que no.

—¿Entonces por qué me castigas?

—¿Castigarte? —repitió, mirándolo con incredulidad.

—Sí, castigarme —aseguró—. Te he dicho esta mañana lo

relajada que te encuentro y no sabes lo maravilloso que es para mí estar con una mujer que no te da complicaciones.

Jazzlyn no estaba segura de si le gustaba ser una mujer sin complicaciones. Pero le hacía sentirse bien, no podía negarlo, oír que esas vacaciones le estaban sentando a Holden tan bien como a ella misma.

—¿Quieres que me quede?

Holden asintió, sin apartar la vista de su rostro.

—¿Quién va a comerse toda esa comida que hemos comprado esta mañana? Y no sólo eso, si te vas, ¿quién va a cocinarla?

Ella esbozó una sonrisa. Sabía que estaba siendo débil, que sólo estaba allí porque Grace era la tía de él. Pero, finalmente, admitió que no quería marcharse.

Capítulo 5

Holden, como Jazzlyn había imaginado, apenas sabía encender un fuego, así que mucho menos sabía cocinar. Aquella misma tarde, Jazzlyn dio un paseo por la playa y al volver, hacia las seis y media, se duchó y se puso ropa limpia. A continuación, al ir hacia la cocina, se cruzó con Holden, que iba a buscarla.

—¿Hay algo que debería de estar haciendo? —preguntó, de una manera encantadora.

Jazzlyn no pudo evitar una sonrisa.

—¡Caramba! Un hombre que se acaba de dar cuenta de que puede ser un problema cenar esta noche.

Él la miró solemnemente, luego su rostro se iluminó con una sonrisa que Jazzlyn imaginaba habría destrozado a muchas mujeres. Ella misma experimentó algo en su corazón.

—Vamos, Jazz.

—Ven conmigo —ordenó—. Te enseñaré a pelar patatas nuevas.

Para su sorpresa, Jazzlyn se encontró a un alumno voluntarioso. A pesar de ello, y debido a la lentitud con que lo hacía, Jazzlyn no tuvo más remedio que agarrar un cuchillo y unirse a él.

Entonces se preguntó si era una buena idea. Sus manos se rozaron en el recipiente de agua y se apartó bruscamente, bastante nerviosa. Él la miró de una forma intensa y penetrante, sin sonreír, como si tratara de borrar en ella la sensación que la había alterado.

Jazzlyn miró hacia otra parte, abrió el grifo y se lavó las manos.

—En este fregadero no cabemos los dos. Además, eres suficientemente mayor como para hacerlo tú sólo.

—¡Eres una mandona! —le acusó él.

Ella fue al frigorífico y sacó dos filetes. Cuando se sentaron a comer, Jazzlyn había recuperado la calma y él estaba como

siempre: agradable, buen conversador y fácil de acompañar. Era, definitivamente, un amigo.

¿Entonces por qué al subir a su cuarto aquella noche ella se sintió mal? ¿Sería porque quería seguir con él? ¡Desde luego el buen tiempo debía de estar sentándole mal!

Se levantó temprano a la mañana siguiente y, a pesar de que Rembrandt no estaba allí, decidió darse su paseo matinal antes del desayuno.

Se alegró al ver que Holden la esperaba en la planta de abajo.

—¿Decidida a caminar un poco antes de que haga demasiado calor? —preguntó Holden, en el momento de salir.

—¿Sueles darte un paseo por la mañana aunque no estés de vacaciones? —quiso saber ella.

—Siempre —replicó—. Especialmente los domingos.

Jazzlyn descubrió en ese momento dos cosas: que era domingo, y que otro de los problemas de las vacaciones era el no saber el día en que vives.

—¡Mentira! —protestó.

—Es cierto, aunque nunca con una compañía tan maravillosa.

—No te creo.

Él rió. Jazzlyn tuvo el presentimiento de que Holden había disfrutado de aquel paseo tanto como ella. Al regresar a la casa, se fue hacia su cuarto y después de cambiarse de calzado, se dirigió a la cocina para preparar el desayuno de ambos. Pero descubrió que Holden sabía perfectamente cómo encender la tostadora. ¡Y no sólo eso, la mesa estaba puesta y el desayuno preparado para ella!

—He hecho huevos pasados por agua y tostadas, ¿te parece bien, señorita?

—Gracias, caballero mío —al alzar la vista vio que él se había quedado un poco aturdido—. La… señora Williams volverá esta noche —añadió, intentando disipar la tensión.

Él hizo un gesto negativo.

—La recogeré en la estación mañana por la mañana.

Al día siguiente era lunes.

—¿No te vas a ir a trabajar?

—Me deben algunos días de vacaciones —contestó, y antes de que ella pudiera decir nada, continuó—. Podíamos salir fuera a cenar esta noche, si no te apetece cocinar.

—¿Crees que voy a dejar que te escapes de tus deberes tan fácilmente?

Una hora después, Holden se encerraba en su estudio y Jazzlyn se preparaba para ir a la playa. Se puso su parte de arriba del bikini y unos pantalones cortos, y preparó la toalla y la sombrilla. Al salir, se preguntó por qué había rechazado el ofrecimiento de Holden de cenar fuera. Podría ser divertido, ¿entonces por qué había dicho que no? Comenzó a sentirse nerviosa una vez más y trató de tranquilizarse diciéndose que no era una cita con un hombre cualquiera. Ellos eran amigos y sería, simplemente, para evitar que uno de los dos tuviera que cocinar. Holden lo había sugerido para ahorrarle el trabajo.

Jazzlyn volvió a casa a tomar un almuerzo ligero.

Ensalada de nuevo, pero es que hacía demasiado calor para cocinar nada. Tampoco tenía demasiado hambre.

Cuando la comida estuvo lista, fue al estudio de Holden y tocó en la puerta. Luego se asomó y lo vio sentado frente a una mesa llena de hojas y documentos. Él alzó la vista y ella descubrió en ese momento lo poco que le gustaba que él trabajara todos los días.

—¿Tienes que trabajar todos los días? —preguntó, antes de pensar dos veces. Desgraciadamente, su voz había sonado bastante preocupada.

Pensó que Holden se reiría, pero no lo hizo. En lugar de ello, la miró seriamente.

—Si te molesta, dejaré de hacerlo —replicó, tras unos segundos.

¿Molestarla? ¡Maldita sea! Pensó Jazzlyn para sí.

—¡Lo superaré! —contestó secamente—. Tu ensalada está lista —dijo, dándose la vuelta y saliendo de la habitación.

La muchacha se sintió extraña durante la comida, ligeramente incómoda. Después de comer, Holden sugirió que se dieran un baño y ella dijo que no le apetecía.

Dos horas después, en su habitación, comenzó a preguntarse si era cierto que esas vacaciones la relajaban o todo lo contrario. Se había hecho amiga de Holden, cierto, pero por alguna razón, no quería estar demasiado tiempo con él.

Dejó su dormitorio y fue a la planta de abajo, decidiendo prepararse unas patatas asadas. Acababa de llegar a la cocina, cuando vio por la ventana que Holden se acercaba a la casa.

Imaginó que habría ido a darse un baño, ya que siempre iba a nadar, fuera ella o no con él. ¡Por mucho que la molestara!

El teléfono sonó en ese momento. Miró a Holden y luego al teléfono, calculando que éste tardaría unos minutos en llegar a la casa. De manera que contestó ella.

—¿Hola?

No era Grace ni su padre, sino alguien que quería verla.

—Estaré libre mañana por la tarde —declaró David Musgrove—. Podría ir a recogerte.

¡Vaya fastidio! Había declinado ya una invitación de David, y no le parecía bien negarse de nuevo, pero no le apetecía lo más mínimo salir con él.

—La verdad es que no voy a estar.

—¿Vas a algún sitio? —quiso saber David, decidido a no aceptar una segunda negativa.

Jazzlyn se quedó en silencio. Quería encontrar una disculpa, pero no quería mentir. Miró por la ventana y vio que Holden llegaba.

—¿Tienes una cita? —insistió David.

—Bueno… —comenzó.

—No con Holden Hathaway, ¿verdad? —preguntó, como si pensara que Holden no fuera a invitarla a salir.

—Sí, me ha pedido que salgamos.

—¿Has salido con él anteriormente?

¿Por qué le preguntaba eso?

—Pues sí —admitió, recordando la noche en que habían ido a cenar en Londres.

—¿Eres su novia? —Más que una pregunta fue una afirmación y, aunque ella intentó negarlo, las palabras no le salieron—. ¿Tengo que darte las gracias a ti o a Holden Hathaway por salir conmigo el martes pasado? —preguntó, ligeramente enojado.

—Entonces no había nada serio entre nosotros —dijo, sin saber por qué.

—¿Y lo hay ahora?

El hombre esperó. Ella habría imaginado que él colgaría antes de hacerle tantas preguntas, pero entonces se acordó de la tenacidad de Tony Johnstone y volvió a sentir el mismo pánico.

—Sí —confirmó, sin poder evitarlo—. Holden y yo nos hemos

comprometido —mintió, recordando en ese preciso instante que Holden la había pedido que contara con él si tenía problemas.

—¡Entonces no puedo hacer nada! —Exclamó David—. Sé feliz, Jazzlyn —añadió.

Antes de que ella pudiera decir nada, la línea se cortó.

Al ver a Holden entrar por el jardín, Jazzlyn empezó a darse cuenta de lo que había hecho. Sin pensar, actuando por instinto, sabiendo que no podía enfrentarse a él, salió corriendo escaleras arriba y se metió en su dormitorio.

Justo en ese momento oyó la puerta de entrada y no pudo evitar pensar que, afortunadamente, no la había visto correr. Después, oyó que se acercaba a la cocina, sin duda para buscarla.

Así que Jazzlyn se encerró en su cuarto, pensando que Holden se iría a dar una ducha rápida antes de comer.

Entonces comenzó a ponerse muy nerviosa. ¡Estaba en casa de Holden y él había dejado claro que no quería una relación estable con ninguna mujer! ¿Y qué hacía ella? Decir que era su novia a un hombre que vivía en la misma pequeña ciudad que Holden. Alguien que conocería a la misma gente que él.

¿Y si David no se lo decía a nadie? Pensó, intentando tranquilizarse. ¿Por qué iba a hacerlo? Aunque inmediatamente encontró la respuesta: porque Holden era una persona muy conocida y los amigos, sobre todo las amigas, estarían interesadas en saber que había dejado de ser un apuesto soltero.

Tenía que llamar a David, pensó desesperada. ¡Pero no podía! Querría entonces salir con ella y ella no quería… David era un médico y los médicos guardaban los secretos de sus pacientes. Puede que no se lo dijera a nadie. Pero ella no era su paciente. ¡Qué lío!

Comenzó a caminar hacia un lado y otro de la habitación y, después de un rato, se sintió agobiada. En un momento de coraje, volvió a la cocina. Allí decidió que no tenía ganas de hacerse nada complicado de comer y optó por pasta. Sin embargo, antes de empezar a hacerse nada, se acercó a la ventana y se quedó mirando al infinito.

Oyó un ruido y se dio la vuelta. Era Holden.

—¿Pasa algo? —preguntó, al darse cuenta de que ella estaba silenciosa.

Jazzlyn se había olvidado por un momento lo intuitivo que era.

Al no contestar, Holden se acercó más, con expresión preocupada.

—Ven y siéntate, pareces desesperada.

—¿Lo parece?

—¡Estás muy pálida!

Holden acercó una silla y al ir a agarrar el brazo de Jazzlyn, ésta se retiró.

No quería sentarse a que la consolara, no quería su comprensión, porque, de pronto, se dio cuenta de que no sólo iba a tener que contactar con David, sino que también tendría que decirle la verdad a Holden.

Pero en ese momento no quería confesar, no quería decirle lo que había hecho de ninguna de las maneras. Aunque era consciente de su responsabilidad. De su obligación de hacerle saber que en ese mismo instante David podía estar diciéndole a otras personas lo que ella le había contado respecto a ellos.

—¡He hecho algo horrible!

—No creo que sea para tanto —respondió él, intentando tranquilizarla, con sus ojos fijos en los de ella—. Ven aquí a sentarte y cuéntamelo todo.

—Vas a odiarme después de esto —dijo ella, moviendo la cabeza.

—Lo dudo —replicó Holden con una sonrisa—. ¿Así que tu problema me concierne a mí? —añadió él, de mostrando ser tan astuto como Jazzlyn creía.

—¡Oh, Holden! No sé cómo empezar…

—No veo ningún cadáver por aquí cerca, así que no creo que sea tan horrible como para que te avergüences de ese modo —dijo él en un tono comprensivo.

Pero Jazzlyn sabía que cuando se enterase de que lo había involucrado en su mentira, ya no se mostraría tan comprensivo.

—¡Por supuesto, llamaré a David y le contaré la verdad! —exclamó ella, sin darse cuenta de que Holden no tenía ni idea de lo que ella le estaba hablando. Sin embargo, al nombrar a David, la expresión de Holden pareció endurecerse un poco. Ya no parecía tan comprensivo.

—¿Musgrove? ¿Qué tiene él que ver en esto?

—Creo que será mejor que te sientes —sugirió ella con tono impaciente. Aunque luego siguió, cuando quedó claro que Holden no tenía ninguna intención de tomar asiento—. ¿Te acuerdas de cuando me pediste que te acompañara a la cena-baile en Londres?

—Así es —respondió él, sin apartar la mirada de ella en ningún momento.

—Bueno, entonces te acordarás que me pediste que fuera contigo para evitar las atenciones de cierta mujer sin necesidad de ofenderla… —se quedó en silencio. Luego tragó saliva. Las palabras se negaban a salir de su garganta.

—¿Y…?

—David Musgrove telefoneó no hace mucho y me preguntó si estaba libre para esta noche.

—¿Y le dijiste que sí? —preguntó él con una expresión que ya no era comprensiva en absoluto.

Eso la enojó. ¿Quién diablos se creía que era? En el momento en el que iba a decirle que eso no era de su incumbencia, se acordó que, desgraciadamente, sí era de su incumbencia.

—No, le dije que no estaba libre porque…

«¡Oh, cielos!», se estaba acalorando de nuevo.

—¿Por qué…?

Ella se dio cuenta de que Holden estaba siendo muy paciente. Él había vuelto a adoptar un semblante tranquilo, aunque ella estaba segura de que ese semblante iba a cambiar una vez terminara de contarle lo que le había dicho a David.

—Bueno, no sé cómo ocurrió, pero allí estaba yo sin ganas de volver a salir con él y allí estaba él presionándome para que le dijera por qué no estaba libre. Y de pronto, no sé cómo, te involucré en la conversación. Le dije que habíamos salido algún día juntos o algo por el estilo… Luego todo se volvió algo confuso porque lo siguiente que recuerdo…

Jazzlyn no podía seguir aguantando la mirada de Holden. Se dio la vuelta y se dirigió hasta la ventana de la cocina.

—Porque lo… lo sí… siguiente que recuerdo es que me empecé a acordar de Tony Johnstone y cómo me había perseguido para que volviera a salir con él. Y me aterrorizó la idea de que David pudiera hacer lo mismo. Estaba fuera de mí —confesó—. Y en cualquier caso, le dije…

«¡Oh, Dios! Si hubiera otra forma de decírselo…».

—Le dije que había algo serio entre nosotros y que… teníamos una relación formal.

Ya lo había dicho. Jazzlyn se quería morir. Se quedó rígida, esperando que Holden descargara su ira sobre ella. Pero no lo hizo.

Se puso tensa cuando le oyó moverse. Y estuvo a punto de morirse cuando sintió que se acercaba y le ponía las manos sobre sus hombros.

Jazzlyn no quería darse la vuelta. No quería enfrentarse a su mirada. Pero no le quedaba otra salida. Él la hizo volverse. Pero ella siguió con la vista baja sin atreverse a mirarlo a la cara.

—¿Y para qué están los amigos, Jazzlyn? —preguntó él con la voz más educada que ella oyera nunca.

Sintió ganas de abrazarlo.

—Entonces, ¿no estás enfadado?

—No.

—¿Y no me odias?

—Yo… —hizo una pausa y miró fijamente sus enormes ojos tristes—. ¿Quién podría odiarte a ti?

—¡Oh, Holden! Por supuesto, llamaré a David y le diré que…

—¡No te atrevas a hacerlo! —le ordenó Holden bruscamente.

—Pero… si no le llamo, él puede empezar a contar a la gente lo que yo le dije.

—Y si le llamas y le explicas que lo que le dijiste no era cierto, él te pedirá salir de nuevo.

—Puede que no.

—Lo hará. Y corres el riesgo de que te vuelva a entrar un ataque de pánico.

—Haces que me sienta patética.

—Tú no eres patética en absoluto —declaró Holden. Ella se dio cuenta de que ese hombre la gustaba cada vez más—. Dímelo sinceramente. ¿Quieres salir con él?

—No —contestó sin pensar si quiera—. David Musgrove me cae bien, pero no quiero salir con él.

—¡Entonces te prohíbo que le telefonees!

—¿Qué me lo prohíbes? ¿No te das cuenta de que si no le llamo y pongo las cosas claras, él va a contar a todo el mundo que soy tu novia?

—No me importa en absoluto. Siempre que tú me dejes decirles lo mismo a las mujeres que me persiguen a mí.

—¿Sabe usted algo, señor Hathaway?

—Siempre estoy deseoso de aprender algo nuevo, señorita Palmer.

—Creo que me gustas más que ningún otro hombre que haya conocido antes —dijo, sonriendo.

Holden se la quedó mirando en silencio. Luego su cabeza se acercó a la de ella. A Jazzlyn le comenzó a latir el corazón a toda velocidad, mientras sus bocas se juntaban. Al sentir los labios de él sobre los de ella, Jazzlyn notó que todo su cuerpo se estremecía. Y a pesar de que sentía que las piernas no la sostenían en pie, se serenó lo suficiente como para tomar aliento y hablarle.

—¿Qué vamos a cenar esta noche? ¿Lo has decidido ya?

Jazzlyn se alegró de ver a la señora Williams al día siguiente. Acababa de regresar de dar un paseo cuando vio que el coche de Holden estaba rodeando la verja.

—¿Lo ha pasado usted bien estos días, señora Williams? —saludó al ama de llaves, mientras Holden sacaba del coche su equipaje.

—Siempre que voy a casa de mi hermana me lo pasó muy bien —contestó la señora Williams—. Sentí mucho cuando me enteré que su padre y la señora Craddock tenían que irse.

Luego comenzó a decirle lo mucho que iba a echar de menos a Rembrandt, mientas entraban en la casa.

Jazzlyn esperaba que la vuelta de la señora Williams devolviera cierta sensación de normalidad. Porque tenía que admitir que había pasado algo que la había hecho perder la tranquilidad.

Era todo muy extraño. Estaba perfectamente bien de salud, ya que la falta de apetito podía explicarse por el calor que hacía, pero últimamente no había dormido bien. Además, la inquietud que ya había sentido días atrás volvía a aparecer.

Y lo más extraño era que esa inquietud desaparecía cuando estaba con Holden. Se dio cuenta especialmente de ello la noche anterior, después de rechazar la proposición de él de ir a dar un paseo una vez terminaron de cenar.

Al poco de irse él, la inquietud volvió a aparecer y ella se arrepintió de no haber aceptado la invitación. Debía de estar

volviéndose una mujer contradictoria.

Quizá lo único que ocurría era que no se lo estaba pasando muy bien durante las vacaciones. Aunque lo cierto era que no recordaba haberse sentido nunca tan relajada. Lo que suponía otra contradicción.

Y después de la magnífica cena que les preparó la señora Williams, esa naturaleza contradictoria, recién descubierta, volvió a mostrarse cuando Holden le preguntó si también tendría que irse a pasear solo esa noche.

Pero lo dijo con un tono tan frío que a Jazzlyn le pareció que le daba igual que ella le acompañara o no. Y realmente, no le importaba si a él le daba igual o no. ¡Qué pensamiento tan absurdo! Pero, al fin y al cabo, una mujer debe tener cierto orgullo.

—Hay algo que quiero ver en la televisión —se oyó responder a sí misma. Parecía que acababa añadir la capacidad de mentir a sus recientes habilidades adquiridas.

Estaba todavía levantada en su habitación una hora más tarde cuando oyó pasar a Holden frente a su puerta, disponiéndose a marcharse. Quería ir con él. No tenía ni idea de lo que echaban en la tele. Luego pensó en ducharse. Pero quizá era muy pronto. Dejaría para más tarde el quitarse el vestido de algodón que se había puesto para cenar y se ducharía a las diez. Finalmente, se sentó en la cama y se puso a ver un documental.

Pero, de pronto, la televisión comenzó a verse mal. Se levantó y se dirigió a estudiar todos esos botones que ella no entendía. Luego intentó ajustar los controles con el mando a distancia, pero lo único que consiguió fue que se viera peor. Tenía que admitir que no se le daba muy bien lo de arreglar televisores.

Jazzlyn había decidido que no podría ver el documental cuando oyó pasos fuera. Holden no podía haber vuelto todavía de su paseo. Jazzlyn miró de nuevo la pantalla. Su padre solía arreglarla en cuestión de segundos. Quizá fuese una tarea para hombres.

Se dirigió a la puerta y la abrió justo cuando Holden estaba pasando por delante. Ella se asustó al verlo allí. Él se dio cuenta de su estado.

—¿Qué pasa, que no te gusta?

—¿El qué?

—El programa que querías ver en la televisión —replicó él.

—Es que le pasa algo a mi televisor. ¿Podrías…?

—Bueno, te puedo asegurar que las cosas técnicas se me dan mucho mejor que la cocina —se ofreció él.

Jazzlyn le dejó manipular el aparato mientras ella permanecía de pie al lado de la cama. De pronto, se dio cuenta de que en vez de estar mirando lo que hacía al televisor, lo estaba mirando a él. Sentía que se le paraba el corazón sólo de mirarlo.

Holden se dio la vuelta al notar que estaba siendo observado.

—¿Pasa algo? —preguntó bruscamente, dejando lo que estaba haciendo y dirigiéndose hasta donde estaba ella.

—¿Por qué lo dices?

—Pareces un poco… extraña —comentó, posando una mano sobre el brazo de ella.

Ella se forzó a recuperarse rápidamente.

—Pues tú tampoco pareces estar demasiado tranquilo.

—Ya veo que a tu boca no le ocurre nada, desde luego —replicó él, mirándola a la boca y poniéndose serio. Colocó su otra mano sobre el otro brazo de ella y posó sus ojos sobre los de ella, tratando de ver dentro de ellos.

Ella sintió ganas de que la besara.

—Ya sé lo que le pasa a la televisión.

—¡Oh! —la estaba mirando de un modo que le daba igual lo que le pasara a la televisión.

De pronto, él acercó su boca a la de ella y la besó dulcemente. Luego Holden se quedó como saboreando el beso, como si estuviera recordando el beso del día anterior.

Ella deseaba volver a susurrar otro ¡Oh!, mientras sentía cómo él la agarraba firmemente, aunque no tanto como para que ella no pudiera escapar si así lo hubiera querido. Holden siguió besándola y ella no quería detenerlo por nada en el mundo.

Ella puso las manos sobre la cintura de él, pero no para separarlo. Él, de repente, interrumpió su beso.

—No debería haber hecho eso —murmuró él.

Ella no quería que él se excusara. Holden seguía sujetándola entre sus brazos y parecía incapaz de apartarse, igual que ella.

—Sí que debías —no quería que se sintiera culpable.

—¿No te importaría que lo volviera a hacer? —preguntó él, con cierta ironía. A ella le encantaba su sentido del humor.

—En todo caso, quizá me importara que no lo hicieras.

—¡Cariño! —susurró él, mientras la abrazaba más fuerte.

Ella creyó volverse loca de alegría cuando le oyó llamarla así. Luego Holden la volvió a besar.

Estuvieron abrazados durante lo que parecieron siglos. Sus besos comenzaron a ser más apasionados.

Ella se apretó más contra él.

—¿Tienes idea de lo que puedes hacer a un hombre? Las manos de él, que estaban acariciando su espalda, pasaron a acariciarle por la parte de delante. Ella estaba comenzando a marearse, mientras sentía que todo su cuerpo se abrasaba.

Jazzlyn sintió el calor de las manos de Holden sobre sus costillas, luego aquellas manos subieron hasta su pecho. Finalmente, él pasó la punta de sus dedos sobre la parte hinchada de sus pechos. Ella deseaba que él siguiera tocándola, acariciándola y apretándola contra él. Estaba algo sorprendida de no sentir ninguna vergüenza.

—Dulce Jazzlyn —susurró él. Luego tomó aliento y la volvió a besar, mientras sus manos acariciaban sus pechos.

Ella no tenía ni idea de cómo habían llegado a tumbarse sobre la cama algo después. Pero tampoco le importaba. Le encantaba sentir la lengua de él contra la suya. Sentir el calor de él contra el suyo. Jazzlyn cerró los ojos de puro placer. Sintió los besos de él sobre su garganta, y sus manos acariciándola de nuevo los pechos a través del delgado vestido.

A él se le escapó un gemido cuando juntaron sus cuerpos. Ella nunca había sentido aquel éxtasis.

Jazzlyn no se había dado cuenta de que se le había subido el vestido hasta que sintió una mano de él sobre su muslo desnudo y dudó por un momento.

La duda no duró mucho. Había surgido del hecho de que estaba entrando en un terreno desconocido y Holden se había dado cuenta.

Ella sintió el muslo frío cuando él apartó la mano. Y sintió frío en todo el cuerpo cuando Holden se apartó de ella y se sentó en la cama.

—Tengo que irme —dijo con voz ronca.

¡No se lo podía creer! ¡No se podía marchar! ¿Es que no se daba cuenta de lo que había provocado en ella?

—¿Es que te has dejado abierto el grifo de la bañera?

—No tengo las ideas claras. Creo que si no me voy, mañana me odiarás.

¡No sería así!, quiso protestar ella, pero no se atrevió a hacerlo.

Él se volvió hacia ella y la acarició la cara. Luego besó la punta de su nariz.

—¿Estás bien? —preguntó él, mientras se retiraba. Ella sabía que se disponía a irse.

—No estoy mal, exceptuando que he perdido todo sentido de la educación —respondió ella, consiguiendo esbozar una sonrisa sin saber cómo.

Él se marchó y ella dejó de sonreír. Se daba cuenta de que ese hombre era casi un mago. ¿No era un milagro que ella se hubiera enamorado de él?

Capítulo 6

El descubrimiento del amor por Holden mantuvo a Jazzlyn despierta casi toda la noche. Ya entendía el motivo de su nerviosismo cuando no estaba a su lado. Estaba enamorada de él y hasta ese día no se había dado cuenta.

Pero ya no podía engañarse. Era algo que estaba allí en su cabeza y en su corazón con la solidez de una roca, con su misma fuerza. Algo, además, de lo que nunca se desprendería. No era sólo físico, era mucho más profundo. Le había venido inesperadamente la noche anterior, un minuto antes de que Holden la besara.

Eso explicaba el tumulto de emociones que sentía, la sensación de que algo estaba pasando en su interior o todo lo que había apartado de sí para relajarse aquellos días. También los sentimientos de felicidad… exceptuando algunos momentos. Eso también explicaba por qué, cuando ella siempre había disfrutado de salir con amigos, había estado bastante reacia a quedar con nadie.

También entendía perfectamente por qué, al comienzo de las vacaciones, cuando había descubierto que Holden era el dueño de Sandbanks, había tenido la fuerte necesidad de marcharse. No había sido, como ella creyó, simplemente porque se sintiera una huésped incómoda, sino porque algo en su inconsciente había leído el peligro. Ese inconsciente que la había aconsejado que se marchara, que se apartara cuanto antes de él, la había querido avisar de que estaba en peligro de enamorarse de él. Ella había ignorado aquel aviso y se había quedado. Sin embargo, al ser perfectamente consciente ya, sí que tenía que marcharse.

Jazzlyn salió de la cama y se dirigió hacia el baño con una sola idea en la cabeza: que Holden nunca tenía que enterarse de ese amor. Eran compañeros, amigos, y nunca serían nada más. Era

cierto que se habían besado la noche anterior de una manera especial, no como amigos, pero… Un pensamiento horrible la golpeó de repente. ¿Fue ella quien comenzó aquel beso? Porque ella deseaba que él la besara, estaba segura… y quizá él lo hubiera visto en sus ojos.

¡Qué horror! Holden conocía a las mujeres y quizá habría leído sus ojos. ¿Habría leído también su amor por él? Jazzlyn se puso nerviosa al pensarlo. Le confirmaba aún más el hecho de tener que marcharse inmediatamente.

Se sintió ligeramente mejor cuando recordó la pregunta de Holden.

«¿Tienes idea de lo que le gusta a un hombre?». Él la había deseado, no era tan ingenua como para no saber reconocer algo así. ¿Se atrevería a esperar que Holden pensara que para ella era algo únicamente físico? ¿Qué era una simple atracción que los dos habían permitido que se encendiera?

¡Claro que lo esperaba! ¿Y qué iba a hacer de su paseo matinal? Se puso unos vaqueros y una camiseta, pensando en que necesitaba desesperadamente ver a Holden y que, al mismo tiempo lo temía. ¿Y si no daba el paseo? Tampoco podía cambiar de comportamiento tan rápidamente, ya que a Holden le parecería muy extraño. Así que Jazzlyn salió a toda velocidad de su habitación.

No había señales de Holden, sin embargo, cuando llegó a la planta baja. Medio aliviada, medio apenada, salió de la casa. Pero no había ido muy lejos, cuando vio a Holden en la distancia. Al verla, se dirigió hacia ella.

—Tienes un color sonrosado muy bonito —declaró Holden, al llegar a su lado.

—No me suelo poner morena —contestó ella, sabiendo que él se refería al rubor con que repentinamente se tiñeron sus mejillas.

—Te gustará saber que tendré que salir unos días por causas de trabajo —comentó él, al notar el esfuerzo de ella por intentar parecer relajada.

—¿Vas a volver hoy a Londres? —Dijo, disimulando su tristeza —. Entonces somos dos.

—¿Piensas regresar hoy?

—Hoy por la tarde —afirmó ella, temerosa de que él se ofreciera a llevarla.

Aunque por el tono de él, parecía improbable.

—Quizá nos volvamos a ver algún día —añadió Jazzlyn, sintiendo una tristeza tremenda. ¡Y todavía no se había marchado! —. Gracias por tu hospitalidad.

—Creí que éramos amigos, ¿no?

—¿Qué tiene eso que ver con que yo me quiera ir?

—Te ibas a quedar el resto de la semana. Hoy es martes.

—¿Y?

—Es por lo de ayer noche, ¿verdad?

—¿Por ayer noche? —repitió ella, como si no supiera a lo que él se refería.

Con un esfuerzo enorme, lo miró fijamente a los ojos.

Los ojos de él estaban llenos de ternura y el corazón de Jazzlyn dio un vuelco.

—¡Oh, vamos! Tú eres normalmente una persona sincera, Jazzlyn. ¿Tengo que disculparme porque ayer noche mis instintos masculinos me sobrepasaron momentáneamente?

Jazzlyn notó que las rodillas le temblaban. Lo amaba tanto, que no podía permitir que él se echara la culpa de lo sucedido la noche anterior, cuando sólo ella tenía la culpa. Se lo habría dicho, pero no podía permitir que él descubriera su amor.

—No, no tienes que disculparte —replicó.

Los ojos de Holden parecieron sonreír. Una sonrisa que no se dibujó en su boca.

—No tengo ninguna excusa. Simplemente es que me atraes mucho.

—¿Sí? —preguntó ella, en voz baja.

—Pero no quiero tener una relación contigo.

—¡Bien! —replicó. Una mujer tiene su orgullo—. ¡No la vas a tener!

Él echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Ella no pudo evitar hacer lo mismo.

—No sé si hay alguien tan natural como tú —murmuró Holden, todavía sonriendo—. ¿Me haces un favor, Jazzlyn?

—¡Lo que quieras!

—Termina tus vacaciones aquí.

—¡Oh! ¿Por qué?

Era lo que ella más deseaba. Holden iba a estar unos días fuera,

así que podía quedarse allí y aprovechar la soledad para recuperarse y poder enfrentarse a sus emociones. Si se iba aquel mismo día, no sabía cuándo volvería a verlo de nuevo, si es que volvía a verlo. Mientras que si se quedaba, volverían a verse el fin de semana. Quizá el viernes podrían cenar juntos, antes de que ella se fuera el sábado.

Sin darse cuenta, bajó la cabeza y miró, sin ver, sus pies haciendo dibujos en la arena mojada. Se quedó inmóvil cuando Holden se acercó a ella y la agarró por la barbilla.

—Porque este lugar te relaja. Mírate. Eras muy guapa antes, pero ahora estás radiante.

Sus palabras provocaron en ella más nerviosismo. No supo bien cómo había sido capaz de hablar.

—Bueno, si lo dices así, ¿quién puede negarse?

—Estupendo —contestó él, observando el rostro de ella.

Un instante después, la tomó en sus brazos. Jazzlyn se dejó abrazar y él, entonces, bajó la cabeza y la besó suavemente. El beso terminó demasiado pronto y volvió a mirarla fijamente a los ojos.

—Quiero que estés aquí cuando yo vuelva —dijo.

Dicho lo cual se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa. Ella lo siguió con la mirada hasta que él se volvió, y al verse atrapada mirándolo, se dio la vuelta y comenzó a caminar rápidamente.

Jazzlyn supuso, a su manera, que era un alivio que Holden le hubiera pedido que se quedara. Ella sabía que estaba siendo débil, pero nunca antes había estado enamorada.

Cuando volvió a Sandbanks, Holden ya se había ido y un sentimiento de soledad la invadió. No se atrevía a pensar qué sería de ella si no volvía a verlo.

Incluso la temperatura pareció enfriarse sin su presencia, pero aún así, aquella misma mañana, tomó la toalla y la sombrilla y se fue a su duna favorita. Estuvo allí hasta la hora de comer, pensando casi siempre en Holden.

Una sonrisa curvó su boca al recordar la razón por la que él quiso que se quedara: porque se había relajado estando allí… «Eras guapa antes, pero ahora estás radiante».

Quizá Holden quería que se quedara allí porque sabía que si volvía a su casa, sin su padre allí, tendría que soportar ella sola las llamadas y la persecución de Tony Johnstone.

Holden era un amigo de confianza, musitó para sí, recordando la promesa que le había hecho hacer de dejarle que solucionara el problema si Tony Johnstone continuaba acosándola. Pero sabía que no sería necesario llamar a Holden por eso, después de aquellos días de tranquilidad, se veía con fuerzas para solucionarlo por sí misma.

Había sido muy blanda con Tony. Sin embargo, conociendo ya lo que era amar verdaderamente a alguien, estaba totalmente convencida de que Tony no estaba enamorado de ella. El amor verdadero no se persigue, no se acosa, se respeta. Ya no iba a aguantar que Tony la llamara, le diría lo que pensaba de él y que dejara de molestarla. Ya no tenía miedo. El amor de Holden le había dado esa fuerza. Aunque sólo fuera eso.

Jazzlyn siguió pensando en Holden durante la mayor parte del día, también cuando se fue a la cama aquella noche. Comprendió, o creyó comprender, sus palabras: «No tengo las ideas claras… Si no me voy, me odiarás por la mañana». Había dicho que sentía atracción por ella y quizá por sensatez quería evitar una relación amorosa. Si su tía y su padre se casaban, ellos seguirían viéndose y sería mejor verse como amigos que como antiguos amantes.

¿No era posible la amistad después de que una relación terminara? Ella habría asegurado que ellos permanecerían siendo amigos siempre, ¿pero qué sabía ella, que nunca había estado comprometida?

Jazzlyn recordó la última conversación en la playa, la risa de Holden y el comentario sobre su naturalidad. Él también la amaba. Mientras se iba quedando dormida, comenzaba a sentirse mejor ante la idea de salir de viaje el sábado con él. Si no se equivocaba, él tenía en mente verla de vez en cuando. Por lo menos mientras su tía y su padre siguieran tan unidos como estaban entonces.

La relación entre su padre y Grace quedó clara para Jazzlyn al día siguiente. La señora Williams estaba de compras cuando el teléfono sonó aquel día. Nancy, la mujer que iba a ayudar a la señora Williams tres veces a la semana, estaba ocupada y tampoco contestó, esperando, probablemente, que fuera ella quien contestara.

Su corazón comenzó a palpitar. Podía ser Holden que llamaba a su ama de llaves para cualquier asunto.

—Hola.

—¿Cómo está la segunda de mis mujeres favoritas? —dijo la voz de su padre.

—¿He sido rebajada?

—¡Grace ha aceptado casarse conmigo! —explicó alegremente.

—¡Enhorabuena!

—¿Te parece bien? —añadió su padre, como si acabara de pensarlo.

—Me parece muy bien —aseguró a su padre—. Me gusta mucho Grace y los dos parecéis muy felices uno al lado del otro.

—Es cierto. Estos cuatro o cinco días últimos me lo han confirmado. La veo cuidando de Archie y pienso que se merece mucho más. Sé que en el pasado he cometido algunos errores, pero Grace se merece un matrimonio sincero y yo quiero intentarlo, a pesar de mis fallos.

Su padre entonces dejó el teléfono a Grace.

—Estoy segura de que mi padre y tú seréis muy felices juntos —admitió Jazzlyn con cariño.

—¿No te importa?

—Quiero que los dos seáis felices —replicó, con sinceridad.

—Lo seremos. Hemos hablado mucho de ello y ambos sabemos que no nos casaríamos si no estuviéramos muy seguros de que va a funcionar.

Jazzlyn habló con Grace algunos minutos más; luego su padre volvió a ponerse. Seguían en casa de Archie Craddock, pero estaba mucho mejor y era capaz de cuidarse por sí mismo.

—Hemos decidido salir el viernes y pasar la noche en Sandbanks. Luego los tres, con Remmy, volveremos a Londres el sábado.

—¡No hace falta que vengáis especialmente a por mí!

—Nunca tuve la intención de abandonarte —aseguró su padre—. Además, Grace me dice que siempre quiso tener una hija. Así que sólo tienes que decir a tus padres sinceramente lo que prefieres —añadió, con un tono de voz serio.

Finalmente, Jazzlyn se despidió de su padre, pensando en que nunca lo había visto tan feliz. Dejó el teléfono con el sentimiento de que esa vez su matrimonio iba a funcionar y que estaban hechos el uno para el otro.

Y eso era el matrimonio, ¿no? Dos personas que están hechas la

una para la otra. No es que ella fuera a intentarlo nunca, pensó bruscamente. ¡De ninguna manera!

Y repentinamente, Jazzlyn se vio bombardeada por un sin fin de pensamientos contradictorios. Quizá si se encontrara a la persona adecuada… De nuevo recordó a Holden, para rápidamente desecharlo un segundo después. Holden nunca pediría su mano, y ella tampoco lo aceptaría si lo hiciera. O… Entonces se dio cuenta de que todas sus creencias en contra del matrimonio, que habían ido aumentado durante años y años, empezaban a cambiar.

Bruscamente luchó desesperadamente por apartar lo que enturbiaba sus pensamientos. ¡Por amor de Dios! ¿No había tenido que soportar demasiadas discusiones en los matrimonios y demás relaciones de su padre? ¿No había oído demasiadas recriminaciones? ¿No había tenido que asistir a demasiados ataques y contra ataques? ¡Su casa siempre había parecido una zona de guerra!

No, decididamente no quería nada de eso para ella e intentaría evitarlo con todas sus fuerzas. Lo único que ocurría, ¡maldita sea! era que nunca había estado enamorada y sus pensamientos estaban cambiando.

A parte de Holden, no quería atarse a ningún hombre y esperar el comienzo de las peleas. Pero hasta su padre, que era una de las personas que más había sufrido, estaba a punto de repetir la experiencia.

Eso la hizo recordar de nuevo la idea de dos personas hechas la una para la otra. Entonces, no pudo evitar recordar de nuevo a Holden. Así que, segundos después, Jazzlyn decidió que necesitaba un largo y vigoroso paseo para eliminar la confusión de su cabeza. Enamorarse la había hecho débil, pero ¡no!, ¡decididamente no! Nunca se casaría. ¡Jamás!

Estaba a punto de salir, cuando el teléfono sonó de nuevo. ¿Sería Holden? Tragó saliva, indecisa. Tenía el presentimiento de que Holden no se alegraría de la noticia del matrimonio de su padre. ¿Lo sabría? ¿Por eso llamaba? ¿Quizá para decirle que se marchara enseguida?

Jazzlyn fue a contestar el teléfono, asumiendo que si Holden no se había enterado del asunto, tendría que decírselo ella. Se imaginaba que Holden haría algún comentario desagradable sobre

Edwin y que ella, por mucho que lo amara, defendería a su padre.

—¿Hola?

—¿Señor Hathaway? —dijo una voz femenina, esperando que alguien fuera a buscarlo inmediatamente.

A Jazzlyn no le gustó la voz. El tono superior de la mujer no era agradable, además, era la primera vez que tenía que enfrentarse a los celos. Efectivamente, era la primera vez que una mujer, cuya voz expresaba un alto nivel económico y bastante independencia, quería hablar con el hombre al que amaba. Era una sensación terrible.

—Me temo que no está en casa —dijo, intentando ser educada.

Por intuición supo que la mujer tendría algún tipo de relación afectiva con Holden. Si fuera su secretaria, sabría que Holden no estaba en casa.

—¿Dónde está?

—¿Quién lo llama?

—¿Quién es usted? ¿Su ama de llaves?

Jazzlyn se sintió más molesta aún. Fuera quien fuera, no tenía derecho de dirigirse a la señora Williams, si eso es lo que creía, en ese tono.

—La verdad es que soy la novia de Holden —contestó, pensando en la conversación que había tenido con Holden el domingo anterior.

—¿Es su…? —Exclamó la mujer, después de una pausa—. ¿Vive allí? —Añadió, con un tono de voz ácido—. ¿Me está diciendo que es la novia con la que vive? —continuó, en un tono de voz que demostraba no creérselo. Eso molestó más a Jazzlyn.

—No estoy aquí para lavar los platos, se lo aseguro —contestó.

Luego la línea se cortó.

Jazzlyn no tardó mucho tiempo en darse cuenta de lo que había hecho. Conforme el enfado contra la mujer de la llamada se desvanecía, Jazzlyn se ponía más nerviosa al pensar en lo ocurrido.

Trató de recordar desesperadamente la conversación que había tenido con Holden el domingo anterior. No pudo recordar, sin embargo, nada que le diera permiso para decir a sus *amigas* que vivía con alguien. No tenía ninguna excusa para haber hecho aquello. ¡Dios mío! ¿Qué podía hacer?

No era fácil convivir con los celos, pero no estaba ahí el

problema, el problema era qué hacer para corregir la impresión que había dado a la amiga de Holden.

¡En realidad ninguna impresión! Le había dicho claramente que era la novia con la que vivía. La mujer podía haberlo pensado al ver que ella contestaba el teléfono y decirle que era su novia. La amiga tenía que haber imaginado que era una novia más seria, no una simple aventura, pero ella no tenía que habérselo confirmado.

¿Qué hacer? ¿Llamar a Holden y contarle lo que había hecho? ¡No tenía el número de teléfono de su trabajo! Aunque la señora Williams podía localizarlo. Un minuto después se dio cuenta de que la mujer en cuestión sí que tendría su número. ¿Qué pasaría si llamaba y le contaba la conversación?

Jazzlyn se apartó del teléfono. Calculó que la mujer habría intentado localizar a Holden en su despacho, antes de llamar a Sandbanks. Es decir, que era evidente que Holden estaría resolviendo algún asunto fuera del despacho.

Pero Jazzlyn estaba nerviosa y le resultaba imposible relajarse. Fue al estudio y de allí se fue a su dormitorio. Volvió a la cocina y lavó algunos platos. Después, cuando se dirigía de nuevo al salón, el teléfono volvió a sonar.

¡No! No quería contestarlo. Si no había sido él las otras dos veces, ¿por qué iba a ser esa tercera vez? «Sabes muy bien por qué», le dijo la voz de la conciencia. Deseó que Nancy contestara, que la señora Williams estuviera en casa.

—Hola —dijo, tragando saliva.

—¿Has corrido? —le dijo la voz que ella quería desesperadamente oír y a la vez evitar.

—Estaba fuera cuando el teléfono ha sonado —replicó, notando sus mejillas coloradas. Sabiendo que Holden no la había llamado para castigarla, pero que iba a tener que confesar—. ¿Quieres hablar con la señora Williams? Me temo que…

—¿No puedo robar un minuto de mi ocupado día para saber si mi amiga Jazzlyn está disfrutando del sol, de la arena y del mar?

Jazzlyn se quedó en silencio. Era evidente que la mujer no había hablado con él todavía.

—Mmm, creo que…

—¿Tienes algún problema? —preguntó Holden, con un tono más serio.

—Yo…

—¿Tú qué?

—Yo… creo que vas a cambiar de opinión sobre mi amistad cuanto te diga lo que he hecho —consiguió decir finalmente.

Hubo un silencio, luego el tono de broma que ella amaba tanto.

—Oh, Jazzlyn Palmer —dijo, como si se negara a creer que hubiera pasado algo terrible—. ¿Qué has hecho?

«Por favor, no me odies». Se lo tenía que decir ya, no podía esperar más.

—¿Te acuerdas de la conversación que tuvimos el domingo?

—Recuérdamela tú —pidió él.

—La que tuvimos… cuando yo te expliqué por qué había dicho a David… lo que le dije.

—No dijiste que fueras a salir de nuevo con él, ¿no? ¿Qué ha pasado?

—No, claro que no. Sólo que…

—¿Sólo?

—Ya sabes. Tú dijiste que debía decir a tus… admiradoras que estabas…

—Recuerdo.

—¡Pues lo he hecho!

—¿Sí?

—Ha llamado alguien —explicó Jazzlyn. Tenía que decirlo, y pronto, porque si no colgaría el teléfono—. La mujer me preguntó quién era yo y…

—¿Le dijiste que eras mi novia?

Jazzlyn pensó que Holden no parecía demasiado furioso.

—¿Estás enfadado?

Hubo una pausa. Luego su encanto amenazó con hundirla.

—¿Quién podría enfadarse contigo, pequeña Jazzlyn?

Ella tuvo una sensación de flojera en las rodillas.

Luego se aclaró la garganta.

—Pero hay algo… más.

—¿Qué más?

—No sé quién era. ¿Y tú? —preguntó, tratando de disimular los celos.

—Sin duda lo sabré en breve —contestó despacio.

—Me temo que también le he dicho que vivía contigo —añadió,

rápidamente. Luego hubo una pausa—. ¿Estás furioso?

Él ignoró la pregunta, en lugar de ello contestó buscando las palabras adecuadas para no enojarse, más consigo mismo que con ella.

—Y ahora cuéntame, ¿por qué lo hiciste?

«¡Porque estaba celosa, claro!», respondió mentalmente. Era su turno de permanecer en silencio.

—Nunca he vivido con ninguna mujer. Dime, querida Jazzlyn, ¿me gusta vivir contigo?

Ella sintió ganas de echarse a reír. La tensión se desvaneció por completo al darse cuenta de que no se había enfadado con ella. ¡Y que tampoco había vivido con nadie!

—Eso es lo más divertido —dijo ella, riendo.

—Me encanta oírte reír. Ahora te dejo. Tengo que trabajar un poco. Adiós, compañera de casa —se despidió él.

Estaba tan alegre como ella.

—Adiós —replicó ella, colgando el teléfono—, amor mío —añadió.

Jazzlyn se sintió eufórica los cinco minutos siguientes, mientras recordaba una y otra vez la conversación con Holden. Cinco minutos después, se dio cuenta de que tenía en el rostro una sonrisa estúpida. Y de repente, se dio cuenta de que no había comentado a Holden nada de la llamada de su padre. ¿Cómo podía haberse olvidado?

La alegría y la sonrisa desaparecieron sin dejar huella. Tendría que habérselo dicho. ¡Tenía que haberlo hecho! Estaba claro que Holden no sabía que su tía iba a casarse con su padre. Nunca se habría mostrado tan alegre si lo hubiera sabido.

Y así, al pasar de la alegría más sublime a la más profunda infelicidad, Jazzlyn estuvo completamente segura de que cuando Holden se enterara, se opondría por completo a esa boda.

Capítulo 7

Cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que Holden no iba a ser partidario de que Grace se casara con su padre. Aquel pensamiento la acompañó hasta la noche. Se fue a la cama con él en la mente y se despertó, a la mañana siguiente, sin habérselo quitado de la cabeza. Recordó que Holden había ido a su casa por vez primera debido al sentimiento protector que tenía hacia su tía. No, estaba segura de que no iba a gustarle la idea.

Jazzlyn trató de enfadarse, pero amaba a Holden y además, dado el número de matrimonios de su padre, no podía evitar comprender el punto de vista de Holden.

Se preguntó si Holden lo sabría ya. Al levantarse, lamentó de nuevo el no habérselo dicho ella misma el día anterior. La llamada había terminado alegremente y ella quería guardar en su memoria su tono de voz, sus bromas.

Se acercó a la ventana y se quedó mirando fuera. Parecía que iba a ser un día precioso. Se apartó de la ventana para ir a darse una ducha, pero volvió a su habitación pensativa. Le apetecía dar su paseo habitual, pero quizá tendría que recoger sus cosas.

Jazzlyn sacó su maleta. Se iría, de todos modos, dos días después. A pesar de que Holden le había pedido que se quedara y terminara allí sus vacaciones, tenía el presentimiento de que no se mostraría tan amable cuando supiera las últimas noticias.

Recogió su ropa con tristeza. Allí, en aquella casa, se sentía muy cercana a Holden. Una vez que se marchara de allí, no sabía cuándo volvería a verlo.

Había posibilidades de que coincidieran en la boda de su padre, fuera cuando fuera. Por lo que había apreciado, Holden quería demasiado a su tía como para negarse a acompañarla en un día tan especial.

Cerró la maleta con los ojos húmedos. Después fue a la planta

baja. La señora Williams había bajado antes que ella y estaba ocupada en la cocina.

—¡Creí que era su día libre! —protestó Jazzlyn, observando que el agua estaba a punto de hervir.

—Sólo haré su desayuno y luego…

—Yo lo haré para usted —contestó Jazzlyn con firmeza, contenta de tener a alguien con quien hablar los quince minutos siguientes.

Eso le haría olvidar sus preocupaciones.

Una vez que despidió a la señora Williams, sin embargo, la desesperación volvió a atacarla. ¡Puede que no volviera a ver a Holden después de la boda! Holden había dicho que el trabajo le mantendría lejos de allí unos días, eso quería decir que no volvería a Sandbanks hasta el día siguiente, como poco. Pero Jazzlyn ya no sabía si obedecer a su corazón y permanecer más tiempo, o hacer caso a su conciencia, a su orgullo y marcharse.

Pero el orgullo era débil en asuntos de amor y, como parecía que ella estaba buscando disculpas para quedarse, encontró una a su medida. Nancy no trabajaba aquel día y como la señora Williams no regresaría hasta aquella noche, le había dado un par de llaves, para que si Jazzlyn deseaba salir, pudiera cerrar la casa. De manera que, a menos que Holden telefoneara y le ordenara que se marchara, ella no tenía otra opción que quedarse hasta que la señora Williams regresara aquella noche para devolverle las llaves.

Aquella mañana, un poco más tarde de lo habitual, Jazzlyn cerró la puerta de casa y salió a dar su paseo. Había caminado por aquella playa con Holden, recordó. También se acordó de aquella vez en que se bañaron vestidos. Luego vio la imagen de Holden vestido elegantemente para ir a cenar. ¡Lo amaba tanto…!

Jazzlyn seguía amándolo, seguía recordándolo… mojado, riendo, descuidado… Lo amaba de todas las maneras. Cuando una hora más tarde regresó sobre sus pasos, estaba llorando. No quería marcharse de allí. No iba a querer marcharse jamás. Pero debía hacerlo.

Estaba tan triste y tan sumida en sus pensamientos que no se dio cuenta de hacia dónde se dirigía. Entonces su corazón palpitó muy deprisa. ¡Estaría completamente sola en aquella casa todo ese día! De repente vio que había alguien allí.

Jazzlyn tragó saliva al ver a un hombre salir del edificio y caminar hacia ella.

¡Que alguien la ayudase! ¿Era Holden? Debía de haber salido de Londres muy temprano para estar allí a aquella hora. ¿Habría ido a decirle personalmente que sus vacaciones habían terminado? ¡Cómo desearía en esos momentos haber hecho caso de su conciencia y haberse marchado!

El hombre seguía caminando hacia ella. Jazzlyn también iba a su encuentro. A los pocos minutos, y por su forma de caminar, la muchacha estaba segura de que era Holden.

Trató de pensar rápidamente en algún comentario inteligente, algo así como: «He ido a mirar el mar por última vez antes de que mi taxi llegara». Pero a medida que se acercaba, sus ideas se hacían más confusas.

Aunque pareció que Holden tampoco parecía tener mucho que decir. Cuando llegaron el uno enfrente del otro, ambos se detuvieron y él se quedó mirándola. Ella lo miró a su vez. Él no dijo nada. No sonreía.

—Pensé que, como la señora Williams va a estar fuera todo el día, te gustaría tener compañía —murmuró él, después de algunos segundos.

Jazzlyn apartó la vista de él, para que no se diera cuenta de cómo le habían afectado sus palabras. En vez de la hostilidad que esperaba, Holden llegaba con el mismo buen humor que había demostrado durante la llamada del día anterior. Se mostraba amable y hablaba en tono de broma.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó ella, cuando finalmente pudo encontrar su voz.

—Ahora mismo —contestó—. ¿Qué tal estás?

—Bien —replicó—. Bien —repitió, alzando los ojos.

Él, entonces, sonrió y ella se enamoró de nuevo.

—¿Mi novia-compañera va a hacerme una taza de café? —quiso saber.

—¿Ahora?

La respuesta de él fue dirigirse hacia la casa. Así que ambos comenzaron a caminar.

—¿Has descubierto quién era?

—Sí —contestó.

—¿Estaba enfadada? —preguntó, sintiendo que lo amaba desesperadamente, sintiéndose celosa de la mujer que lo había llamado el día anterior, queriendo saberlo todo.

—Hemos roto nuestra relación —contestó Holden, y parecía muy contento.

—Lo siento.

—Yo no lo siento —replicó él.

Y parecía tan alegre que Jazzlyn comenzó a olvidar todas sus preocupaciones. Todo, excepto que él estaba allí. Si se pensaba quedar, y parecía que sí, entonces iba a aprovechar bien aquel día. No parecía que fuera a echarla y ella necesitaba, deseaba, tiempo para estar con él.

Cuando llegaron a la casa, a Jazzlyn se le ocurrió que estaba tan contenta que debería tener que cuidar de sus palabras y sus miradas. Sería horroroso que Holden adivinara lo que sentía por él.

—¡Voy a preparar el café! —exclamó, dejando a Holden en el salón y dirigiéndose a la cocina.

—¿Quieres que te ayude?

—¿Por qué cambiar las costumbres de toda una vida?

La muchacha desapareció riéndose y diciéndose una vez más que tenía que tener cuidado para no descubrirse. Se concentró en hacer el café.

Holden llevó la bandeja al estudio. Una vez allí, cuando ambos estuvieron sentados con una taza de café en la mano, Jazzlyn se atrevió a mirar a Holden a los ojos.

—¡Pareces cansado! —exclamó Jazzlyn, sin pensar.

—Soy un hombre muy ocupado —contestó, solemnemente, pero con un brillo especial en los ojos.

—¡Trabajas demasiado! —le reprochó—. ¿O haces que trabajas?

—¿Cómo te atreves a decir eso a una persona importante? —replicó él.

Jazzlyn pensó que le encantaba estar con él, que era tan fácil… Sólo tenía que sonreír. Entonces se acordó de algo, y su sonrisa se apagó.

—¿Has hablado últimamente con Grace? —preguntó. No quería hablar sobre ello, pero tampoco podía prorrogarlo más.

—Hablamos por teléfono ayer —replicó, con una expresión seria.

—¿Entonces ya lo sabes?

—¿Que tu padre piensa casarse con ella?

—Es una decisión conjunta.

—¿He dicho que no lo fuera?

—Dijiste… —Jazzlyn se detuvo, no quería discutir con él—. Es tu día libre. ¿Discutimos ahora o más tarde?

—¿Quién quiere discutir?

—¡Puedo ponerte más azúcar en el café!

—Estás pidiendo que te castigue. Podría hacerlo con un beso.

—¡Si, castígame! —replicó ella, riendo. Pero en seguida se puso seria—. Holden, te lo digo en serio, creo que se llevan muy bien.

—¿Cómo estás tan segura?

—Conozco a mi padre. Sí, es cierto que ha tenido dos matrimonios fallidos, en los que yo sólo vi peleas como parte de la vida diaria, pero…

—¡Te hicieron daño! —interrumpió repentinamente.

—¿Quién?

—Tu padre, sus mujeres. Ellos te…

—¡Él nunca tuvo un harén!

—¡Lo que tenía era la responsabilidad de educar a una niña sensible! ¿Tiene idea de lo que te ha hecho a ti?

—No me ha hecho nada…

—Él, sus mujeres, las peleas continuas te han hecho una persona incapaz de confiar en nadie.

—¡No es verdad! —le interrumpió, acalorada.

Jazzlyn se levantó. Ya no quería tomar café.

—¿Entonces ya has cambiado de idea acerca del matrimonio? —dijo él, también levantándose y caminando alrededor de la mesa.

Ella sintió deseos de marcharse corriendo, pero era una persona fuerte y no quería escapar.

—No —contestó, mirándose a los pies, sintiéndose la persona más desgraciada del mundo.

—Vamos, Jazzlyn. Ven aquí.

Y de repente, los brazos de Holden se extendieron hacia ella. Jazzlyn se quedó inmóvil.

Pero Holden se acercó y la abrazó, animándola a que descansara contra su pecho. Ella se abandonó. ¿Harían los amigos ese tipo de cosas? No lo sabía. Ya no sabía nada… solo que los brazos de

Holden eran el Paraíso.

Contra su voluntad, Jazzlyn se acercó un poco más y apoyó la cabeza contra el pecho masculino. No quería discutir con él. Además, estar en sus brazos era tan maravilloso que ya se había olvidado de lo que estaban discutiendo. Por unos minutos Jazzlyn supo lo que era la paz.

Luego creyó sentir un beso en la cabeza. Se sintió confundida y una parte de sí le aconsejaba apartarse, mientras otra parte le decía que estaba exactamente donde debía estar. De repente, se estremeció y la magia pareció desvanecerse.

Holden se apartó ligeramente y la miró, abrazándola todavía.

—¿Te apetece un baño?

Ella parpadeó. ¡Pero si estaban en medio de una discusión! Era un hombre encantador, desde luego.

—¡Eres un canalla!

—Lo sé —admitió, con una sonrisa en los labios—. ¿Nos vamos a dar un chapuzón?

La muchacha tuvo que reírse.

—Vuelvo en cinco minutos —contestó.

Entonces fue a su dormitorio a cambiarse de ropa. Holden había dicho que era sensible, pero él era muy sensible también. Enseguida se daba cuenta de por qué estaba enfadada y, en vez de seguir discutiendo, la abrazaba cariñosamente.

Iba a tener que vigilarse a sí misma, iba a tener que disimular sus sentimientos. Y en ese momento se sintió débil. Él pronto se daría cuenta de su infelicidad y adivinaría todo. De pronto, se dio cuenta de que su voluntad se debatía entre el deseo de reunirse con él para darse un baño y el miedo a hacerlo.

Pero la posibilidad de no volver a verlo después de la boda de Grace con su padre, la hizo decidirse por el baño. Aunque, quizá por ese sentimiento de fragilidad, eligió ponerse un bañador de una pieza, en vez del bikini.

Así que, acompañada de una enorme toalla, Jazzlyn dejó su habitación y fue al piso de abajo, donde Holden estaba esperándola. También él se había cambiado y Jazzlyn se fijó en sus anchos pectorales. Se dio cuenta de que él miraba sus piernas y se puso nerviosa, sin saber la razón.

—Eres muy rápido en cambiarte de ropa —dijo ella.

—¡Tienes unas piernas preciosas!

—No me puedo quejar —replicó ella, con modestia.

Por un acuerdo silencioso y mutuo, no volvieron a mencionar el matrimonio de sus familiares. Jazzlyn no tenía la intención de dar paso a una nueva discusión. Era muy duro para ella pensar en la posibilidad de dejar de ser su amiga.

Así que nadaron, bucearon y disfrutaron del agua hasta que Holden decretó que Jazzlyn se quemaría si permanecía más tiempo al sol. Ella, por su parte, no quería volver a la casa, aunque quería estar donde él estuviera.

—Lo dices porque piensas en la comida.

—Ahora que lo mencionas…

Volvieron a la casa y se separaron en el vestíbulo, para cambiarse en sus respectivas habitaciones.

Jazzlyn oyó correr el agua de la ducha en la habitación de Holden antes de que le diera tiempo a quitarse el bañador mojado. Desde luego, era muy rápido.

Jazzlyn esbozó una sonrisa bajo el agua, mientras se quitaba la arena de su cabello rubio.

Su cabello brillaba cuando, después de secarse el pelo en el cuarto de baño, y vestirse, bajó a la cocina.

Una vez allí, vio a Holden ya ocupado con una sartén.

—¡Estás cocinando!

—¿Qué te parece un sándwich de beicon y un helado?

—¡Estupendo!

—Tú puedes poner la mesa.

Aquella fue la mejor comida que jamás hubiera probado Jazzlyn. Nunca le habían parecido tan exquisitos los sándwiches de beicon, ni nunca el helado tan cremoso. Era cierto, lo amaba.

No hablaron de nada, simplemente hicieron bromas y rieron mucho. Decidieron no poner el lavavajillas y Jazzlyn lavó los platos, mientras que Holden los secaba. Estando tan cerca. Jazzlyn temió de repente el riesgo de demostrarle lo mucho que le gustaba.

—Eso es todo, creo. Ahora iré a aclarar el bañador —dijo, al terminar, Jazzlyn.

Entonces se fue, pensando que era su día libre, y que aunque había dicho que su visita era para hacerle compañía, seguro que quería estar solo algún rato.

En su habitación, aclaró el bañador y se limpió los dientes. Al acabar, pensó en qué otra cosa hacer para no agobiar a Holden con su presencia.

Ordenó su habitación, pensando en que sólo quería estar al lado de Holden. Empezaba a sentirse débil y asustada, como si algún sexto sentido le aconsejara mantenerse alejada de Holden. Pero ¿por qué lo amaría tanto? Finalmente, se acercó a la ventana, luchando contra los dictados de su corazón.

Por el rabillo del ojo vio que algo se movía en la parte izquierda y sintió una mezcla de alivio y enojo.

Vio a Holden caminando en la distancia, más o menos donde se habían encontrado aquella mañana. Ella deseó ir con él.

Pero en lugar de ello, se puso el bikini, los pantalones cortos y se dirigió, con la esterilla, hasta las dunas.

No le sorprendió lo más mínimo descubrir, cuando llegó allí, que se le había olvidado la sombrilla que usaba para protegerse del sol. No era un problema. Colocó la esterilla en una sombra y, poniéndose cómoda, abrió el libro.

Media hora más tarde, abandonó el esfuerzo de la lectura. Había conseguido leer quizá dos páginas, pero no podía recordar nada. Si hubiera estado atenta, se sabría el último párrafo de memoria, ya que lo había leído varias veces.

Deseaba profundamente estar con Holden. ¿Así iba a estar toda la vida? El futuro le parecía vacío sin él. Y aún así, no podía lamentar haberlo conocido. Él era sensible y amable, aunque también podía ser cortante. Pero incluso cuando se mostraba cortante y enfadado, como hacía unas horas en el estudio, podía darse cuenta de que ella estaba triste y consolarla entre sus brazos. Allí y por un momento, ella había sabido lo que era la paz.

Y quería experimentarla de nuevo. Quería ser abrazada de nuevo por él. Ella… sus pensamientos se detuvieron bruscamente al oír un sonido cerca. De repente, apareció Holden delante de ella.

—¿Querías estar sola? —preguntó, más alto que nunca, al verlo en aquella posición.

Iba con unos pantalones cortos y una camisa.

—Me gustaría tener compañía —contestó ella, sentándose para dejar sitio a Holden—. ¿No son majestuosas las gaviotas? —añadió, fijándose en un ave que volaba sobre ellos.

—Su vuelo es maravilloso —observó él.

Ella pensó que él se había dado cuenta de su repentina timidez y que estaba bromeando.

—¿Qué tal el paseo? —Preguntó ella, cambiando de tema—. Te vi desde la ventana de mi habitación.

—Una verdadera amiga habría venido conmigo.

—¡Yo soy una verdadera amiga!

—Me imagino que sí —dijo, extendiendo sus largas piernas en la esterilla.

Jazzlyn se tumbó también y cerró los ojos encantada.

—¿Tienes muchas amigas? Bueno, no me refiero a ese tipo de… no me lo dirías, de todos modos, sino a… mujeres como yo… —Jazzlyn lamentó haber empezado aquella conversación—. Alguien con quien estés a gusto.

Él se volvió y la miró fijamente.

—Oh, dulce Jazzlyn. No creo que conozca a nadie como tú.

—¿Debo sentirme halagada o no?

—¿Tú eres como el sol en un día de lluvia! —continuó él.

—Eso son sólo palabras —contestó ella, riendo. Entonces agarró su libro nerviosa, tenía que hacer algo—. Me imagino, sin embargo, que sabes mucho de mujeres, ¿no?

—Creo que sí —dijo él—. Aunque últimamente me he vuelto un poco solitario.

—No lo parece —contestó ella, incorporándose.

—Estás buscando problemas.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y seis. ¿No te parezco un poco viejo para ser tu amigo?

—Treinta y seis es una edad estupenda —replicó ella—. ¿Crees que seguiremos siendo amigos cuando yo cumpla treinta y seis años?

—Haremos un trato ahora mismo. Cenaremos juntos cuando cumplas treinta y seis años.

Ella rió. Le parecía maravilloso.

—Me encantan estas conversaciones absurdas.

—Mujer, no tienes corazón —aseguró él.

Ella notó cierta tensión en el aire y miró a Holden. Miró su boca y sus ojos. Sus ojos que descansaron un segundo en la boca de ella.

Luego apartó la mirada y se sentó tranquilamente, como si la tensión que ella había notado segundos antes, fueran imaginaciones suyas.

—Te está dando el sol. ¿Dónde tienes tu crema protectora? Te pondré en los hombros.

Entonces Jazzlyn se dio cuenta de que la sombrilla no era la única cosa que había olvidado.

—La he dejado en casa.

Y se alegró de no tenerla, ya que se sentía muy frágil. Si Holden le ponía un dedo sobre la piel, se abrazaría a él y no le dejaría escapar.

—Será mejor que vuelva.

—No hace falta.

Jazzlyn pensó que tenía respuesta para todo, ya que, al minuto siguiente, Holden se estaba quitando la camisa. Ella se quedó observando su pecho desnudo. Le apetecía tocarlo.

—¿Qué estás haciendo? —Holden se incorporó y le puso la camisa alrededor de los hombros—. ¿Qué haces? —preguntó temblorosa, sintiendo el calor de la camisa.

—Tú piel es más clara que la mía —explicó, sonriendo.

Jazzlyn estaba nerviosa y se dio cuenta de que él también lo estaba. Holden le empezó a abrochar la camisa, pero no terminó. Al rozarle la piel, pareció sufrir un estremecimiento y comenzó a acariciarle los hombros.

—¡Oh, Jazzlyn! —gimió.

Ella notó las manos de él y se dio cuenta de que él estaba intentando mantener el control. Sólo que ella no quería que se controlara. Deseaba tenerle en sus brazos, que le diera un beso. Uno solo. Un beso para guardarlo en la memoria.

—Yo… —dijo ella.

—¿Qué? —Holden la miró fijamente a los ojos—. ¿Qué, Jazzlyn?

—Yo querría… que me besaras —contestó.

Ella sintió que las manos de él la agarraban con fuerza.

Luego, él acercó el rostro y la tomó en los brazos, mientras la camisa caía al suelo y sus bocas se encontraban. Fue un beso largo y prolongado. Un beso intenso y satisfactorio y aún así, cuando Holden se apartó y la miró a los ojos, ella deseaba más.

—¿Tienes idea de lo que me estás haciendo? —preguntó, con

voz ronca.

Si era algo parecido a lo que él le estaba haciendo a ella, se lo podía imaginar. Jazzlyn esbozó una sonrisa y decidió que le tocaba a ella besarlo. No vaciló, sino que se acercó con seguridad. Holden se acercó también y de nuevo unieron sus labios.

Holden la apretó contra sí y la besó una y otra vez. Ella deseaba sentirlo y abrazarlo, así que tocó suavemente su espalda desnuda. El corazón de la muchacha pareció a punto de estallar.

Holden acarició los hombros de ella, su espalda. Besó su cuello y sus hombros, y la echó hacia atrás para besar sus senos redondos y el hueco entre ellos.

Entonces, los labios de él buscaron de nuevo su boca, exigiendo, ofreciendo, como si no importara nada más. Por suerte, no había nadie más en aquellas dunas excepto ellos dos. El corazón de Jazzlyn palpitaba a toda velocidad, mientras las manos de Holden la acariciaban por todas partes. Llegaron al cierre de la parte de arriba del bikini y se detuvieron.

—¿Puedo? —preguntó, después de besarla.

—No es… algo que yo permita a cualquiera —contestó ella—. Pero tú eres especial —contestó.

—Eres preciosa —dijo él, pero no le quitó inmediatamente la prenda.

La besó con ternura y luego volvió a acariciar su espalda. Finalmente le quitó el sujetador.

La sensación que invadió a Jazzlyn al sentir su pecho desnudo contra el de él, fue demasiado intensa, casi abrumadora.

—¡Me está pasando algo! —exclamó.

Holden se apartó y la miró.

—¿Te preocupa? —preguntó él con voz pausada, mirándola a los ojos.

Ella hizo un movimiento negativo con la cabeza;

—Quiero… que ocurra. Sólo que… es nuevo para mí y… no estoy segura de algunas cosas.

—Yo te guiaré, amor mío —respondió Holden. Al escuchar sus últimas palabras, Jazzlyn experimentó tanta emoción, que deseó ir inmediatamente donde él la llevara.

Ella lo besó y él la besó a su vez, al tiempo que la acariciaba hasta llegar a sus senos palpitantes.

—¡Oh, Holden! —susurró.

—¿Estás bien? —preguntó, capturando los senos de ella con sus manos.

—Nunca he estado mejor. ¿Puedo tocarte?

—Mi cuerpo es tuyo —contestó él, con los ojos brillantes.

Ella acarició el pecho de él y se detuvo en sus pezones. Estuvo a punto de decirle que lo amaba, pero se reprimió. Un segundo después, Holden se apartó para admirar los preciosos pechos femeninos.

Una timidez inesperada la embargó.

—Lo siento. Necesito un poco de tiempo para acostumbrarme a…

—No te preocupes, mi pequeño amor. Ven aquí —añadió él, apretándola contra su pecho.

Seguidamente la tumbó, para protegerla del sol con su cuerpo.

Se puso sobre ella y al sentir sus besos sobre los párpados, se dio cuenta de que las gafas de sol se le habían caído. Ella se estiró y besó sus ojos.

Holden esbozó una sonrisa y besó de nuevo sus senos. Ella lo abrazó y sintió la boca de él sobre sus pezones.

—¡Oh, Holden! —suspiró—. ¿Soy atractiva?

—Eres deliciosa —contestó él, riendo suavemente—. Y una alumna estupenda —susurró, inclinando la cabeza para besar su cintura.

¡Y él era un profesor maravilloso! Jazzlyn se olvidó de todo menos del hombre que amaba. Notó que le quitaba los pantalones cortos y, seguidamente, él se apartó y se quitó los suyos. Ambos quedaron separados sólo por la ropa interior. Holden la besó y luego besó sus senos y su vientre. Luego subió hasta su cuello.

—¿No estás asustada, pequeña? —preguntó, mirándola fijamente.

Ella negó con la cabeza, sintiéndose demasiado emocionada para hablar, sabiendo que lo amaba y que nada importaba ya. Sólo quería que la hiciera suya. Cuando él llevó las manos a su cintura, ella hizo lo mismo. Luego, Jazzlyn sintió las manos de él sobre la braguita y, al intentar hacer lo mismo ella, supo que sería incapaz de meter las manos dentro de su slip.

—No te sientas tímida conmigo —dijo él.

Así que había entendido lo que ella había sentido. Definitivamente, cada vez amaba más a ese hombre.

Jazzlyn esbozó una sonrisa y besó a Holden, para que él supiera que, a pesar de la timidez, seguía deseando que él la hiciera suya.

—Lo superaré —susurró, con voz ronca.

Entonces, poco a poco, el acto amoroso pareció entrar en una fase mágica. Holden siguió besándola y acariciándola, provocando en ella una espiral de deseo.

—¡Holden! —exclamó, apretándose contra él. El puso sus manos sobre sus nalgas, al tiempo que gemía de deseo—. ¡Holden! —repitió, al tiempo que la ponía debajo de él.

—¡Oh, amor mío! —susurró.

Las manos de él bajaron hacia la parte inferior del cuerpo femenino y se hicieron más atrevidas.

—¿Estás bien? —preguntó Holden.

Ella, aturdida por el deseo y el placer desconocido, fue incapaz de contestar inmediatamente.

—Sí, sí —gimió, poco después—. Sí, Holden —susurró—. ¡Te amo tanto…!

Cuando las palabras salieron de su boca, se quedó rígida. ¿Había dicho lo que pensaba que había dicho? ¿Era posible? Holden, por su parte, tampoco lo creyó, por la expresión de incredulidad y la palidez de su rostro.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

¡Como si fuera a repetirlo! De repente, el deseo de hacer el amor se desvaneció. Llevaba únicamente la parte de abajo del bikini, pero fue invadida por un pánico tal que se habría marchado desnuda por no ponerse a buscar la ropa.

Se sintió agradecida, sin embargo, de que Holden se comenzara a incorporar, apartándose de ella. Él parecía muy confundido. Al momento siguiente, ella ya se había marchado. Se fue corriendo de allí, atravesando las dunas, en dirección a la casa. Y no dejó de correr hasta que llegó a su habitación.

Sólo cuando se dio cuenta de que se disponía a darse una ducha de un modo instintivo, como si con eso pudiera borrar lo que había dicho o su escena de amor con Holden, el pánico que la invadía comenzó a disiparse y pudo comenzar a pensar racionalmente de nuevo.

Ella no lo había hecho. No lo había hecho. ¿O sí? ¡Oh, cielos, sabía que lo había hecho! Y eso era el final de todo. Ya podía olvidarse de su amistad. Las lágrimas bañaron sus ojos. Ella se las limpió enfadada. ¡Qué tonta había sido!

Holden no quería que ella lo amara. Y aunque él era demasiado sofisticado como para avergonzarse por ello, estaba segura que después de ese encuentro él rompería la relación con ella. Él había dejado bien claro cómo quería que fuese la relación. Le había dicho que no quería tener ninguna aventura amorosa con ella. De modo que la atracción que él también había confesado sentir por ella se les había ido de las manos por completo.

Jazzlyn sabía que tenía que abandonar la casa. Se lo decía el modo en el que Holden se había quedado esperando en las dunas mientras ella huía de allí. Ella se habría muerto si en lugar de quedarse observando cómo se iba, él hubiera sugerido llevarla a la estación de ferrocarril más cercana. Ella… ¡Oh!…

Todos esos pensamientos se desvanecieron cuando la puerta del baño se abrió, mientras ella seguía en la ducha. En un mismo movimiento, Holden cerró el grifo y la agarró por un brazo. Y Jazzlyn se encontró, de pronto, con que él la estaba sacando del baño.

Holden tenía cierta ventaja sobre ella. Al menos, él llevaba unos pantalones cortos, por lo que sólo estaba desnudo de cintura para arriba. Ella, sin embargo, estaba completamente desnuda. Se le escapó un ruido de alarma. Antes, en las dunas, inmersos en la fiebre de la pasión, a ella no le había importado en absoluto estar desnuda ante él. Pero en ese momento, en el que la fiebre se había enfriado, se sentía más avergonzada que en toda su vida.

Él estaba serio. Se le veía determinado a hacer algo; y ella se imaginaba lo que era. Ella de pronto, sintió vergüenza de que él pudiera ver sus pechos y muslos desnudos.

—¡Una toalla! —pidió ella.

Él agarró una y se la dio.

—¡Tenemos que hablar!

Jazzlyn se sintió un poco mejor al poder cubrirse con algo. Aunque se sorprendió por el tono brusco en la voz de él, después de la escena de amor tan tierna que habían vivido hacía unos momentos.

—Y parece evidente que eso no puede esperar.

—Así es.

¡Qué extraño! Parecía que él no se sentía incómodo después de que ella le hubiera dicho que lo amaba, como ella había creído que se iba a sentir. Pero lo cierto era que tampoco había pensado que se iba a poner furioso.

—Bajaré en cuanto me haya secado el pelo —dijo ella, intentando retrasarlo. No tenía ninguna intención de tener una charla con él para tratar de aclarar lo que había dicho irreflexivamente en un momento de exaltación.

—¡Ahora! —insistió Holden.

¡Eso la irritó! ¿Cómo podía él estar tan enfadado después de lo que habían vivido juntos?

—Por si no te has dado cuenta, estoy todavía prácticamente desnuda.

—¡Sí me he dado cuenta! —replicó él con un tono cortante—. ¡Te doy diez minutos! —la ordenó, mientras abandonaba la habitación.

¡Diez minutos! Jazzlyn gastó los primeros sesenta segundos en quedarse mirando fijamente la puerta por la que él acababa de salir. Luego oyó el sonido de la ducha de él y se puso rápidamente en acción.

Se frotó el pelo rápidamente, sin tiempo para usar el secador, y se lo enrolló en una toalla, mientras se secaba el cuerpo a medias. Eso provocó cierto retraso, ya que la ropa no se deslizó fácilmente debido a la humedad. Pero, finalmente, consiguió vestirse con unos vaqueros y una camisa, y como no iba a maquillarse, ya estaba casi lista para salir. Una vez fuera de Sandbanks ella haría auto-stop o llamaría a un taxi desde una cabina del pueblo. Pero eso no era muy importante. Lo principal era salir de allí sin que el señor *Preguntas Hathaway* intentara sonsacarle la verdad.

Se frotó el pelo por última vez y se lo peinó rápidamente. Luego puso su maleta sobre la cama y la abrió. Gracias a Dios, tenía casi todas sus pertenencias dentro. Recordó que el bañador que había utilizado esa mañana todavía estaría húmedo… Pero ¿por qué diablos se preocuparía por un bañador en esos momentos?, se preguntó, mientras el pánico se apoderaba de ella.

Y al momento siguiente, decidió que todo lo que no estuviera en

la maleta se quedaría allí. Cerró la maleta y se dirigió hacia la puerta.

Bajó las escaleras todo lo deprisa que pudo, ya que la maleta pesaba bastante. Llegó al vestíbulo y giró, dirigiéndose a la puerta principal. Pero su huida fue interrumpida.

—¿No estarás huyendo de mí, Jazzlyn? —preguntó Holden, que apareció ante ella. El hombre parecía estar estupefacto. Su pelo mojado delataba que también él se había duchado para quitarse la arena. Comenzó a andar hacia ella.

—¿Tendría algún motivo para hacerlo? —contestó ella. Después se dio la vuelta y trató de escapar en dirección a la puerta de atrás tan rápidamente como se lo permitió la maleta.

Pero Holden llegó allí antes que ella. Jazzlyn se detuvo a cierta distancia, asumiendo su derrota.

—¿Es por algo que dijiste? —preguntó Holden con tono amable.

—¡Déjame en paz, Hathaway!

—Después —contestó él con frialdad—. Mientras tanto…

¡No tenía escapatoria! Nunca había visto a Holden tan decidido.

Capítulo 8

—Vamos al salón —decidió Holden.

¿Así que iban a ir al salón? Parecía que sí. Porque, a pesar de que Jazzlyn no tenía ninguna intención de moverse de donde estaba, Holden le había quitado la maleta de las manos y la había dejado en el suelo, con cara de llevarla él mismo al salón si hiciera falta. Luego se acercó a ella y la agarró del brazo.

—¡Esto no es necesario! —protestó ella, mientras se soltaba de él.

Él la observó detenidamente.

—Me parece que estás algo nerviosa —dijo, con voz tranquila.

Ella sintió ganas de golpearlo y golpearlo. Él era el responsable de que ella se sintiera tan mal. Además, sabía que iba a herirla aún más, cuando no había ninguna razón para que lo hiciera. ¿Por qué no podía dejarla marchar sencillamente, como si nada hubiera pasado?

—Está bien. Si quieres hablar, hablaremos —se encogió de hombros, intentando aparentar tranquilidad.

Jazzlyn se apartó de la puerta trasera y echó a andar hacia el salón. Decidió que lo iba a negar todo. Holden hizo todo el camino al lado de ella, temeroso de que decidiera escaparse de nuevo.

—Siéntate —la invitó, una vez estuvieron en el salón.

¿Pensaría él que esa conversación iba a ser larga? A la primera oportunidad, ella trataría de escapar, olvidándose de la maleta.

—Mira, creo que no es necesario —protestó, rechazando el ofrecimiento de él.

—¿Eso crees? —preguntó él, estudiándola de arriba a abajo con sus ojos grises.

Ella nunca le había visto tan resuelto. Apartó la vista de él y, suspirando, trató de alejar la conversación del tema que evidentemente Holden estaba tratando de aclarar.

—Somos personas civilizadas, Holden —comenzó a decir en un tono tan casual como pudo. Se sentía sin aliento, como si acabara de correr todo un kilómetro—. Estoy segura de que pronto nos olvidaremos de… Quiero decir, que cuando nos veamos de nuevo en la boda de Grace y mi padre, nosotros…

Jazzlyn hizo una pausa y tomó aliento.

—Nosotros actuaremos de modo que no les arruinemos ese día.

Jazzlyn siguió hablando sin atreverse a mirarlo a la cara. Así que no pudo ver que él la estaba observando asombrado. Holden no sabía cómo podía ella estar hablando en ese momento de algo tan irrelevante.

—En cualquier caso —siguió ella, cada vez más acalorada y sintiendo que necesitaba ese asiento que Holden le había ofrecido un rato antes—. Grace ha estado casada con un marido en el que no podía confiar. Así que necesita alguien que no la vaya a engañar y mi padre es un hombre que no ha engañado a nadie en toda su vida.

Jazzlyn miró ansiosamente a la puerta. Luego miró a Holden.

Él no dijo nada, se limitó a agitar la cabeza. Ese gesto la convenció de que no podría alcanzar la puerta.

—Muy interesante. Pues si somos gente civilizada, lo mejor será que nos sentemos y hablemos tranquilamente.

Jazzlyn abrió la boca para negarse, pero él comenzó a moverse hacia ella, así que tuvo que retroceder hasta que chocó con uno de los tres sofás que había en la habitación. No tenía escapatoria, por lo que decidió que lo mejor sería sentarse como él había sugerido.

Holden agarró una silla y se sentó enfrente de ella.

—Volviendo a lo que ocurrió en las dunas hace unos momentos, tú…

—¡No es justo! —exclamó ella—. Estábamos hablando de Grace y mi padre.

—Tú sí, pero yo no.

—Sí, pero…

—¡Pero nada! —Holden no quería cambiar de tema—. Tú has dicho que me amabas y…

—¡Oh, vamos, Holden! Sabes que para mí era la primera vez que me encontraba en una situación como ésa.

—Échame la culpa, si quieres.

¡Maldita sea! Él sabía perfectamente que su escena de amor había sido un acto que había surgido espontáneamente por ambas partes. Ninguno de los dos podía culpar al otro por ello.

—No puedo hacer eso —contestó ella—. Pero, bueno, tú sabes más de mí que la mayoría de la gente… que la mayoría de las mujeres… y que los hombres, también. Supongo que… —Jazzlyn cada vez tenía más calor—. Supongo que todo el mundo pierde un poco la cabeza en situaciones como esa.

Jazzlyn dejó de hablar. Parecía algo aturdida. Él, sin embargo, parecía tranquilo y seguía observándola.

—Eso es cierto —admitió él.

Jazzlyn comenzó a sentirse algo mejor. Sonrió y pareció relajarse.

—En esos momentos, en medio de la pasión, uno puede decir cosas de las que no es consciente —añadió la muchacha.

Luego, Jazzlyn volvió a inquietarse ante la sonrisa de Holden.

—¿Sí? —preguntó él.

¿Estaría él tratando de jugar con ella? La sonrisa desapareció de los labios femeninos y todos sus nervios se volvieron a tensar. De algún modo, ella parecía darse cuenta de que Holden nunca perdería la conciencia como para decir a una mujer que la amaba si eso no era cierto.

Pero ella no admitiría nada sin luchar antes.

—¡Por supuesto que sí! Además, pensé que como tú tenías tanta experiencia en ese tipo de situaciones… Bueno, creí que estaba obligada a decir eso.

Por fin se atrevió a mirarlo para ver cómo había acogido la mentira que acababa de decirle.

—¿Es que te arrepientes de lo que pasó? —preguntó Holden.

—No entiendo.

Jazzlyn quería que se la tragara la tierra.

—Lo que ocurrió entre nosotros fue algo espontáneo, bello y verdadero. No hubo nada falso en ello y no quiero que tú pienses que sí pudo haberlo.

Ella sabía que lo que había ocurrido había sido que ninguno de los dos había podido contenerse. Pero el hecho de pensar que lo que había sucedido era algo hermoso, hacía que a Jazzlyn le temblaran las rodillas. ¡Pero eso no volvería a ocurrir!

—Perdí la cabeza.

—Ambos lo hicimos.

—Fue tan maravilloso el modo en el que me hiciste perder la conciencia… que… que… Bueno, yo quise darte placer a ti también —ella sabía que se había sonrojado. Pero se obligó a continuar—. Así que pensé en decir algo que podría, sólo en ese momento, por supuesto, darte cierto placer y… —al ver la sonrisa de Holden, ella se dio cuenta de que no podía engañarlo.

—Parece que tienes calor…

—¡Será por la compañía! —contestó enfadada.

—Y tengo que admitir que has estado a punto de convencerme hace un momento —continuó hablando él, como si ella no hubiera dicho nada—, si no fuera porque en estos días he aprendido a conocerte.

A Jazzlyn no le gustó oír eso.

—Espero que te haya gustado… —dijo ella en un tono sarcástico.

—Casi todo —respondió él con una sonrisa—. De hecho, exceptuando un pequeño inconveniente que… —hizo una pausa y a ella le pareció, estaba empezando a observarlo tan detenidamente como él a ella, que estaba algo inseguro de sí mismo cuando continuó hablando—. Que espero que podamos arreglar finalmente.

Ella no quería que él siguiera sonriéndole de un modo tan amable. Hacía que ella se sintiera sin fuerzas.

—Estás hablando de un modo muy enigmático —le acusó ella. De pronto, se había dado cuenta de que si no pasaba al ataque, y seguía manteniéndose a la defensiva, pronto iba a verse metida en serios problemas.

—Yo no lo creo —contestó él, aunque sin explicarse—. Una de las cualidades que he descubierto que tienes y que más aprecio en ti, es tu honestidad.

—¿Debería darte las gracias?

—Y es esa honestidad la que hace que yo sepa que, a pesar de todos tus esfuerzos para hacerme creer que me dijiste que me amabas para… —Hizo una pausa, mientras ella se volvía a sonrojar. Él le acarició la mejilla, pero ella le apartó la mano. Ya tenía suficientes problemas como para encima aguantar el contacto de él. Pero eso no le echó para atrás.

—A pesar de que hayas intentado convencerme de que me lo dijiste porque creías que era oportuno, al estar haciendo el amor conmigo, sé que eso no es cierto.

—¿Ah, sí?

—No me creo, conociéndote como estoy empezando a conocerte, que me dijeras eso, fueran cuales fueran las circunstancias, si no lo hubieras sentido.

Jazzlyn trató de tragar saliva desesperadamente. Tenía que pensar rápidamente y decir algo. Lo mejor sería intentarlo de otro modo.

—¡Es evidente que no me conoces tan bien como piensas! —se encogió de hombros. Luego respiró hondo, tratando de tranquilizarse. Jazzlyn estaba empezando a enfadarse. Porque, de acuerdo, quizá fuese cierto que amase a ese hombre, pero no tenía por qué obligarla a sentarse allí y hablar de ello—. Y en cualquier caso, ¿cuál es el problema? —le preguntó, tratando de adivinar por su aspecto lo que él estaba pensando. Pero él se mostraba completamente inexpresivo—. No creo que importe demasiado lo que dijéramos durante nuestro encuentro en la playa ahora que ya nos hemos tranquilizado y…

Su voz se apagó. Y al sentirse observada de nuevo por Holden, su enfado se fue junto con su voz. Hizo intentos de levantarse. Quería irse. Pero Holden le impidió que se levantara, de un modo educado, aunque firme.

—¡Todavía no! Siento que estés tan nerviosa, pero creo que te equivocas al pensar que lo que dijiste en la playa se debió a lo acalorados que estábamos en ese momento y que lo que de verdad cuenta, cariño, es que…

El corazón de Jazzlyn casi se para cuando oyó lo de «cariño» y se quedó mirándolo fijamente. Parecía que era el turno de que él se quedara sin voz. Sin embargo, la recuperó mientras la miraba con sus ojos grises.

—Lo que de verdad cuenta, Jazzlyn, es que tú me importas.

Ella se quedó mirándolo extrañada. Luego apartó la mirada para que él no pudiera leer los sentimientos que las palabras de él habían despertado dentro de ella. ¿Que le importaba? ¿Qué quería decir con eso? ¿Que le importaba porque eran amigos?

—¿Quieres decir que yo te atraigo? —pudo decir ella

finalmente, sin poder razonar debidamente.

—Me sentí atraído por ti desde el primer momento —confesó Holden, mientras la miraba fijamente. Jazzlyn tuvo que tragar saliva al notar su mirada.

—¿Desde el primer momento?

—Así es.

—¿Desde que viniste a casa? —su cerebro no parecía funcionar correctamente. Tenía que procesar la información despacio.

—Sí, desde que fui a tu casa por primera vez. Me abriste la puerta y, por primera vez en mi vida, me quedé sin habla.

—¿Por mí?

—Por ti. Por lo guapa que eres.

Ella abrió los ojos asombrada.

—Pero tú debes conocer a muchas mujeres guapas…

—Pero ninguna había hecho que mi corazón latiera del modo en que lo hizo cuando me abriste la puerta aquel día.

La cabeza de Jazzlyn se quedó flotando en las nubes durante unos instantes.

—Tú… er… le dijiste a mi padre que habías ido a preguntarle por la cena de cumpleaños de Grace —comentó Jazzlyn, que apenas podía sostenerse en pie.

—Jazzlyn, lo único que quiero es ser sincero contigo y ya te pedí perdón por haber mentido a tu padre.

—Viniste para comprobar qué clase de hombre era.

—Así fue y… —se le quebró la voz—. ¡Diablos! Sabía que no iba a ser nada fácil… y todavía no he empezado.

—Si quieres, me puedo marchar.

—¡Ni hablar! —Contestó él antes de que ella pudiera pestañear siquiera—. No volveré a tener esta oportunidad de nuevo.

—Sin nadie alrededor y conmigo como única oyente cautiva.

—Es cierto. Y he sufrido ya bastante como para dejar escapar esta ocasión.

—Que tú has sufrido… —de nuevo el cerebro no le funcionaba como era debido. Quizá si él se echara un poco hacia atrás, podría recuperar parte de sus facultades.

Para su sorpresa, él volvió a retomar lo que estaba diciendo antes. Era como si quisiera aclarar todo lo que había pasado entre ellos.

—Te estaba diciendo que fui a tu casa ese primer día después de haber hablado por teléfono con mi madre. Yo estaba preocupado ya, en cualquier caso. Sabía que mi tía era una mujer muy crédula. Se había pasado años creyendo las mentiras de Archie Craddock. Así que decidí comprobar qué clase de hombre era ese Edwin Palmer, que se había casado tres veces.

Jazzlyn ya sabía que esa noche Holden había ido a comprobar quién era su padre. También recordó que se había enfadado con él al enterarse de ello, aunque al darse cuenta de que Grace era una mujer algo ingenua, le perdonó y pensó que ella habría hecho lo mismo.

—Lo que me pregunto es por qué invitaste a mi padre a la cena de cumpleaños de tu tía.

—La verdad es que no tenía intención de hacerlo cuando llamé a la puerta —confesó él—. Pero luego, te vi y al poco de empezar a hablar con tu padre, sugerí que podíamos ir los cuatro a celebrar el cumpleaños de mi tía.

—Creí que yo había sido incluida a última hora.

—Cariño, tú fuiste la primera en la que pensé.

—¡No, Holden! —gritó ella. Ese «cariño» ya era suficiente. Lo mejor era que él no siguiera.

Él, como respuesta, se levantó de la silla en la que había estado sentado y se sentó en el sofá junto a ella.

—No te preocupes —la tranquilizó, tomándole una mano—. Te prometo que estoy intentando hacer bien las cosas. Y que tú eres la última persona a la que yo querría hacer daño.

—¡Entonces deja que me marche! —le rogó.

Jazzlyn sentía dentro de ella un temblor que la advertía de que si él seguía agarrando así su mano, ella podría confesar en cualquier momento que estaba profundamente enamorada de él.

—No puedo hacerlo —se negó Holden.

—¿Qué no puedes?

—Quiero saber si he ocultado tan bien mis sentimientos como para que tú no supieras lo que significabas para mí.

¡Oh, Holden! ¿Sería sólo preocupación? ¿O sería la preocupación que siente un enamorado? Esa era una pregunta que ella no podía hacer, que no se atrevía a pronunciar.

—Yo… er… no sabía que tú podías sentir algo especial, por mí.

Él, por toda respuesta, se acercó y la besó en los labios. Fue un beso breve. Ella se quedó mirándolo fijamente, completamente asombrada.

—Mi dulce Jazzlyn, me imaginaba que no lo sabías, pero tienes que creerme si te digo que he estado agobiado por toda clase de sentimientos y emociones referidos a ti.

Ella no podía creérselo, a pesar de que él había dicho que quería ser sincero con ella. No creía posible que él se hubiera visto tan aturdido por sus sentimientos hacia ella, como ella se había visto por lo que sentía hacia él.

—¿Cómo cuáles? —ella no pudo contener su curiosidad.

—¿Por dónde quieres que empiece? Sentía unos celos horribles. Un…

—¿Unos celos horribles? ¿Desde cuándo tienes tú celos de mí?

—¿Desde cuándo crees tú? —Respondió él, con una sonrisa amable en sus labios—. Cuando Rex Alford te besó en la mejilla y comenzó a flirtear contigo…

—¿Sentiste celos de Rex?

—Sí, estaba furioso —admitió Holden.

—¡Pero si tú y yo apenas nos conocíamos entonces!

—Ya lo sé. Pero me volvió loco el verte reír con otro hombre. Y luego, el resto de la cena del cumpleaños de mi tía, lo pasé como en un estado de encantamiento.

—En un estado de encantamiento? —Jazzlyn lo miraba como si estuviera hipnotizada.

—Cariño, también a mí me resultó extraño. Esa sensación era completamente nueva para mí. No sabía lo que me estaba pasando.

—Yo no… —Jazzlyn sintió su garganta completamente seca y tuvo que tragar saliva para poder continuar—. ¡Yo no tenía ni idea!

Luego lo miró fijamente a los ojos y su corazón que había estado latiendo a toda velocidad durante toda la conversación, comenzó a latir todavía más rápido. Ella vio en esos ojos grises que estaba siendo sincero. La miraba como pidiéndole que creyera en él, que confiara en él.

—¿Y cómo podrías haberlo sabido —preguntó él—, si todos mis esfuerzos iban dirigidos a ocultarlo? Y, cariño, te puedo asegurar que fue un verdadero suplicio no poderte decir lo que sentía por ti.

Ella tosió por los nervios. Eso que sentía por ella, ¿sería amor?

Pero todavía no se lo podía preguntar. Le asustaba que la inmensa alegría que sentía dentro de ella y que luchaba por salir, se quedara finalmente en nada.

—Pues lo hiciste realmente bien —susurró ella.

Holden la besó con suavidad otra vez.

—Mi dulce Jazzlyn, aquella noche no dormí siquiera, tenía que ordenar mis ideas.

—¿Y lo intentaste?

—Apenas. Mi cabeza no podía dejar de dar vueltas. Yo quería volver a verte, pero como acabábamos de pelearnos en el aparcamiento… Además, como tú eras tan cautelosa con tus relaciones.

—Eso no es cierto.

—¿Con cuántos hombres has quedado más de tres veces?

Él tenía razón. Pero…

—¿Es que tú querías verme más de tres veces?

—Pues sí, quería verte muchas más veces. ¿Es que no te he dicho que me tenías sumido en un estado de encantamiento?

—¡Oh, Holden!

—No te preocupes, amor mío. Nunca te haré ningún daño.

De lo único que ella se preocupaba en esos momentos era de que su estado de confusión la impidiera entender lo que él realmente estaba queriendo decir. Sería maravilloso que Holden estuviera enamorado de ella. Pero a pesar de que veía en los ojos de él que estaba diciendo la verdad, sentía cierto miedo instintivo dentro de ella. Era como si tuviera miedo de confiar en él.

—Y luego dejaste pasar una semana antes de contactar de nuevo conmigo —recordó ella—. Y me dijiste que fue porque una mujer codiciosa andaba persiguiéndote.

—Mentira, todo aquello fue mentira. De haber existido aquella mujer, yo habría sabido manejar la situación sin tu ayuda.

—¿Me estás diciendo que no había ninguna…?

—No te volveré a mentir nunca más —le prometió.

Jazzlyn parpadeó al oír eso ya que esa promesa significaba que, aunque él no quisiera que mantuvieran una relación amorosa, al menos querría que siguieran siendo amigos en el futuro.

—Pero cuando uno miente es porque quiere obtener algo a cambio —terminó él, con una sonrisa.

Ella lo miró sin saber qué decir.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó finalmente.

—Porque quería estar contigo, Jazzlyn —admitió él algo nervioso, mientras le agarraba ambas manos entre las suyas—. Quería que nos conociéramos el uno al otro. Pero ¿qué oportunidad tenía cuándo sabía que tú, aún teniendo la suerte de que aceptaras salir conmigo, me dirías adiós después de nuestra tercera cita?

—¡Cielo santo! —exclamó, sorprendiéndose de su razonamiento.

—Lo sé. Yo también me sorprendí de que pudiera ser tan enrevesado, pero es que nunca antes había estado enamorado. Así que pensé que si te convencía para que salieras conmigo sólo para defenderme de una mujer que iba buscando mi dinero… —él se paró—. ¿Qué te ocurre? Pareces aturdida. Lo único que pensé es que si tú aceptabas, eso no contaría como una cita, pero…

—¿Qué… qué es lo que has dicho?

—¿Acerca de por qué te mentí?

—No. Has dicho algo acerca de que nunca habías estado… enamorado antes de… er…

—Sí, lo he dicho, pero… —volvió a quedarse en silencio—. ¿Ves lo que has conseguido? No sé ni dónde estoy. Creo que he estado contándote todo acerca de por qué me importas tanto y por qué te quiero tanto.

«Me quiere. ¡Dios mío, me quiere!». Jazzlyn se quedó mirándolo fijamente.

—¡Oh, cariño! Mi querida Jazzlyn, eres mi vida. Te quiero. Te amo tanto que me hace perder el sentido —confesó él apasionadamente.

—¡Oh, Holden! —susurró ella.

Él la besó.

—Y tú me amas a mí, ¿no es cierto? No estabas mintiendo cuando lo dijiste antes, ¿verdad?

—No, no estaba mintiendo —confesó ella tímidamente.

Holden parecía que iba a besarla de nuevo, aunque parecía que había algo que le preocupaba aún más.

—¿Te importaría repetirlo? —le pidió con el rostro tenso.

Ella esbozó una sonrisa.

—Te amo. ¡Oh, Holden Hathaway, no sabes cómo te amo!

—¡Jazzlyn! —se abrazaron—. Jazzlyn, Jazzlyn —repitió su

nombre, mientras la besaba en la frente. Luego la miró a los ojos—. ¿Estás segura?

—Completamente. ¿Y tú?

—Este momento no se me olvidará jamás. ¿Y desde cuándo? —le preguntó.

—¿Qué cuando supe que estaba enamorada de ti?

—¿Por favor?

—Desde la otra noche, el lunes pasado. Cuando tú estuviste arreglando el televisor.

—¡Oh, Jazzlyn, mi amor! ¡Entonces fue esa noche tan maravillosa! ¡Oh, no sabes cómo deseaba quedarme contigo esa noche!

—Pero te fuiste…

—Tenía que hacerlo. Te amaba tanto, te deseaba tanto… y aún así tenía miedo de entrar en un terreno tan peligroso.

—¿Porque no sabías que yo te amaba?

—Porque, cariño… —comenzó a decir, pero luego se quedó pensativo un buen rato—. Porque, Jazzlyn, del modo en el que yo te amo, quiero que seamos algo más que simples amantes.

Ella lo miró fijamente. Se dio cuenta de que volvía a tener la boca seca.

—Me dijiste una vez que no querías tener una simple aventura —recordó ella.

—Así es. Pero al mismo tiempo, estoy algo asustado de decirte lo que quiero porque no sé si tú te puedes asustar.

—Vuelves a hablar de un modo enigmático.

—Tú tienes la culpa, Jazzlyn. Antes de conocerte, yo era un hombre con una vida ordenada y honrada.

—¿Y yo te he cambiado?

—Antes de conocerte, nunca se me habría ocurrido invitar a mi tía con segundas intenciones a que pasara sus vacaciones aquí.

—Pero Grace ya había venido de vacaciones a Sandbanks anteriormente.

—Cierto. Sólo que esta vez fue diferente. Mi tía Grace me contó que ese Tony Johnstone no paraba de telefonearte y que ella te había sugerido que te marcharas por un tiempo. Y yo, por mi parte, estaba pensando cuál sería el mejor modo de volver a verte. Así que se me ocurrió que lo mejor sería invitar a mi tía y a tu padre a que

se tomaran unas vacaciones en mi casa.

—¿Pensaste que Grace me invitaría?

—Estaba seguro de que lo haría. Así como sabía que ella tendría el tacto de preguntarme si me importaba.

—¡Cielo santo! ¿Y no te importaba? ¿Tú querías que viniera aquí?

—Cariño, si tú venías a Sandbanks, yo podía tomarme unos días de vacaciones y así podría verte todos los días sin tener que pedírtelo. Además, así nos conoceríamos mejor el uno al otro. Y quizá tú aprendieras a confiar en mí.

Holden hizo una pausa.

—Te amo tanto… —añadió cariñosamente.

—¡Oh, Holden! —se volvieron a abrazar—. Grace no me dijo nada de que esta casa era tuya —murmuró Jazzlyn, encantada de estar entre sus brazos y de sentir sus besos tiernos—. ¿Le pediste que no me lo dijera?

—Mi tía, como ya sabes, es una mujer de lo más ingenua. Y yo sabía que su mayor preocupación era conseguir que te alejaras de Tony Johnstone y pudieras descansar una temporada. Y yo esperaba estar ya aquí antes de que tú lo descubrieras. Aunque es cierto que yo le sugerí que quizá tú estarías más relajada si no sabías quién era el dueño de la casa.

—¿Y Grace estuvo de acuerdo?

—Dijo que haría lo que pudiese, pero que no quería tener que mentir. Así que tendría que decírselo a tu padre. Aunque añadió que como él era tan encantadoramente distraído, quizá no se enterase bien del todo.

—Fuiste muy listo, ¿verdad? —Jazzlyn parecía asombrada del modo en que él había planeado las cosas.

—Soy un hombre enamorado, cariño. Un hombre locamente enamorado y necesitaba estar contigo. Como ya te he dicho, el traerte aquí a Sandbanks fue una idea muy buena.

—¡Te quiero! —exclamó ella con los ojos llenos de amor.

Dio un suspiro y vio que Holden la estaba mirando también con ojos tiernos. Se fundieron en un nuevo abrazo y se volvieron a besar. Fue un beso largo y apasionado, después del cual, Jazzlyn tuvo que tomar aliento.

—¿A ti también te pasa que no sabes dónde estás? —preguntó

Holden.

—Estoy flotando —contestó ella, con una sonrisa.

—Te adoro.

Se volvieron a besar.

—¡Me alegro tanto de que regresaras hoy…! —dijo ella, después de recuperarse del maravilloso beso.

—Y yo también, cariño. Yo no quería irme. No puedes imaginarte lo que me costó abandonarte el martes.

—Me diste un beso de despedida —murmuró ella, como si estuviera soñando—. Un amable beso de despedida. Pero tenías que trabajar, ¿no?

—No mi amor, el martes no me marché porque tuviera que volver al trabajo.

—¿No? —preguntó ella, sorprendida.

—Es que, si te acuerdas, nos habíamos besado. La noche anterior, cuando yo entré a tu habitación para arreglarte el televisor, nos besamos. Y yo, que estaba locamente enamorado de ti, necesitaba más que un beso para calmar el dolor que sentía por ese amor.

—¡Oh, cariño! —gimió ella. Su voz parecía la de un alma en pena. Jazzlyn le dio un beso. Sencillamente, necesitaba hacerlo.

—Si vuelves a hacer eso, me olvidaré de lo que estamos hablando —dijo él, sonriendo tiernamente.

—Estábamos diciendo… Bueno, tú estabas diciendo que… er… si recuerdo bien… que tú no te habías marchado el martes porque tuvieras que trabajar.

—Eres una chica lista. Pues bien, es cierto. No me marché porque tuviera que trabajar, sino por el bien de mi salud.

—¿Tu salud? —preguntó, intrigada.

—Después de besarnos aquella noche. Después de aquel maravilloso beso, yo quería hacerte mía. Quería hacerte el amor.

—¿Y por qué no lo hiciste? —preguntó ella tímidamente, sonrojándose ligeramente.

—Mi amor, cada vez te quiero más. Ni siquiera intentas fingir.

Ella sonrió al darse cuenta de que él se refería al hecho de que al no disimular sus sentimientos, no se habría opuesto si él hubiera decidido hacerla suya aquella noche.

—Te quería tanto… —continuó él—. Te deseaba tanto que tuve

que alejarme de ti para poder tranquilizarme. Para poder pensar más fríamente. Te deseaba tanto que no podía ni pensar estando contigo. Sin embargo, mi instinto me decía que me estaba equivocando —la besó en la cara—. Yo quería algo más que hacer el amor contigo. Tú dijiste que yo te gustaba más que ningún otro hombre que hubieras conocido antes y yo quería algo más que eso también.

—¿Querías que yo te amase?

—Te quería a ti —dijo, mientras la agarraba con firmeza y la miraba fijamente a los ojos—. Te quiero a ti. Y quiero que compartas mi vida para siempre, Jazzlyn.

Ella se sobresaltó. Luego tragó saliva.

—¿Es eso lo que quieres?

—Así es —afirmó. Jazzlyn nunca lo había visto tan decidido—. No he estado tan seguro de nada como lo estoy de esto. Me marché el martes porque sentía tal deseo que pensé que podía arruinar toda oportunidad de conseguirlo. Pasé despierto toda la noche del lunes, deseándote. Como te he dicho, no podía pensar correctamente y necesitaba marcharme para tranquilizarme un poco.

—¿Y conseguiste tranquilizarte y pensar fríamente después de marcharte? Cuando te marchaste, el martes pasado, me dijiste que aunque te sentías atraído por mí…

—Muy atraído —corrigió él, demostrando que no había olvidado una sola palabra de lo que había dicho.

—Muy atraído, pero que no querías tener una aventura amorosa conmigo —Jazzlyn tragó saliva—. ¿Has cambiado de opinión ahora?

—No —contestó él.

—¡Oh! —murmuró ella—. Er… ¿quieres que seamos, sencillamente, buenos amigos?

—¿Abrazándonos del modo en el que lo estamos haciendo? Me parece que esto es algo más que ser buenos amigos…

—Estoy algo confundida —admitió ella.

—Y yo temo estar asustándote.

—¿Qué? No entiendo lo que quieres decir.

—Te amo, Jazzlyn. Te amo desde el primer momento. Después de la cena de cumpleaños de mi tía, y a pesar de que nos hubiéramos peleado, mientras conducía de vuelta hacia mi casa, me

di cuenta de que estaba perdidamente enamorado. Pero no sabía cómo acercarme a ti. Así que me inventé aquella mentira.

—Y… decidiste invitarme a cenar.

—Me inventé que había una mujer que iba detrás de mi dinero. Pero todo era mentira. Lo cierto era que te amaba y quería conseguir que tú me amases a mí. Aún ahora soy incapaz de expresar el torrente de sensaciones que tú provocaste en mí. Y no sabes lo fastidioso que fue para mí ser tan paciente mientras mi amor se hacía más y más grande.

—¿Así que ha sido fastidioso el amarme tanto? —preguntó ella, sin terminar de asimilar del todo que Holden la había querido todo el tiempo.

—No tienes ni idea. Sólo bailé una vez contigo durante aquella noche. Pero en cuanto te tuve en mis brazos, perdí el control de mí. Así que no me atreví a bailar contigo de nuevo.

—¡Oh! —a Jazzlyn se le escapó un suspiro.

—Y luego, cuando llegué aquí el sábado, me encontré con que tenías una cita con otro hombre…

—¿Con quién? ¡Ah, te refieres a David Musgrove…! Bueno, te puedo decir, si te sirve de algo, que cuando te vi ese lunes me puse muy contenta.

—Sí que me sirve. Me gustaría que me siguieras diciendo cosas por el estilo.

—¿De verdad?

—De ahora en adelante, siempre seré sincero contigo —prometió él. Luego la besó apasionadamente de nuevo—. No te puedes imaginar las veces que he tenido que ocultar mis sentimientos.

—Pero me gustaría saberlo.

—Bueno, te puedo hablar de las muchas veces que tuve que luchar contra el deseo de estrecharte entre mis brazos. También he sufrido debido a los celos. No fue casualidad que estuviera paseando la noche que saliste con él. Lo que sucedió es que no quería daros la posibilidad de despediros con un beso de buenas noches.

—Pero si tú tenías una cita esa noche…

—No era cierto. Pero prefería que tú pensaras que la tenía.

—Eres… un canalla —le dijo, con tono amoroso—. Pero para ser

sincera contigo…

—Insisto en que de ahora en adelante debemos ser sinceros el uno con el otro.

—Entonces te confesaré que estaba deseosa de saber con quién habías quedado esa noche. Sólo que no quería preguntártelo. Supongo que yo también estaba celosa de ti.

—Eso es música para mis oídos —admitió Holden, con una sonrisa en sus labios—. Como también lo fue el oírte decir a mi vuelta de Londres que me habías echado de menos. ¿Era cierto?

—Me estuve acordando de ti todo el tiempo. Ya sabía entonces que te amaba. Me sentía muy triste. Y cuando ayer te llamó una mujer que yo no conocía, sentí un ataque de celos horrible.

Holden la besó al pensar en lo mucho que ella había sufrido también.

—Perdóname, amor mío, pero no sabes lo que me alegré cuando te llamé y creí notar que tú estabas algo celosa. Me contaste que le habías dicho a esa mujer que tú eras mi novia.

—¿Te molestó que mintiera?

—En absoluto. Estaba encantado. Al notar en tu voz que estabas celosa decidí que tenía que volver de Londres a toda velocidad.

—¿Y, entonces, por qué no has vuelto hasta hoy?

—Porque los nervios no me habían dejado dormir bien ninguna noche y no quería que me dijeras que parecía cansado —confesó él —. Hasta que te conocí, yo no sabía lo que era el insomnio. Pero durante semanas no he parado de pensar en lo que sería estar contigo. Lo que sería besarte, abrazarte y decirte lo mucho que te quiero. Pero parece que ahora… —a Holden se le quebró la voz.

—¿Parece que ahora…?

—¡Oh, cariño! He estado ya demasiado tiempo sorteando esta cuestión… Dos veces estuve a punto de decírtelo, pero me dio miedo la posibilidad de estar equivocado. Además, sabía que tenía que explicarte todo lo que había hecho y tenía miedo de asustarte. Pero… ya no puedo seguir aplazándolo por más tiempo.

Jazzlyn tragó saliva. No tenía ni idea de lo que él quería decirle. Holden estaba muy serio y ella no sabía cómo ayudarle.

—¿El qué? —fue todo lo que Jazzlyn pudo decir.

—Ahora ya sé que tú también me amas. El sábado pasado noté, sin saber si era bueno o no, que el estar cerca de mí te ponía

nerviosa. Fue cuando nuestras manos se tocaron en la pila de la cocina.

—Es cierto —admitió ella. Aunque le pareció extraño que él no sonriera al recordarlo. Holden seguía con el rostro tenso.

—Jazzlyn, amor mío, ese mismo sábado, en el supermercado, me dijiste que no habías conocido todavía al hombre que tú querrías como padre de tus hijos.

Ella se quedó mirándolo fijamente con los ojos muy abiertos.

—Me acuerdo —admitió, mientras se fijaba en la intensidad de su mirada.

—Bien, pues ahora yo quiero saber si me amas lo suficiente para querer ser la madre de mis hijos.

Ella se sintió sin aliento. Luego, al ver que el corazón le latía a toda velocidad, temió que fuera a desmayarse. Se pasó la lengua por los labios secos antes de poder hablar.

—¿Quieres que vivamos juntos?

—Cariño —Holden agitó la cabeza—, quiero algo más.

—¡Oh!

—Quiero que antes de tener hijos, nuestra relación esté legalizada.

—¡Oh! Quieres decir que…

—Quiero decir que me gustaría casarme contigo —terminó de decir Holden. Luego la sujetó cuando ella hizo el gesto instintivo de querer apartarse—. No te alarmes, cariño. Ya sé que aunque yo he querido casarme contigo desde el principio, no te he dado tiempo de que te hagas a la idea, pero…

—¿Tú… has querido casarte conmigo desde el principio?

—Así es. Antes de conocerte, era mi tía quien me preocupaba. Pero una vez nos conocimos, fuiste tú quien me empezó a preocupar.

—¿Yo? ¿Y por qué?

—Porque como sabía que tú no ibas a pensar en llevarme al altar a mí, tuve que pensar cómo podría llevarte yo a ti.

Jazzlyn lo miró sorprendida.

—¡O sea, que es cierto! —ella no podía creerse que Holden le hubiera pedido casarse con ella.

—Sí, es cierto. No te he dicho nada antes porque sabía que tú te asustarías de haber sabido lo que yo estaba planeando. Pero todo

eso se ha terminado. Esta mañana, cuando llegué, estuve a punto de tener un paro cardíaco, al ver la casa cerrada. Pensé que te habías marchado.

—Estaba dando un paseo por la playa —aclaró ella innecesariamente. Holden la había encontrado allí por lo que ya lo sabía.

—Sí, fui a buscarte después de ir a tu habitación y comprobar que tu maleta seguía allí.

—Creí que habías venido a pedirme que me marchara.

—Nada de eso, cariño. Quiero que vivas conmigo aquí y que estés siempre a mi lado. ¿Es que no lo sabes todavía? ¿Es que no te das cuenta de que esta mañana estaba tan deseoso de verte, que me quedé boquiabierto al contemplar tu cara?

—¡Oh, Holden!

—¡Oh, cariño, tienes que confiar en mí! Déjame que te ayude a superar tus dudas acerca del matrimonio. Juntos podremos superar todos los traumas del pasado. Te amo y tú me amas a mí, Jazzlyn. Juntos haremos frente a lo que sea, te lo prometo.

Jazzlyn se quedó mirándolo largo rato. Ella pudo ver en los ojos de él cómo la amaba.

—¡Oh, Holden! —Exclamó en un susurro—. Todavía ayer pensaba que nunca iba a casarme.

Holden palideció.

—¿Y hoy? ¿Qué piensas hoy, ahora que sabes que tienes mi vida y mi corazón en tus manos?

—Hoy creo que he cambiado de opinión y que sí me casaré —dijo ella, sonriendo—. Pero sólo si el hombre adecuado me lo pide…

—Amor mío —dijo Holden, después de tomar aliento—, ¿soy yo el hombre adecuado?

—Ya sabes que sí —susurró ella.

—Amor mío, ¿quieres casarte conmigo?

—Yo… er…. no creo que después de todo encuentre tan horribles las notas de la marcha nupcial —dijo ella, sonriéndole.

—¡Cariño mío! —él ya sabía por su sonrisa y por la alusión a la marcha nupcial que la respuesta era que sí, pero quería que ella se lo confirmara—. ¿Es eso un sí?

—Así es. Definitivamente, es un sí.

—¡Oh… te amo! -exclamó él, exultante.
Y otro beso no sería suficiente.



JESSICA STEELE (Warwickshire, Inglaterra (1933) - es una popular escritora británica. Desde 1979 ha escrito más de 85 novelas románticas publicadas por *Mills & Boon*.

Fue una niña delicada, a los 14 años le diagnosticaron tuberculosis y tuvo que abandonar los estudios, a los 16 años comenzó a trabajar y nunca regresó a la escuela a la que siempre ha echado de menos.

Peter, su marido,la ha apoyado en su trayectoria profesional y durante el periodo de aprendizaje (5 años según Jessica).

Es feliz escribiendo a mano,y tiene gran cantidad de plumas. Para documentarse y obtener información para sus obras ha viajado por todo el mundo.